

VII Premio Internacional de Novela Negra
CIUDAD DE CARMONA



El honor es una **mortaja**



Carlos Bassas

Lectulandia

Un rumano asesinado con el cubo de una fregona; un inmigrante muerto que no importa a nadie, salvo al hombre que ha querido arrebatarse la vida y al policía que habrá de ocuparse del caso. Al primer cadáver le seguirá el de un cómplice, ambos crímenes unidos en apariencia por el mismo asesino, torpe pero resuelto. El inspector Herodoto Corominas tira del hilo hasta un atraco ocurrido dos años atrás. El asunto se torció y acabó con una mujer y su hijo de un año muertos, y con un marido amnésico, condenado a olvidar quién fue. Hubo dos sospechosos, pero los testigos no se pusieron de acuerdo. «Blanco y en botella, leche, Hero. Leche». Quizá el subinspector Vázquez tenga razón, pero... ¿por qué iba alguien a vengar la muerte de dos completos extraños, a los que no recordará jamás? «El honor es una mortaja» es una novela de lenguaje descarnado y diálogos punzantes y ágiles. Una narración trepidante por la que discurre un elenco de personajes que remite al más clásico género negro: policías de diferentes pelajes y generaciones, asesinos profesionales, matarifes novatos, un detective de oscuro pasado, mujeres que pagan por los pecados de sus maridos y un turbio empresario del crimen. Pero es también un recorrido por distintas formas de entender la venganza, el honor y el deber en dos culturas muy lejanas, pero quizá no tan distintas.

Lectulandia

Carlos Bassas

El honor es una mortaja

ePub r1.0

Titivillus 21.08.2019

Carlos Bassas, 2013

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Cubierta

El honor es una mortaja

Prefacio

1. NUKI TSUKE

Ichi (I)

Ni (II)

San (III)

2. KIRI TSUKE

Shi (IV)

Go (V)

Rok (VI)

Nana (VII)

Achi (VIII)

Kyuu (IX)

Juu (X)

Juu Ichi (XI)

Juu ni (XII)

Juu San (XIII)

Juu shi (XIV)

Juu Go (XV)

3. FURI KABUTE

Juu rok (XVI)

Juu Nana (XVII)

Juu Achi (XVIII)

4. CHIBURI

Juu Kyuu (XIX)

Ni-Juu (XX)

5. NOTO

Para Ana, por todas las horas que me has regalado tras aquellas
siete primeras.

Prefacio

Un año y ocho meses. Ese es el tiempo que tardaron cuarenta y siete hombres en culminar su venganza.

El 21 de abril de 1701, Asano Naganori, un joven e inexperto jefe de clan, atacó a un oficial de alto rango dentro del Castillo de Edo. El viejo Kira, maestro de protocolo, era el encargado de instruirle para una recepción a los enviados del Emperador. Cansado de soportar sus desplantes le rajó la cara con su espada corta. Kira sobrevivió, pero Asano fue obligado a cometer suicidio: desenvainar un arma en el palacio estaba absolutamente prohibido. Sabía lo que venía tras su muerte: sus tierras serían confiscadas, su familia caería en desgracia y sus hombres se convertirían en *ronin*, vagabundos sin honor. Todos recibieron la orden directa de no vengarse: el precio sería una muerte deshonrosa. Cuarenta y siete de ellos, sin embargo, hicieron un juramento secreto.

Una respuesta inmediata contra Kira hubiera sido inútil. El viejo había blindado su casa, así que decidieron esperar y se convirtieron en comerciantes, buhoneros, carpinteros, tenderos... Con el paso del tiempo, los espías de Kira le informaron de que ya no corría peligro: sus enemigos se habían echado a perder.

El 14 de diciembre de 1702, los cuarenta y siete asaltaron su residencia. La nieve lo cubría todo como una mortaja. Tras acabar con los guardias, le buscaron por todas partes, pero no lograron encontrarle. Oishi, el líder de los vengadores, posó su mano sobre la cama del viejo: aún estaba caliente. Tras revolverlo todo, le encontraron escondido en un refugio secreto. Oishi le condujo hasta el patio y le tendió la daga con la que su señor se había quitado la vida. Le ofrecía morir con honor. El viejo lloriqueó y suplicó. Al comprobar que no iba a suicidarse, le decapitó allí mismo.

Los cuarenta y siete se dirigieron entonces hacia el templo donde yacía Asano, depositaron la cabeza sobre su tumba y se entregaron. Conocían perfectamente su destino: ser ajusticiados como presos comunes. Su historia levantó gran admiración por todo el país, por lo que, en un último acto de gracia, el sogún les permitió morir por su propia mano. Eso restauraría su

nombre. El 4 de febrero de 1703, los 47 de Asano cometieron *seppuku* y fueron enterrados junto a él en el templo de Sengaku-ji, donde hoy reposan junto a sus armas.



El **Iaido** es un arte marcial japonés que se practica en forma de *katas* y consiste en el desenvainado rápido del sable seguido de un corte definitivo. Cada *kata* se compone de cinco movimientos básicos: *Nuki Tsuke* (desenvainar), *Furi Kabute* (armar el golpe), *Kiri Tsuke* (descargarlo), *Chiburi* (sacudir la sangre) y *Noto* (envainar). Su principal propósito es ser capaz de reaccionar ante cualquier ataque imprevisto.

1. *NUKI TSUKE*

Acción inicial de desenvainar el sable.

Ichi

I

Pavel Ilianescu dejó el plato de la cena sobre el montón del fregadero, uno por cada día de la semana. Era un tipo menudo, gordo y blando. La barriga le asomaba como un globo por debajo de la camiseta y solo el cinturón evitaba su irremediable caída al vacío. A pesar de que el minuterero se había comido ya buena parte de las diez, el calor era aún intenso y acuoso. Abrió la ventana en busca de algo de corriente, pero lo único que se coló por ella fue el runrún de la ciudad.

Regresó a la pila y abrió el grifo. El chorro rebotó en el plato y arremetió contra él.

—Mierda —gruñó mientras observaba su bragueta, sobre la que se expandía una mancha oscura.

Alargó la mano, cogió un trapo y trató de secarse, pero solo consiguió empeorarlo.

—¡Joder!

Entonces, descubrió sus pies. El líquido había salpicado sus zapatillas y formado un cúmulo de minúsculos charcos que orbitaban a su alrededor. Abrió un armario y alcanzó un cubo y una fregona. Mientras trataba de secar el piso, escuchó un sonido corto y seco a su espalda. Lo reconoció al instante.

Se dio la vuelta despacio, con las manos suspendidas en el aire, y descubrió el hocico hambriento de un revólver. El hombre que le encañonaba era un tipo anodino, medio en todo: altura, peso, complexión, con una de esas caras que se olvidan al punto. Pavel trató de identificarle. Sin éxito. Una cosa era segura: a pesar de los guantes, y de las cachas y el disparador del arma encintados, no era un profesional.

El tipo disparó. Sin más. Silencio. Pavel esbozó media sonrisa y, con una rapidez impensable para su anatomía, agarró el palo de la fregona y le bateó la cabeza como si fuera Lou Gehrig. El cubo impactó de lleno en aquella cara desconocida mientras el revólver salía despedido a una esquina de la habitación.

El rumano trató de reconocerle de nuevo, ahora tumbado en el suelo frente a él, con la nariz partida y la sorpresa congelada en el rostro. Volvió a fracasar. Apoyó cuidadosamente el mocho en la encimera, hasta asegurarse de que no se vencería, y seleccionó un cuchillo con paciencia. Su voz sonó tranquila y firme:

—Si vas a disparar a alguien, debes comprobar antes el arma. Por eso prefiero las navajas. Eso sí, hay que tener huevos para usarlas, porque tienes que estar muy cerca del tío al que vas a liquidar. Frente a frente, respiras su aliento y él el tuyo. Al menos le debes eso.

Aquel hombre al que no lograba recordar le escrutaba mudo, a la espera de su destino, mientras la hemorragia de su nariz le empapaba ya buena parte de la camisa. No tenía aspecto de detenerse.

La voz del rumano tronó de nuevo:

—¿Quién coño eres?

Silencio otra vez. Pavel había visto a muchos tiritar por menos. Pero no había ni rastro de miedo en aquel tipo.

—¡Que quién coño eres! —insistió.

Su fuerte acento eslavo hacía que cada palabra que emitía resultara afanosa.

—Está bien.

Acabadas las presentaciones, se abalanzó sobre él como una fiera. Mientras trataba de abrirse paso hasta su cuello, el hombre encogió las rodillas, se hizo un ovillo y comenzó a soltarle patadas y coces desde el suelo, como un niño en una riña de patio. Iba a vender caro el pellejo.

—¡Que-qui-én-co-ño-e-res, cabrón! —repetía el rumano en pleno éxtasis violento.

El desconocido logró alcanzar la mesa de la cocina y se parapetó debajo. Justo entonces, una de aquellas coceaduras tiradas al tuntún alcanzó la rodilla del rumano. Algo le quebró dentro y sintió una punzada de dolor que le obligó a hincar la rodilla. Al doblarse, su cabeza topó contra la encimera y el golpe le hizo perder el sentido.

Tumbado en el suelo, aquel hombre que había ido allí para matarle le observó sobre el alicatado de baldosines blancos y negros, desparramado y

con su propio cuchillo incrustado en el muslo. A pesar de que el machete taponaba la herida, la sangre comenzaba a conquistar su pantalón poco a poco. Parecía inconsciente. Quizá muerto. Tenía que actuar rápido.

Echó un vistazo alrededor, localizó el revólver y comenzó a gatear hacia él. Pero la mano de Pavel se cerró sobre su tobillo como un grillete. El hombre extendió su cuerpo todo lo que pudo para alcanzar el arma, pero la culata parecía a leguas de sus dedos, así que comenzó a taconear con saña la cabeza del rumano. Entonces observó con estupor cómo Pavel buscaba con su mano libre el cuchillo. Le vio agarrarlo y extirpárselo. Un chorro femoral brotó de la herida nada más destaponarla. La vida se le escapaba a cada latido mientras trataba de apuñalarle en un último acto de fe, pero la sangre que manaba de la brecha abierta en su frente le impedía ver con claridad lo que hacía.

El tipo le hundió los dientes en la carne de la muñeca hasta desarmarle. Un sabor a álcali le llenó la boca. Y lo vio. El cubo de la fregona estaba a tiro. Lo cogió, lo colocó sobre la cabeza del hombre al que había ido a matar y dejó caer todo el peso de su cuerpo sobre él.

Ilianescu comenzó a convulsionar. Trataba de liberarse, pero era inútil. Tras un largo minuto, dejó de luchar. Poco a poco, su verdugo retiró el cubo y descubrió su rostro: los ojos estaban parcialmente vueltos hacia dentro y la blancura ocular agrietada en decenas de petequias rojas. Tenía la boca desencajada y la lengua asomaba como una raíz seca. Estaba muerto.

Liberó su pie de la garra del rumano y, ahora sí, se hizo con el revólver. Mientras se recuperaba del miedo, apoyó la espalda en la pared, estudió el gatillo y trató de aflojarlo. De repente, una detonación rebotó por las paredes de la cocina con un eco prensado. El susto y la reculada hicieron que el arma se le escapara de entre sus dedos y desprendiera una lasca de un baldosín al caer. Sobre la barriga de Ilianescu, la bala había dibujado un segundo ombligo, no muy lejos del original.

Aquel tipo corriente que acababa de matar por primera vez a un hombre tenía también un nombre de lo más común: Samuel Álvarez.

Apenas un par de horas después, la fauna cadavérica habitual comenzó a arremolinarse en torno al cuerpo: médico legal, policía científica, inspector, juez, secretaria... aunque estos dos últimos no habían llegado aún. Los *flashes* de la cámara de un agente rebotaban sobre la piel del cadáver. Uno, dos, tres, cuatro, cinco; fotos ávidas de detalles desde todos los flancos. El tipo parecía un astronauta: mono blanco con capucha, patucos, guantes de vinilo azul y

unas gafas color ámbar sobre la cabeza. Las llevaba puestas como si deambulara relajado por algún paseo marítimo.

De pie junto al cuerpo, ahora con los pantalones y los calzones en los tobillos, estaba Julián Martínez. Le tocaba turno. Cincuentón, entradas y rasgos marcados, en especial dos profundas regueras que le conectaban la nariz y la boca —surcos *nasogenianos*, hubiera especificado él—, lo que le confería cierto aire de títere. En una esquina, otro par de policías procesaba suelo y paredes con una Handscope.

Martínez llevaba tantos años de médico legal que se sentía más cómodo entre cadáveres que en compañía de la mayoría de vivos —tampoco eran muchos, a decir verdad— con los que trataba. Le daban todas las respuestas necesarias y no le interrumpían ni con opiniones estúpidas ni con preguntas intrascendentes. «Eso sí, hay que saber mirar bien», puntualizaba. Y él era todo un experto.

Había descifrado cientos de difuntos en su carrera. «Leer un cuerpo es como leer un buen libro. Tiene todos los elementos esenciales: un detonante, un conflicto, un personaje, un nudo y un desenlace. Lo único que no te cuenta un muerto es por qué. Los cadáveres solo resuelven el cómo y el cuándo. Los motivos del alma son otra cosa», solía decirle a todo aquel que se molestara en dedicar un soplo de su tiempo a escucharle.

Una pareja de la Municipal, los primeros en llegar al aviso, aguardaba en una esquina. Su papel había terminado, pero preferían curiosear un rato más por allí antes que mediar en una disputa doméstica o lo que les fuera a caer encima esa noche.

El inspector Herodoto Corominas se detuvo en la puerta para recuperar el aliento tras la penosa ascensión. El edificio era como los que se encuentran en cualquier centro histórico: viejo y sin ascensor. En eso Ofidia no era distinta al resto de capitales de provincia. Doscientas ochenta mil almas —casi trescientas mil según el último padrón, trescientas cincuenta mil sumando el área metropolitana—, un casco antiguo con trazas romanas, visigodas, árabes y medievales, una catedral, dos ensanches, una universidad, un equipo fluctuando entre primera y segunda —aunque los hinchas más acérrimos siempre recordaban que el vecino estaba, y era, infinitamente peor, por supuesto—, un restaurante con estrella Michelin —la joya de la corona, o eso decían, porque Herodoto nunca había comido ni cenado en él— y un creciente anillo de nuevos barrios que demandaban municipalidad propia.

Corominas era un tipo grande de ojos pequeños, algo que siempre le hacía gracia a todo el mundo. «Nos hemos quedado cortos al dibujarlos, qué

quieres», se excusaba su madre cuando era niño. Sus facciones eran de boxeador al que no han tocado mucho, y su boca, grande y mullida. En más de una ocasión, su mujer le provocaba diciéndole que poseía ese tipo de belleza agreste a lo Javier Bardem. No es que a Corominas le cayera mal el actor; simplemente, no podía quitarse de la cabeza la horrible peluca lacia que había lucido en una de sus películas.

Cuando sus pulmones dejaron de quejarse, cogió un juego de guantes y unos patucos de sendas cajas que había sobre una consola del recibidor y se los puso. Un par de círculos de sudor se marcaban sin disimulo bajo sus axilas, avanzando como una riada por la camisa. A pesar de ello, no tenía ninguna intención de ponerse la chaqueta, que sostenía cuidadosamente doblada en uno de sus brazos.

—Las noches de calor son como las de luna llena, a la gente le da por darse de hostias: algo tendrá que ver —reflexionó Martínez mientras curioseaba el tiro en la tripa de Ilianescu—. Diría que el balazo le llegó de regalo, ya estaba muerto. Fíjate, ni una gota de sangre. Probablemente ya la había perdido toda por la cornada en la femoral. El cuchillo abrió un buen pasillo en la pierna. ¿Sabes?, si quieres amenazar a alguien de verdad no le pongas la navaja en el cuello, pónsela en la cara interna del muslo. Si atinas, todo acaba en un santiamén.

Acto seguido, sacó un termómetro del culo del cadáver, le subió los calzoncillos y el pantalón en un intento de devolverle cierta dignidad, y echó un vistazo rápido al medidor.

—Aún no hay lividez y no está ni un poco rígido. Con este calor, no hace ni tres horas. De todos modos, de no haberse producido el óbito hoy, su corazón tampoco hubiera aguantado mucho más semejante maltrato. Estaba gordo de cojones.

Tras la sentencia, cogió dos bolsas de papel marrón de uno de los maletines de la Científica y le cubrió las manos para preservar lo que pudiera haber en ellas. Corominas observaba la expresión grabada en el rostro del rumano.

—Es tonto preguntar, lo sé.

—Asfixia —respondió el médico, sorprendiéndole—. Eso por listo.

Sus ojos buscaron a uno de los agentes que espolvoreaba huellas en el cubo de la fregona.

—A juzgar por la marca del cuello, diría que alguien se lo puso sobre la cabeza y se sentó sobre él a esperar su tránsito a mejor vida. Tiene la tráquea hecha puré.

—¿Y la cuchillada?

—Según yo lo veo, la cosa fue así: primero se golpeó contra la encimera y luego vinieron la puñalada y el mordisco —enumeró mientras levantaba uno de los brazos del muerto, con una dentellada perfecta—. Después le asfixiaron con el cubo y, para rematar la faena, le pegaron un tiro. Aunque ya te digo que no hacía falta. La puñalada era mortal de necesidad. Pero el asesino no tuvo paciencia. Alguien se tomó muchas molestias.

—O le costó mucho hacerlo —razonó Corominas.

Martínez asintió. Sacó una tercera bolsa de su maletín y cubrió la cabeza de la víctima.

—Lo mires como lo mires, una muerte muy jodida. Pobre desgraciado.

—Estar muerto no te convierte en buena persona. Ni cómo hayas muerto —puntualizó el inspector—. ¿Alguna identificación?

Otro compañero de la Científica le acercó una bolsa de plástico con una cartera dentro. Corominas la abrió y extrajo un carné de identidad para extranjeros.

—Pavel Ilianescu —leyó en alto—. Rumano, gordo y muerto. ¿Quién dio el aviso?

—Quinto A —anunció uno de los de la Municipal.

—¿Habéis subido?

—Pensamos que sería cosa suya.

—Habréis llamado al juez por lo menos —lanzó Corominas con todo el sarcasmo que le fue posible reunir.

—Por supuesto, inspector. Estamos para servir —respondió el agente, no menos mordaz.

Justo en ese instante, su señoría asomó por la puerta. Era un chaval que probablemente no había tenido más vida hasta la fecha que matarse a estudiar unas oposiciones. Entre cinco y seis años a base de las tres ces: café, codos y colirio. A eso había quedado reducida su década de los veinte. Tras él venía la secretaria. Se diría que los papeles estaban cambiados. O que se había llevado a la madre al trabajo.

Corominas la saludó con un gesto; no era la primera vez que coincidían, aunque no con aquel juez.

—Maite. Señoría.

Con el tiempo había aprendido a tratar a los instructores siempre de usted, aunque aún se alimentaran a base de biberones. En eso, los chicos de la Guardia Civil eran exquisitos, pulcros. «La persona con más poder en este maldito mundo es un juez de instrucción, así que toca cuadrarse y punto», le

había advertido un amigo del cuerpo en una ocasión. «Si no, pueden joderte la marrana pero bien».

La voz del forense interrumpió sus cavilaciones.

—Listo.

El médico miró al juez, que a su vez giró el cuello y buscó el amparo de la secretaria. El chaval aún dudaba de todo. Tras anotar los datos debidos, la mujer movió la cabeza en sentido afirmativo.

—Pueden proceder —señaló finalmente el juez con voz atiplada.

Parecía algo tocado. Lo peor de la escena de un crimen no suele ser el espectáculo, sino el olor. Puedes prepararte para lo visual, pero nunca te esperas el tufo que siempre acompaña a la muerte: sangre, fluidos, supuraciones, gases. Contra eso hay poco remedio.

Un par de empleados de la funeraria adjudicataria se acercaron con una bolsa para cadáveres y la extendieron junto al cuerpo. Se miraron, perplejos.

—De largo, vale, pero de ancho no va a entrar.

—Pues enrolladlo en una manta, coño —espetó Martínez.

La secretaria no pudo atajar una risa mientras el juez daba su permiso.

—Tan sensible como siempre, Julián.

—Uno es como es. Lo tomas o lo dejas.

En cuanto el cadáver estuvo empaquetado, Juez y secretaria se despidieron camino de algún otro asunto. La mirada de Corominas se posó entonces sobre Martínez. No le hacía falta formular la pregunta.

—Tendrás que esperar, Hero, como todos los demás. Si se defendió tanto como parece, algo habrá. Pero ya sabes que las muestras tardarán lo suyo: Madrid, ida, estancia y vuelta —aclaró. Después, volvió a dedicar momentáneamente su atención al cuerpo—. A quien tenga que pagarle la caja a este tío le va a salir por un ojo de la cara tal y como están las cosas.

Agarró sus cosas, se despidió con un mohín y salió de la cocina con zancada resuelta. Corominas recorrió la estancia con la mirada; trataba de hilar la pelea descrita por el forense: golpe, cuchillada, asfixia, tiro. Todo improvisado sobre la marcha. Después, regresó a la entrada, se quitó los guantes y los tiró en una bolsa de basura que alguien había colocado junto a las cajas de donde los había cogido.

El hueco de la escalera era tan estrecho que ni un niño hubiera podido abrir los brazos. La única luz procedía de una bombilla desnuda de 40 vatios que colgaba de un casquillo sujeto a un cordón eléctrico. A juzgar por su aspecto, la instalación no había sido atendida en años. El pobre resplandor de la bombeta obligaba a las pupilas a rendir al máximo para no dar un traspié.

Corominas ascendió pesadamente. La cima se le antojaba a años luz, aunque solo era un piso. Al llegar al descansillo, buscó el A con la mirada. Tan solo había dos puertas. Revisó su reloj: las tres y media de la maldita madrugada. Se puso la chaqueta para ocultar las manchas de sudor que ya empapaban toda su espalda y parte de su pecho en forma de triángulo invertido, y se arregló el pelo. Llamó al timbre.

Del otro lado de la puerta le llegó un ladrido. A juzgar por su volumen, de un perro grande, mínimo un mastín. Tras unos segundos, advirtió el sonido de la mirilla al abrirse por dentro. Sabía que le observaban, así que sonrió y trató de parecer afable, sacó su identificación de la chaqueta y la sostuvo en alto.

Un leve chasquido precedió a la apertura de la puerta, que proyectó un estrecho rectángulo de luz sobre el rellano. Los ladridos sonaban ahora como rugidos. A Corominas no le gustaban los perros. Era más de gatos. Aunque, a decir verdad, nunca había tenido ninguno. Pero es una elección importante en el carácter de una persona, pensaba, y él sentía más simpatía por los gatos. Hacen lo que les viene en gana.

Una anciana pequeña y flaca asomó la cabeza. Era como si alguien se hubiera entretenido en drenarle a conciencia todos los líquidos del cuerpo. También el aire de los pulmones, hasta no dejar gota en ninguna esquina. Era ya solo pellejo y hueso, y su esqueleto amenazaba con rasgar la piel y asomar al exterior en cualquier momento.

Corominas se presentó.

—Buenas noches. Inspector Corominas, de la Policía Nacional. Me han informado de que ha sido usted quien ha dado el aviso. ¿Puedo hacerle algunas preguntas?

La mujer asintió y se perdió pasillo abajo, invitándole a seguirla. Los ladridos del perro provenían del fondo de la casa. Corominas franqueó la puerta y la dejó entreabierta por si debía salir pitando camino de Villadiego. Cuando uno se mete en cualquier sitio, siempre debe saber por dónde salir. Y cómo.

El piso era idéntico en distribución al de Ilianesco, pero cualquier otro parecido terminaba allí. A diferencia de la casa del rumano, casi vacía, la de la anciana era un museo de recuerdos. El inspector paseó su mirada por cada uno a medida que avanzaba por el pasillo. Lo mismo con las fotos, que se sucedían en la pared y mostraban la evolución de una vida como si fueran fotogramas de una película. Lo único que aquella mujer no había cambiado con el tiempo era su expresión, triste y dura. Lo había tenido difícil.

Cuando llegó al salón, asomó la cabeza despacio. Esperaba descubrir al Can Cerbero con fauces espumosas y hambre retrasada, pero no había ni rastro del animal. Tampoco la casa olía a perro, pero aún tenía la herrumbre de la sangre metida en la nariz. Entonces observó a la mujer dirigirse hacia un pequeño radiocasete posado sobre el mueble del televisor. Apretó un botón y los ladridos cesaron de golpe.

—Aquí se cuele mala gente de vez en cuando. Son de Sansón, el perro de mi nieto. También me hacen compañía y así los vecinos saben que sigo de una pieza.

Corominas sonrió.

—¿Y funciona?

La mujer le miró de arriba abajo.

—A juzgar por cómo le temblaban las piernas, diría que sí.

—No me gustan demasiado los perros —se justificó Corominas.

—Claro. Es usted de gatos, siendo policía.

El inspector la miró, sorprendido.

—Los gatos hacen su vida sin uno. Son perfectos para un trabajo como el suyo. Pero no te dan el cariño de un perro, no señor.

La mujer se sentó en un pequeño sofá en el que una araña parecía haber tejido un fino ganchillo blanco y le exhortó a hacer lo mismo. Corominas escogió un tresillo que quedaba justo al lado y completaba el conjunto. Al sentarse, se entregó a la blandura del relleno, que le adoptó de inmediato. Justo en ese instante, se dio cuenta de que aún llevaba puestos los patucos. Sonrió algo azorado, se los quitó y los guardó en el bolsillo de la americana. Cuando hubo terminado, sacó un pequeño block y un *bic* con parsimonia. Trataba de ordenar sus ideas antes de empezar a preguntar.

—María Dolores Preciado —espetó de repente la anciana—. A mí no me importa perder el tiempo, inspector. Aunque ya no me queda mucho, el que tengo es todo para mí. Usted, en cambio, parece un hombre ocupado. Y tiene familia —observó mirando su alianza—. Así que me figuro que querrá irse a casa cuanto antes.

Corominas asintió con la cabeza. Se había topado con Sherlock Holmes al parecer.

—¿Recuerda más o menos a qué hora escuchó el ruido?

—¿El disparo?

La miró y asintió de nuevo. La había vuelto a subestimar.

—He escuchado muchos tiros en mi vida, y ninguno trajo nada bueno —señaló la mujer—. Fue a las diez y media. Exactas. Lo sé porque lo acababa

de decir Cantudo.

—¿Cantudo?

—El presentador de ese programa de la tele. No es que me interese saber quién se acuesta con quién, pero la cosa es distraerse. Hacen eso de decir la hora cada cinco minutos para demostrar que están en directo. Aunque supongo que se puede mentir igual, claro.

—¿Llamó inmediatamente?

La mujer volvió a asentir, esta vez con algo más de pausa.

—Primero oí ruidos, pero eso no me extrañó. Era lo normal. A veces se oían voces, gritos de mujeres. Después, escuché el tiro. Y entonces nada. Nada de nada. Y eso sí que era extraño.

—¿Recuerda alguna cosa más? Ha dicho que solía visitarle gente. ¿Alguien en particular? ¿Algún amigo?

—Putas, inspector. No creo que tuviera ningún amigo. Una vez me encontré con una chica en la escalera. La pobre iba pintada como un cuadro. Era una cría. Estoy segura de que las mujeres no se fijaban demasiado en él: era gordo, feo y antipático. Le gustaba pegarlas.

Aunque Corominas había visto al tipo ya cadáver, supuso que no debía de tener mucho mejor aspecto en vida.

—¿Alguna cosa más? ¿Algo que le parezca relevante?

—Lo que puede ser importante para mí, puede no serlo para usted —replicó la mujer—. Pero no, nada más que se me ocurra.

Corominas cerró la libreta y guardó el bolígrafo. Se incorporó.

—Muchas gracias, señora Preciado. No la entretengo más.

La mujer hizo amago de levantarse, pero la detuvo con un gesto.

—¿Está muerto?

—Sí.

—Es una pena.

Al percatarse del gesto de sorpresa que se concretó en el rostro de Corominas, se le quedó mirando.

—Que no me cayera bien no significa que no me importe —puntualizó—. Los pobres no interesamos a nadie, inspector, así que solo nos tenemos los unos a los otros.

Corominas bajó de nuevo al piso del rumano. Quería echar un último vistazo por si descubría algo más, aunque no confiaba mucho en ello. Lo que estaba claro era que la víctima no gastaba un euro de más en nada. Los muebles eran de gran superficie, el televisor de tubo catódico y lo poco que

habitaba su nevera eran precocinados de marca blanca: el shangri-la del soltero y la pesadilla de los dietistas. Toda la casa era un poema.

Al revisar los armarios de la cocina, sin embargo, se quedó pasmado. El tipo reciclaba. La basura orgánica ocupaba su cubo y los envases estaban cuidadosamente separados en otros dos barreños contiguos. Las botellas de vidrio, por su parte, se apiñaban en un recipiente junto a la puerta de la despensa. Cerveza y vodka.

Por mucho que su mujer y su hijo habían procurado inculcarle los preceptos de aquella nueva religión, Corominas era incapaz de descifrar sus entresijos: materia orgánica, plástico —pero no los juguetes, los cubos, los biberones o los utensilios de cocina, aunque estuvieran hechos con ese material—, tetrabrick, papel —que había que separar entre limpio, sucio, encerado o no, plastificado o no y otras múltiples posibilidades—, cartón, envases metálicos, vidrio, cristal, latas. Con el tiempo, el número de contenedores se había multiplicado hasta cubrir la variedad del arcoíris, y era poco menos que imprescindible tener un máster en química para desentrañar las escrupulosas propiedades de cada material.

Abandonó el edificio y regresó a la comisaría. Los pocos agentes del turno no escondían su cabreo por tener que trabajar una noche de verano como aquella. Era el precio que pagaban por sus pecados, presentes o pasados. Algunos como él, por tener la boca demasiado ligera cuando no debía, que era casi siempre.

Saludó con un gesto al agente que montaba guardia en la puerta. El chaval tenía los brazos apoyados en la escopeta como si fuera la barra de un bar y la cara a un palmo de un ventilador de pie. La única respuesta que recibió por su parte fue un ligero movimiento de ceja.

Entró en su despacho y se dejó caer sobre la silla. La decoración era mínima: un archivador, una mesa y un ordenador, además de su propio ventilador, por supuesto. No había nada personal en él. Mientras el *software* ronroneaba de mala gana dentro de la CPU, tecleó una contraseña e introdujo el nombre del rumano en un campo de búsqueda. Casi al instante, la pantalla le devolvió una ficha policial. Le dio a imprimir y, mientras esperaba, sacó el móvil y husmeó un número en la memoria.

—Hola, ¿quién es Cantudo?

Tras un breve silencio, aclaró.

—Comprobaba el dato de una testigo.

De nuevo una pausa.

—Un rumano muerto, enorme. ¿Qué tal el examen de Álvaro?

La impresora terminó de escupir un folio. Corominas lo cogió y lo leyó por encima.

—Un mal bicho. No, el rumano. Todavía tengo para un rato. Te quiero.

Y colgó.

Su mirada permanecía fija en la hagiografía criminal de Pavel Ilianescu: drogas, proxenetismo, agresión... Desde hacía dos años, sin embargo, su ficha estaba limpia como una patena. La última anotación correspondía a una diligencia abierta como sospechoso en un atraco, pero el tipo había salido indemne.

Quizás había decidido tirar por el buen camino, pensó; la gente bien dispuesta encuentra a Dios en los rincones más insospechados. O, simplemente, se había vuelto más listo y más precavido. Echó un vistazo a sus datos civiles: salvo la dirección actual, no figuraba nada más. Ni esposa, ni hijos. No parecía que nadie fuera a reclamar su cadáver. Eso dejaría a algún ministerio con una abultada factura por portes hasta Rumanía, si es que encontraban a alguien allí que quisiera hacerse cargo. Y a Corominas con un problema. Necesitaba un punto de partida. Pero podía esperar al día siguiente.

Ni

II

La sede central de Seguros Cofisa ocupaba la planta entera de un edificio en un moderno parque industrial de las afueras. Era uno de esos espacios diáfanos que alguien se había encargado de trocear minuciosamente en decenas de cubículos homogéneos. Un laberinto en el que un pequeño ratón de laboratorio se hubiera movido como pez en el agua.

Samuel Álvarez salió del ascensor y se dirigió a su despacho. Era como si la moqueta tuviera ya sus pisadas tatuadas: treinta y cinco hasta su destino. A medida que descontaba pasos, los rostros le seguían. Algunos, con el pudor del mirón aún novato; otros, sencillamente, con descaro. Samuel era consciente de cada par de ojos y de cada gesto. De cada palabra que se apilaba tras ellos. Pero sus pies seguían su camino.

Al llegar junto a la puerta de su oficina, una de tantas correspondientes a los jefes de área que se acumulaban a lo largo del lado izquierdo del pasillo, su vecino asomó la cabeza.

—¿Pero qué coño te ha pasado?

La voz de Juan Rodríguez, jefe guaperas de la zona norte, puso voz a todo el cotilleo mudo de la empresa. Sus ojos estaban fijos en la nariz de Samuel, a buen resguardo ahora bajo un apósito pulcramente elaborado en Urgencias. Alrededor de sus ojos se había instalado ya un hematoma gigante, en forma de antifaz morado.

—Un accidente con la bici. No es nada —contestó con una media sonrisa.

—¿Nada?

—No te preocupes.

—Joder, Samuel. Si necesitas soltar adrenalina, pues te vienes al gimnasio conmigo y santas pascuas. Es más seguro. Aunque no te guste la gente. Además, tú no has montado en bici en tu vida.

—Lo que dicen, eso de que no se olvida... Es mentira —respondió mientras procuraba mantener por todos los medios su leve sonrisa. La frase estaba cargada de significado. Él lo sabía, y era consciente de que su interlocutor también.

—Lo que veo que no has olvidado es tu humor negro —replicó Rodríguez—. Te lo digo en serio: vente una tarde. Además, supongo que tu bici estará peor que tú ahora, así que no tienes excusa.

Samuel asintió y, finalmente, conquistó el pomo de su despacho. La estancia era exactamente igual a los cubículos de fuera, salvo por el ventanal. Lo importante no eran las vistas, sino el rectángulo transparente en sí. En Japón, cuando te dan una oficina con vistas, te señalan el final de tu carrera; puedes tener el decoro de saltar y ahorrarle costes a la compañía. En Occidente, en cambio, es un premio que te ayuda a distraerte en las horas muertas y evita que te dé por tomar decisiones.

Se dirigió hacia un colgador del que pendía una única percha, dejó la americana y apoyó sobre la mesa el maletín de cuero que cargaba como una losa. Se sentó y lo abrió. Dentro había un revólver, un Llama Martial del 38 de cuatro pulgadas —no es que supiera de armas, es lo que le había dicho el tipo que se la había proporcionado—, y una única carpeta en la que había un rótulo: «Detectives Pujades».

Una a una, repartió varias fotos sobre el escritorio y permaneció un rato con la vista anclada en ellas: un hombre con chupa de cuero y casco junto a una moto, una de esas de gran cilindrada. Después, se reclinó en su silla, cerró los ojos y su mente viajó hasta su primer encuentro con Alberto Pujades, semanas atrás.

A pesar del membrete, tan solo existía un detective Pujades, y no tenía ni socios ni empleados. Ni siquiera una secretaria *mileurista* de piernas largas

por las que poder trepar con la mirada los ratos muertos. Pero una *ese* correctamente añadida puede duplicar una minuta, juzgaba Pujades.

El detective tenía el despacho en su propio piso, una de esas casas de renta antigua y techos altos del primer ensanche de la ciudad, obra de un insigne arquitecto hijo de Ofidia, por supuesto. En tiempos había sido un barrio burgués, de los de edificios con entrada noble, portero, cochera, patio y jardín interior. Ahora era un gueto en el que las putas, los camellos y los inmigrantes trataban de ganarse la vida honradamente. Los ciudadanos *honestos* habían emigrado a viviendas unifamiliares en el extrarradio, con hipoteca a treinta años y jardín propio. «Están todos condenados», le había confiado el detective.

Pujades le hizo desfilas por un largo pasillo embaldosado. Su enorme altura lo hacía parecer aún más angosto de lo que ya era de por sí. El despacho estaba al fondo, a la izquierda. «Como el baño», solía bromear el detective. Y no le faltaba razón, porque allí era donde sus clientes soltaban parte de la mierda que llevaban dentro.

Con el tiempo, Samuel Álvarez llegaría a conocer bien aquella estancia ocre, de paredes descascarilladas. La decoración era de una austeridad cenobial: un archivador de viejo, una mesa con cajonera pero con un solo cajón, dos sillas y una lámpara que se mecía al son de un espigado ventilador de pie.

El asiento destinado a las visitas formaba tándem con la mesa, pero el suyo pertenecía a un lote de muebles de oficina adquirido en una subasta judicial tras el cierre por defunción de algún negocio. Era un señor sillón, de los de Director General, y Pujades se arrellanaba en él como un diputado.

Alguien de la empresa le había recomendado al investigador. Había trabajado para ellos, con éxito, en varias reclamaciones, lo que significaba que Cofisa había ganado dinero con él. Era un tipo de confianza. Explicía y muy profesional en lo suyo, como suele decirse. Un hombre dispuesto a llegar donde hiciera falta a cambio de un módico importe, por supuesto.

Tras estrecharle la mano, Pujades se sentó en su escaño y señaló la silla frente a él.

—Lo primero que les digo a mis clientes cuando vienen aquí por primera vez es siempre lo mismo. Señor Álvarez: ¿está usted completamente seguro de que quiere saber? Es algo que debe pensar muy detenidamente. Sé por experiencia que cuando la gente acude a este despacho está dolida, cabreada y rabiosa. Eso hace que tomen decisiones sin pensar. La gente no quiere realmente saber si su mujer se folla a otro, o si su socio y mejor amigo les está

robando. La mayoría acude aquí porque les resulta más barato que ir al comecocos, se lo digo así. La cantinela de que la verdad os hará libres es una gilipollez, señor Álvarez. Es mejor seguir siendo feliz y que la mujer de uno se alivie con otro de vez en cuando que mandarlo todo a la mierda por orgullo. Ese es mi consejo. Por eso le recomiendo que vuelva a su casa, se siente tranquilamente en el sofá, se tire a su mujer lo mejor que sepa y piense si realmente quiere conocer la verdad.

Pujades se sabía el discurso de memoria. Incluso había conseguido que sonara creíble. Por supuesto, no tenía ninguna intención de perder a un cliente, pero sí de mostrarse comprensivo y de confianza. Con el tiempo había constatado que su depurada técnica de *marketing* le reportaba siempre beneficios. Y, además, le hacía parecer más humano, comprensivo y honrado, tres cualidades que rara vez iban de la mano en su profesión. Cuando te dedicas a hurgar en la miseria de la gente, la empatía es fundamental. O cuanto menos, hay que aparentarla.

—Mi mujer está muerta, señor Pujades, así que dudo que pueda acostarse con nadie —respondió Samuel sin atisbo de reproche; simplemente, constataba un hecho—. Lo que quiero averiguar es quién la mató.

El detective llevaba tanto tiempo metido en asuntos de bragueta que el encargo le pilló por sorpresa; al ver la cara de aquel hombre había pensado de inmediato que su mujer se beneficiaba a toda la escalera.

—Le escucho, señor Álvarez.

—Hace dos años, mi mujer y mi hijo murieron en un atraco a un banco. La policía investigó el asunto, pero no sirvió de nada. Lo que quiero saber es quién lo hizo.

Pujades escrutaba atentamente al hombre que tenía delante. Se había equivocado en su valoración inicial y ahora se preguntaba qué clase de espíritu albergaba. Las apariencias nos engañan demasiadas veces, pensó. Durante sus años de servicio había visto asesinos con cara de niño y boxeadores con alma de nena. Su historia, además, le había removido algunos recuerdos; una zona oscura que tenía olvidada a medias.

—¿Puedo preguntarle por qué quiere saberlo? No me malinterprete. Lo que me interesa realmente son sus intenciones una vez logre averiguar lo que desea —aclaró el detective—. Debe usted ser consciente de que en caso de que lo que cruce por su mente sea, digamos, la ejecución de un acto delictivo de cualquier índole, mi ética profesional y el código penal me obligan a dar parte. Aunque podríamos llegar a un acuerdo extra de confidencialidad, por supuesto.

A Pujades, la deontología y el código penal no le importaban lo más mínimo; el dinero era su única religión.

—Mis intenciones son mías, y estoy dispuesto a pagar lo que me pida para que la cosa siga siendo así.

—Muy bien. Y ahora que hemos aclarado el asunto, cuénteme qué pasó.

—Lo único que puedo decirle es lo que ya le he contado, que es lo mismo que apareció publicado en la prensa —expuso Samuel Álvarez—. Verá, señor Pujades: aquel día yo también recibí un disparo que acabó con mi vida.

Otro chiflado, dedujo el detective.

—Creo que no le entiendo.

Samuel se apartó el pelo del lado izquierdo de la cabeza y dejó a la vista una cicatriz blanca y afilada que le punteaba el cuero cabelludo de parte a parte. Pujades le miró a los ojos y, justo en ese instante, se dio cuenta de que el hombre le decía la verdad: tenía frente a sí a un hombre muerto.

—Muy bien. Le ayudaré. Deme un par de semanas, a ver qué averiguo. Comprenderá que un asunto así lleva tiempo. Contrariamente a lo que la gente piensa, la policía es muy competente en sus investigaciones. No es viejo corporativismo, no me entienda mal; es la realidad. Si ellos no han podido resolver el caso en dos años, no espere que yo lo haga en dos días... Aunque el hecho de no llevar placa me permite aventurarme por atajos en los que ellos no pueden adentrarse, por supuesto.

Aquello también formaba parte de su depurada táctica empresarial: cierras una puerta para curarte en salud, pero abres la ventana para que el menda no vuele.

Samuel asintió.

—Tras lo del banco, estuve varios meses ingresado en el hospital. Después, he pasado varios más en rehabilitación aprendiendo a comer, caminar, cagar, mear y hablar. Le aseguro que si hay una virtud que he cultivado a lo largo de todo este tiempo es la paciencia.

Un hombre paciente y decidido, pensó Pujades: podría ser un buen detective.

—Comprendo. Una última cosa: la información es el bien más escaso sobre la faz de la tierra, así que necesitaré una cantidad extra para gastos, ya me entiende. Especialmente si se trata de información sensible. Hoy en día hasta los *confites* y los chorizos tienen un máster en economía, ¿sabe?

—El dinero no es problema.

Samuel Álvarez se levantó. Pujades salió de detrás de la mesa y le estrechó la mano. Se fijó de nuevo en sus ojos: tenían la determinación del

hombre al que nada hará variar el rumbo. Así debía ser la mirada de un tipo que se va a inmolar en un autobús o en la cafetería de algún hotel. Sintió un escalofrío. Los ojos de un hombre muerto.

Samuel no había vuelto a saber del detective hasta la semana pasada. Se había tomado su tiempo.

—Verá, señor Álvarez —expuso Pujades—: sencillamente, uno siembra y se sienta a esperar a que la cosecha brote. Y tengo que decirle que su dinero ha dado sus frutos.

El detective dejó un sobre marrón sobre la mesa. Samuel lo abrió, extrajo varias fotografías y las ordenó sobre la mesa como acababa de hacer en su despacho.

—Esos son los dos tipos que atracaron el banco —le informó Pujades.

Samuel observó sus rostros. Aunque era incapaz de reconocerles, algo se agitó en su interior. No por saber que aquellos eran los asesinos de su mujer y de su hijo, sino porque sabía que iba a matarles.

—El de la derecha, el gordo, se llama Pavel Ilianescu, y el otro, el hormonado con cara de perro, es Horia Stefanescu —continuó el detective—. Rumanos. He visto sus fichas y no son unos angelitos. Al gordo le relacionaron con el atraco, pero existían discrepancias entre los testigos, así que tuvieron que soltarle. No es fácil pasar desapercibido con ese volumen, pero ya ve cómo está la cosa; si te puedes quitar un caso de encima, te lo quitas. Desde entonces ha llevado una vida, digamos, normal. El otro trabaja como portero de discoteca, en la *Bucarest Night*. Da la casualidad de que Pavel también trabajó allí una temporada. Pero si usted quiere creer en casualidades, es libre de hacerlo.

—¿Está seguro de que son ellos? Usted mismo me dijo que la policía suele ser muy competente en sus investigaciones. Si no les detuvieron es porque, quizás, no sean los culpables.

—Al gordo, trincarle, le trincaron. Estaban bastante seguros de que era uno de los atracadores, ya se lo he dicho. También lo estaban de que, donde comía uno, comía el otro. Pero una cosa es saber algo, señor Álvarez, y otra muy distinta poder demostrarlo en un tribunal. Para eso hacen falta pruebas forenses, no suposiciones, ni corazonadas. Ni aunque uno haya tenido una revelación del mismísimo Dios. El problema no es saber quién ha hecho algo: eso lo sabemos la mayoría de las veces. Basta con preguntar un poco. A muchos de esos cabrones les gusta presumir entre sus colegas de lo duros que son; lo que de toda la vida se llama fardar, vaya. Así hacen currículum, ¿sabe? El problema es poder aportar pruebas para, primero, abrir el juicio oral en el

que se decidirá si se les encausa o no, y, después, plantear la acusación, procesarles y toda la pesca. Si solo tienes una mierda de pruebas circunstanciales, indicios, suposiciones o revelaciones como las de El Escorial, no hay nada que hacer —remató finalmente Pujades, que se había quedado ya sin aire—. Pero usted no tiene ese problema, señor Álvarez. ¿No es así?

El detective le escrutó con ojos de perito tasador. Esperaba ver una sombra de duda en su rostro ahora que todo empezaba a ser real. Los tíos a los que tenía intención de matar, de repente, tenían cara y nombre, como cualquiera. Sabía que no estaban casados, que no tenían hijos registrados y que mantenían abnegadamente a una familia en su país: padre, madre, hermanos, primos y un montón de chupasangres más.

Samuel Álvarez, sin embargo, ni parpadeó.

—Se me da bastante bien hacer mi trabajo —añadió Pujades para reivindicar su pericia—. Supongo que por eso está usted aquí. Ahora, que si lo que quiere es una certeza legal, pues eso ya es otra cosa, como le he dicho.

—Solo quería estar seguro, eso es todo —apuntó su interlocutor en tono neutro.

El detective esbozó una sonrisa.

—Le comprendo. Yo también lo querría en sus circunstancias. Dentro del sobre encontrará sus direcciones, sus horarios de trabajo, sus costumbres alimenticias, reproductoras y de otra índole y sus recorridos más habituales de casa al trabajo y del tajo a casa. Y fotos de sus vehículos. Todo lo que yo querría saber fuera a hacer lo que fuera a hacer, ¿me comprende?

Samuel le dio a entender que sí con la cabeza.

—Lo que haga a partir de ahora, no quiero saberlo. Aunque tarde o temprano me enteraré. Pero así podré negarlo sin perjurar si me preguntan —le informó el detective—. Porque no me gusta jurar en vano, ¿sabe? Uno nunca sabe si Dios le escucha concretamente en ese momento.

—Comprendo.

—Tan solo dos cosas más. La primera: dentro del sobre encontrará también un número de teléfono. Le ayudarán a conseguir un arma limpia si así lo desea. Memorícelo y destrúyalo. Son gente de fiar. Todo lo de fiar que uno puede ser en ciertos negocios, por supuesto.

—¿Y la segunda? —preguntó Samuel.

—No creo que esos dos angelitos montaran la cosa solitos, así que es probable que el asunto no termine en ellos. ¿Está usted seguro de que quiere saber toda la verdad?

Samuel le enfrentó.

—Ya se lo dije, señor Pujades: soy una lata vacía.

San

III

Corominas sorteó como pudo la muchedumbre de chanclas y camisetas que se agolpaba frente a la comisaría. La cola era larga como las de la posguerra, pero muchísimo más colorida que las de la cartilla y las sobras de rancho. Rojos inflamados, azules eléctricos, amarillos chillones, verdes ácidos, como se les adjetivaba ahora, y la nueva gama de los flúor. Nada que ver con los grises apagados y los negros de antaño. Si acaso algún marrón.

Todo el mundo tenía prisa por renovar el pasaporte o el carné y sortear así el último trámite que les separaba de sus ansiadas vacaciones. Se desvivían por largarse a alguna esquina del mundo en la que poder ejercer de ricos durante una semana o dos. No se lo reprochaba. El síndrome posvacacional no tiene que ver con regresar al trabajo, sino con volver a ser pobre.

Llegó hasta el mostrador de la entrada, la americana doblada en el brazo, justo por la mitad, y la camisa ya empapada de sudor. El agente apostado en la puerta leía el *Marca* mientras luchaba contra el testarudo empeño del ventilador por levantar una y otra vez las páginas.

—Buenos días —le saludó Corominas.

El tipo ni siquiera se molestó en disimular. Hacía demasiado calor para andarse con formalidades. El inspector le clavó la mirada.

—Leer el *Marca*, pase... ¡pero coño, con dignidad y disimulo, Bermúdez!

El subordinado escondió el periódico bajo la repisa de madera, le miró para comprobar si el maestro estaba ya satisfecho y siguió a lo suyo. Un pobre triunfo. Pero, aunque pírrica, una victoria es una victoria. Te alegran la cosa, pensó Corominas mientras cruzaba la zona común, entraba en su despacho, conectaba el ventilador y se dejaba caer sobre su silla.

Apenas unos segundos después, el subinspector Carlos Agüero asomó la cabeza. Nunca llamaba. Treinta y tantos, impecablemente vestido, bien peinado y bien dormido. A pesar de sus intentos por no parecer un policía, lo parecía. Y lo era de cabo a rabo. De los buenos. Los más veteranos le apodaban Martini por su afición a los trajes y a las *Wayfarer* que cargaba a todas partes, pero él lo achacaba todo a la tiña, por supuesto. Lo que más

llamaba la atención de todo el conjunto, sin embargo, eran sus vehementes ojos azules. Eso cuando se quitaba las gafas.

Corominas seguía refugiado en el torrente de aire que surgía de su ventilador.

—Digo yo que no supondría un gasto excesivo para el contribuyente que nos pusieran aire acondicionado, ¿no crees? —comentó desde la puerta.

El inspector giró su silla.

—Ni más personal, ordenadores nuevos y, si me apuras, hasta algún que otro chaleco. No hace falta que pare las balas del todo: con que las frene un poco es suficiente —añadió—. Claro que siempre puedes pedir un traslado a la UIP —remató con algo de mala leche—: allí tienes de todo.

—Yo solo digo que con un mejor ambiente en el lugar de trabajo, pues igual se rendía algo más —replicó Agüero.

Corominas le regaló una de sus mejores sonrisas.

—Al señor contribuyente le importa poco la mejora de nuestras condiciones laborales. Bastante tiene con lo que tiene. Diles que les subes los impuestos para ponernos aire acondicionado y al día siguiente nos darán palos en las páginas de todos los periódicos. En eso sí se pondrían de acuerdo sin distinción de pelaje.

Tras la parrafada, se fijó en el sobre marrón que el subinspector traía bajo el brazo.

—Los resultados preliminares.

Corominas le miró, extrañado. Los informes del forense y de la Científica solían tardar varios días. Eso cuando había suerte. O cuando el muerto era ilustre, por supuesto.

—El completo tardará algo más, pero no creo que aporte nada relevante —señaló Agüero mientras abría el sobre y mordisqueaba los datos más relevantes de un vistazo—. La bala salió de un 38, un viejo Llama. Nada en el IBIS. Por el ángulo de entrada, el asesino estaba a ras de suelo, probablemente sentado, pero harán más pruebas. En la cocina, ninguna huella viable, solo las del muerto —desgranó Agüero—. El tiro fue *post mortem*, eso sí está confirmado —añadió mientras le pasaba los papeles.

—¿Sangre, fibras, piel?

—De dos tipos: una muestra desconocida, cero positivo, igualito a mí, y la del rumano, que según Martínez es cero negativo. Dice que si nos interesa, puede hacer un molde de la dentadura del asesino. Pero el tío no debe tener ningún empaste ni nada, así que servirá de poco.

—Si le mordió, ¿habrá saliva, no?

—Aún tiene que sacar el ADN. Inútil si no tenemos con qué compararlo. Y si no está contaminado. He visto las fotos: aquello era un desastre —señaló Agüero.

Corominas le atendía con la mosca revoloteándole la cara.

—Basta con haber visto *CSI*. Vas a un súper y te compras un par de guantes, una mascarilla y un mono de pintor de esos con capucha. Son como los nuestros. Así está la cosa.

—¿Y luego usas un cubo de fregona como arma homicida?

—Hay gente *pa tó*, ¿no? Además, las armas fallan.

—Fallan las pistolas de ahora, no los revólveres —matizó Corominas—. Algo no cuadra. El arma y la falta de huellas y de fibras sugiere premeditación, pero el cubo insinúa lo contrario. Si hay premeditación, hay motivo. Punto para nosotros. Pero aquí está todo mezclado.

—Está claro que la cosa se complicó, se desató la tercera guerra mundial y le acabó matando con lo que pudo —opinó Agüero—. Es probable que el tío lo tuviera planeado, pero está claro que no es ningún artista del crimen. Nadie se toma tantas molestias para matar a alguien si no tiene un buen motivo, eso seguro. Pero el tío al que buscamos no es un asesino.

—Ahora ya lo es —sentenció Corominas.

El inspector abrió el cajón de arriba de su escritorio y sacó la ficha de Pavel.

—Ilianescu, Pavel. Rumano, nacido en Slobozi, Rumanía. Vino a España en el 99. Detenido dos veces por posesión y tráfico. Nada. Una por agresión. Libre también. Proxenetismo: nada. Agresión a una prostituta —su mirada se cruzó con la de Agüero—, nada tampoco. Hace dos años se le relacionó con un atraco a un banco, hubo dos muertos. Nuestro querido angelito pasó un reconocimiento visual, pero...

—Nada otra vez —completó el subinspector—. Hay que ver lo que hace una media por ocultar la identidad de un tipo de 150 kilos. ¿Y encontraron gente de su tamaño para la rueda de testigos? Bonito currículo.

—Y abogado caro —apuntó Corominas.

—¿Algún dato más?

—Ni esposa, ni hijos, ni propiedades. En Extranjería figura su dirección en Rumanía, pero no hay teléfono. Habrá que llamar a alguien de la Delegación para que haga los trámites.

—¿Has mirado su historial laboral?

Corominas negó con la cabeza.

—A juzgar por sus actividades, no creo que estuviera dado de alta.

—Alguien tuvo que hacerle un contrato para poder venir.

Corominas descolgó el teléfono y se blindó de paciencia. Tras varias esperas y no menos de cuatro viajes por diferentes extensiones en las que tuvo que explicar que no solicitaba los secretos de confesión del muerto, sino únicamente su registro laboral, si es que lo tenía, consiguió su objetivo.

—Bucarest Night S. L. Una sala de fiestas. Figura como gerente un tal Ilia Vlasin. Nuestra víctima trabajó allí del 99 hasta hace año y medio. Después no figura nada más —informó—. ¿La conoces?

El subinspector negó con la cabeza.

—No forma parte de mi círculo social. Original el nombre, eso sí. Pues habrá que pasarse a tomar unas cervezas gratis, ¿no te parece?

Corominas devolvió el informe preliminar al sobre, se levantó y cogió la americana del perchero. Aunque no tenía la menor intención de ponérsela. Decoro.

—Vamos a empezar a tirar del hilo, a ver adónde nos lleva.

Cuando uno sale de la civilización, es más seguro un plano de papel que un navegador. El del deportivo del subinspector se había perdido hacía un buen rato. Corominas trataba de localizarles en la guía, pero se estaba empezando a marear.

—A veces pienso que deberíamos pasar de investigar cada vez que se cargan a uno de estos angelitos. ¿Cómo lo llaman? Sí, optimización de recursos. Y no me salgas con la retahíla de que todos tenemos derechos, etcétera, etcétera, etcétera. Todos tenemos derechos hasta que jodemos los de los demás. Entonces, nada.

—Nos pagan por hacerlo —contestó Corominas—. Ética profesional. Lo demás no importa. ¿Te sirve eso?

—Vamos, Hero, no me vengas con el cuento. Investigar la trágica muerte de Moby Dick te importa tan poco a ti como a mí.

—El que muere es Acab.

Agüero le fulminó con la mirada.

—Siento haberte fastidiado el final.

—Vi la peli, no te preocupes —replicó con desdén Agüero. Se había picado—. Hablo en serio, Hero. A veces creo que deberíamos pasar más de según qué cosas. Se aprovechan de un sistema que les importa un huevo. Pues bien: si no te gusta el sistema, te jodes. Al sistema tampoco le importas tú.

—Es por ahí, a la derecha —indicó Corominas sin prestarle atención.

Agüero torció el volante y se adentró en un polígono industrial. Corominas trataba de localizar la discoteca a través del parabrisas, pero lo

único que veía eran naves de calderero, talleres, almacenes.

—¿Y viene gente hasta aquí para ir de copas?

—Menos denuncias por ruidos, menos problemas —aclaró Agüero—. Solo hay que llegar a un acuerdo con los chicos de tráfico para que hagan un poco la vista gorda. Eso sí: si les jodes, te hundan el negocio a controles de alcoholemia.

—Es ahí.

El subinspector detuvo el coche frente a un edificio con un gran rótulo apagado sobre la puerta: *Bucarest Night*. Aparcados frente al local, un BMW negro y una moto de gran cilindrada.

En la esquina superior izquierda de la puerta, una cámara de seguridad apuntaba a todo aquel que traspasara el umbral. Bajo la misma, una chapa de la empresa de seguridad: «Seguridad Royal». Corominas observó la minúscula lente y pensó que quizás Pavel había salido esa noche acompañado de su asesino. O quizás no. Además, para las imágenes hacía falta una orden y exigen tiempo y esfuerzo. Y un juez sin ganas de tocar las pelotas, claro.

Al bajarse, ninguno de los dos se fijó en el morro del coche plateado que asomaba curioso por una esquina, pero el conductor del vehículo sí lo hizo en ellos. Sabía por qué estaban allí.

Sus pupilas necesitaron algún tiempo para dilatarse. La sala parecía muerta, hasta que un tintineo de cristales hizo que se giraran. Venía del fondo de un pasillo. Al cabo de unos segundos, un tipo cuadrado, rubio y alto que cargaba con tres cajas de ginebra se plantó frente a ellos. Su camisa parecía dos tallas menor. Uno no se mata a pesas para que los demás no se enteren, pensó Corominas.

—Está cerrado.

Su acento era eslavo. Denso y muy marcado. El inspector se acercó a él, desplegó la porta-carné y le mostró identificación y emblema. Él hablaba primero siempre, salvo que le indicara lo contrario a Agüero.

—Inspector Corominas. Subinspector Agüero.

El armario se fijó en la placa como si fuera capaz de distinguir una verdadera de una falsa. Quizá lo fuera.

—¿El dueño?

—Atrás, en despacho —respondió a la par que señalaba una puerta con un gesto de su cabeza esculpida. Acto seguido, se inclinó para recoger las cajas que había dejado en el suelo. Aquello no iba con él.

—Un momento.

Corominas extrajo el carné de Ilianescu y lo dejó suspendido frente a su cara, justo donde antes había plantado la identificación.

—¿Pavel?

El tipo dejó de nuevo las cajas y asintió, esta vez frunciendo las cejas. La pregunta parecía haberle inquietado, pero trató de aparentar que no era de su incumbencia.

—¿Cuándo le viste por última vez?

—Ya no trabaja aquí.

—Eso ya lo sé. Lo que te pregunto es si el viernes estuvo aquí.

El armario negó con otro gesto de cabeza.

Corominas se guardó el carné en el bolsillo. El *madelman* se inclinó una vez más, levantó las cajas como si estuvieran llenas de aire y siguió su camino mientras los dos policías conquistaban la puerta que les había indicado.

El inspector golpeó con los nudillos y esperó. Una voz les llegó desde dentro. No era castellano, pero un sí tiene la virtud de sonar prácticamente idéntico en cualquier idioma, así que entró. El espacio era ridículo, y tanto el tamaño de su inquilino, un tipo gordo y menudo, como el del enorme escritorio tras el que parecía estar encajado a presión, contribuían a multiplicar el ahogo.

Ilia Vlasin garabateaba unos documentos con insistencia. Afirmaba cada trazo como si quisiera asegurarse de que las palabras no desaparecerían del papel con el tiempo. Al verle, Corominas pensó que tenía facciones de dictador fascista bien alimentado. Todo un *Dux*. Vestía traje gris oscuro —marengo, habría puntualizado Agüero— de raya diplomática y camisa violeta y lucía un anillo por cada dedo, pulgares incluidos. Lo que más llamaba la atención, sin embargo, eran su atildada calva y el descomunal reloj de oro que le estrangulaba la muñeca.

Tras unos segundos, levantó la mirada para averiguar por qué la visita persistía en el silencio, y, al ver a dos extraños, su expresión se contrajo momentáneamente.

Corominas metió la mano en el bolsillo y repitió el soniquete de la identificación.

—Inspector Corominas. Mi compañero, el subinspector Agüero.

De nuevo, ese mínimo instante de recelo y temor que observaba en la expresión de todo mortal al descubrir que tenía frente a sus narices a la policía. No era relevante que uno hubiera hecho algo o no.

—¿Podemos hablar con usted?

El hombre se levantó y fue a su encuentro con la mano tendida. Todo rastro de miedo, de duda, había desaparecido de su semblante por completo. Ahora era un relaciones públicas con una sonrisa diáfana, dispuesto a colaborar en lo que hiciera falta, por supuesto.

—Pónganse cómodos, por favor. Soy Ilian Vlasin: ¿en qué puedo ayudarles? —se ofreció mientras regresaba tras la mesa y se dejaba caer asfixiado por haber desplazado su anatomía aquellos interminables metros. Una onda sísmica recorrió sus carnes al entrar en contacto con el cuero—. Quizá quieren tomar algo.

La boca de Agüero comenzó a formular una petición, pero Corominas se adelantó al gesto y negó con la cabeza.

—Puedo ofrecerles una cerveza fría. Sin alcohol, si quieren —puntualizó Vlasin.

—No, muchas gracias.

Esta vez fue Agüero el que contestó, algo contrariado aún por la derrota.

—Espero que nadie haya presentado ninguna queja. Tenemos una política muy estricta con la venta de alcohol y de tabaco a menores. También con los horarios de cierre, por supuesto.

El hombre conservaba buena parte de su acento rumano, pero su castellano era impecable.

—No se preocupe, señor Vlasin. Que yo sepa, nadie ha presentado ninguna queja. Pero eso es cosa de los chicos de la Municipal. Venimos por uno de sus empleados, Pavel Ilianescu —respondió Corominas.

—¿Pavel Ilianescu?

El inspector sacó el carné de empleado de su compatriota de la chaqueta y lo dejó sobre la mesa para no dejarle ni una grieta por la que colar una mentira.

—Ah. Pavel, sí.

—Usted le hizo un contrato para que pudiera salir de su país.

Vlasin asintió. Trataba de averiguar por dónde iban los tiros. A pesar de que la habitación estaba perfectamente climatizada, un ligero rocío de sudor comenzó a condensarse sobre su labio en forma de bigotito de cristal.

—Así es. Todo se hizo de acuerdo a la ley.

—¿En qué consistía su trabajo?

—Guardia de seguridad.

—¿No encontró a ninguno de su agrado aquí? —intervino Agüero.

—Buscaba a alguien que hablara rumano. La mayor parte de nuestros clientes son emigrados. Eso simplifica las cosas —aclaró.

—¿Podemos saber por qué le despidió?

La frente de Vlasin se contrajo. La charla no discurría en la dirección que esperaba.

—¿Por qué les interesa Pavel?

—Ha muerto —anunció Corominas.

Algunos compañeros sostenían la creencia de que estudiar la reacción de una persona cuando se le comunica un óbito es revelador. Corominas era plenamente consciente de lo bien que es capaz de mentir la gente. Además, cada uno traga con el duelo de modos muy distintos. El rostro de Vlasin se encapotó por momentos.

—¿Muerto? ¿Cómo? —exclamó mientras sacaba un pañuelo del bolsillo y se enjuagaba el bigote y la cabeza.

—No puedo darle los detalles.

El rumano guardó el pañuelo y buscó el móvil por todos los bolsillos de la chaqueta. Ni siquiera le dio importancia al gesto. Lo sacó, apretó una tecla, esperó a que su interlocutor contestara e intercambió un par de frases en su idioma. Al ver la expresión de los policías, ofreció explicaciones.

—Disculpen. Era Horia. Fue él quien recomendó a Pavel. Crecieron juntos.

Su sonrisa de engatusador había desaparecido. La noticia le había afectado, aunque por razones distintas a las que conjeturaba Corominas.

Al cabo de unos segundos, la puerta del despacho se abrió tras ellos. Ambos torcieron el cuello. En el umbral, de pie, estaba Horia Stefanescu, quieto como un maniquí de escaparate. Era un tipo de facciones aristadas y piel tirando a oscura. Su rostro parecía tallado a machete, nariz larga y sienes muy hundidas. Su jefe es un bulldog y él un galgo, pensó Corominas.

—Estos señores son policías. Pavel ha muerto —le comunicó Vlasin, esta vez en castellano—. Le han asesinado.

Lo había deducido todo él solito, más por lo que el inspector había callado que por otra cosa. Si uno muere de un infarto, nadie suele ocultar el hecho.

La mirada de Stefanescu buscó confirmación en la de Corominas, que corroboró la noticia con una ligera inclinación de cabeza. Sus ojos eran dos tizones.

—¿Qué ha sucedido?

Su acento era algo más marcado que el de Vlasin, y su tesitura, de barítono.

—No puedo darle detalles. Es una investigación en curso.

El recién llegado permaneció taciturno. Su semblante era hosco. Corominas se fijó entonces en el temblor que comenzaba a agitarle los músculos de la mandíbula y el mentón. Parecía a punto de saltarse los dientes de tanto apretar. Su relación con el muerto era más estrecha que la de su jefe, estaba claro.

—Sabemos que el señor Ilianescu estuvo metido en algunos asuntos no del todo legales —terció entonces Agüero. Su mirada no se despegaba de la de Stefanescu.

—Siempre sucede lo mismo con los inmigrantes, inspector —respondió Vlasin en dirección a Corominas. Trataba de mantener la conversación entre adultos. La tensión creciente entre ambos jóvenes no presagiaba nada bueno —. La policía, y no les culpo, créame, siempre nos señala como los culpables de todos los males. Como si fuéramos una plaga bíblica o algo parecido. Pero se equivocan. Pavel era un hombre tranquilo.

—Vaya, un angelito —soltó Agüero sin dejar de medir fuerzas con el galgo—. ¿Por qué le despidió, entonces?

Su rival ladró algo en rumano. Su cuerpo parecía a punto de saltar. Vlasin le reprendió sin miramientos con el propósito de cortar de raíz toda complicación.

Un breve instante de silencio colmó el despacho, hasta que se removió nervioso en la silla; parecía buscar una postura más cómoda para su voluminosa anatomía.

—Ustedes no lo entienden. Para cualquiera de nosotros, la muerte de un compatriota es una tragedia. Cuando un inmigrante muere, la familia que deja atrás se ve abocada a la miseria. Todos mantenemos a alguien en nuestro país. Los rumanos de hoy somos los españoles de ayer —sentenció, ufano por su ocurrencia.

—¿Cuánto hacía que no se veían?

—Perdimos el contacto cuando dejó de trabajar aquí. Quería encontrar algo mejor para poder traer a su familia.

Corominas torció el cuello y enfrentó a Stefanescu.

—¿Y usted?

—Hablabamos por teléfono de vez en cuando, nada más.

—Comprendo. En ese caso, la cosa será más difícil.

—¿A qué se refiere? —intervino Vlasin.

Antes de que el inspector pudiera responder, la voz de Stefanescu se abrió paso con violencia contenida. Y con desprecio, todo el que fue capaz de amontonar en una frase.

—Significa que no les importa un rumano muerto.

—Le sugiero que no meta sus narices donde no debe, señor Stefanescu — arremetió Agüero con la sangre a un punto de cocer. Era plenamente consciente de lo que pasaba por la cabeza del rumano: encontrar al culpable y trincharle como a un pollo—. Haremos nuestro trabajo. Por algo nos pagan, aunque no sea mucho.

—Confiamos en el sistema —intervino Vlasin—. Vinimos a este país porque nos ofrecía algo que no teníamos en el nuestro. Allí todo dependía de los caprichos de un loco.

—Lo comprendemos —cortó en seco Corominas. La conversación había tomado un cariz melodramático—. Una última cosa, señor Vlasin: nadie ha reclamado el cuerpo de su compatriota. Tenemos una dirección de contacto de la familia, pero no figura ningún número de teléfono. Quizás puedan ayudarnos a agilizar los trámites.

Vlasin asintió pesadamente. Le acababa de caer un muerto encima.

—Haré que alguien les llame. Muchas gracias —añadió Corominas mientras se ponía en pie.

Vlasin le secundó con la mano tendida.

—Estamos a su disposición para lo que necesiten.

Esta vez fue la intensa luz la que les golpeó al salir y les obligó a protegerse los ojos. El subinspector se puso las gafas de sol mientras buscaba las llaves del coche.

—Esos dos saben más de lo que cuentan.

Corominas estaba de acuerdo. Rumiaba algo.

—Lo del asesinato les ha pillado por sorpresa. Por ahora, no me interesa lo demás.

—¿Pedimos un seguimiento? Igual hasta alguien nos hace parte del trabajo.

Corominas sabía que pasarían un mínimo de dos días hasta que su comisario lo autorizara. Eso si concluía que el asunto merecía el esfuerzo — es decir, el tiempo y el dinero—, cosa que dudaba con certeza aritmética. Esos gastos están para cosas importantes, y su historia no pasaba de ser el simple finiquito de un inmigrante que no importaba a nadie. En eso, Stefanescu tenía razón. Y por nadie no se refería ni a ellos ni a su familia, estuviera donde estuviese, sino a la parafernalia mediática, que era la que te podía hacer subir puntos en la escala y la que determinaba si el asunto era de interés para el llanto nacional o no.

—No perdemos nada por intentarlo —respondió mientras se encogía de hombros.

—Al menos hemos descubierto una cosa —señaló Agüero mientras arrancaba—: Vlasin y el muerto seguían la misma dieta.

2. *KIRI TSUKE*

Acción de armar del sable.

Shi

IV

Horia Stefanescu salió del portal enfundado en su cazadora de cuero. La misma que Samuel Álvarez había visto hasta la saciedad en las fotos. Torera, negra, mangas estrechas y largas, bien ceñidas a la muñeca, y refuerzos en codos y columna. Ganó la acera contraria de dos zancadas, se sentó sobre la moto y se ajustó el casco.

A diferencia de Pavel, vivía en un edificio de apartamentos de reciente construcción en una de las mejores zonas de la ciudad. El bloque se erigía sobre la tumba de un antiguo cine que había tratado de sobrevivir a su destino con uñas, dientes y hasta panza arriba. No había servido de nada. Metió primera, soltó la maneta del embrague como el que libera la cuerda de un arco y salió disparado.

Nada más reparar en él, Samuel giró las llaves en el contacto y esperó a que pasara. Stefanescu cruzó el encuadre delimitado por el parabrisas de su coche y desapareció calle abajo. Antes de seguirle, decidió dejar un par de vehículos se interpusieran entre él y su objetivo y abandonó la esquina en la que le había estado acechando.

La moto zigzagueaba entre un largo destacamento de conductores con ventanillas abiertas y los nervios destemplados. Por un instante, temió perderle. Tampoco tenía mucha importancia. Conocía perfectamente su destino.

Tomaron la antigua circunvalación de la ciudad, degradada con el tiempo a simple avenida, y se sumergieron en la corriente del tráfico. Hacía ya algún tiempo que varios bloques de apartamentos habían rebasado aquella frontera de asfalto y colonizado las antiguas huertas que separaban la urbe de sus

polígonos industriales. El Ayuntamiento llevaba varios años proyectando un nuevo cinturón, pero la arteria nacería ya muerta.

Stefanescu tomó el desvío y callejeó entre las naves. Samuel había repasado el plan cientos de veces. Esperar a que se detuviera frente a la discoteca, se bajara de la moto y se quitara el casco. Acercarse con el coche despacio, bajar la ventanilla y preguntar por una dirección, y cuando se pusiera a tiro, dispararle a la cabeza y seguir como si la matanza no fuera con él.

Entonces, sucedió algo extraño. Samuel dobló la esquina y redujo para darle tiempo a estacionar, pero Stefanescu pasó frente al edificio sin detenerse. Algo no iba bien. La moto se perdió calle abajo y torció por la primera bocacalle. Samuel aceleró para no perderle mientras la adrenalina comenzaba a empaparle todos los músculos y tejidos.

Horia sospechaba que le seguían desde hacía un rato. Un calambrazo en su nuca al mirar por el retrovisor. Su primera corazonada fue pensar en los dos policías que habían ido a comunicarles la muerte de Pavel. Pero algo no encajaba: en el coche que le incordiaba solo era capaz de distinguir una silueta.

El rumano salió del polígono y se incorporó a la carretera. Samuel aguantó en el *ceda el paso* y tomó la misma ruta. A ambos lados crecía el esqueleto de una futura urbanización. Las imágenes que mostraba el cartel de la constructora prometían la paz más absoluta y la modernidad más rampante: «La tranquilidad del campo a un palmo de la ciudad». Al parecer, la gente se seguía creyendo las cosas a pies juntillas.

De repente, la moto redujo y se parapetó tras un camión. La distancia entre ambos vehículos se acortó drásticamente. Stefanescu miró por el retrovisor y trató identificar al hombre que le seguía, pero el reflejo del sol le cegó. De lo que no cabía duda era de que iba solo.

Frente a ellos se extendía ahora una recta larga y con visibilidad perfecta. El rumano, sin embargo, permaneció tras el tráiler. Samuel decidía qué hacer cuando le escuchó llevar la mecánica al límite. El camión comenzaba a tomar pesadamente una curva a la izquierda. Desde el coche, podía ver el resto del semicírculo, vacío. Hasta que una berlina surgió en sentido contrario. Visto y no visto, Stefanescu salió de detrás del remolque como un rayo, pasó entre el callejón formado por ambos vehículos y desapareció.

Samuel se quedó atrapado. El camión era un muro que le impedía ver nada. Asomó el morro para tratar de adivinar la carretera, pero lo único para lo que le sirvió fue para llevarle la pitada de un nuevo coche que transitaba de

regreso a la ciudad. Cuando por fin logró rebasarlo, el paisaje era un páramo. Ni rastro de la moto. Le había perdido, pero decidió darse un par de kilómetros antes de asumir la derrota.

Entonces, un destello a su derecha llamó su atención. Miró por la ventanilla del copiloto y clavó frenos justo donde germinaba el desvío a una pequeña carretera comarcal. A lo lejos, el rumano se acodaba a izquierda y derecha según el rumbo que le imponía la calzada, haciendo que el reflejo del sol en el retrovisor apareciera y desapareciera a su capricho.

El asfalto estaba agrietado y apenas había hueco para un solo coche. Toda la señalización de la calzada había desaparecido hacía tiempo, y las hierbas luchaban por recuperar su terreno palmo a palmo. Samuel aceleró, no quería perderle otra vez. Tras un par de kilómetros, los campos segados dieron paso a un extenso pinar. A la derecha, monótonas trincheras en barbecho que se extendían más allá de la vista.

La carretera ascendía hacia un pequeño pueblo en la cima de una colina. Al salir de una curva, Samuel descubrió a Stefanescu plantado en medio de la carretera. De pie frente a él, a unos cien metros. Se había bajado de la moto y le desafiaba con los testículos bien agarrados en una mano y una navaja en la otra. Samuel se detuvo y le observó a través del parabrisas. A su lado, sobre el asiento del copiloto, descansaba el maletín con el revólver. Esta vez, había comprobado gatillo y tirador.

El coche empezó a moverse despacio hacia Stefanescu. Hasta que, a unos cincuenta metros, Samuel hundió el pie derecho hasta el chasis. El rumano, que parecía haber echado raíces mientras le desafiaba, no tenía ninguna intención de moverse, dispuesto a ganar el pulso.

Cuando quiso darse cuenta de que no saldría bien parado, trató de apartarse. Demasiado tarde. Su cuerpo impactó contra la brisera frontal y salió despedido por encima del coche en una pirueta gimnástica.

Samuel se bajó con el revólver por delante. El rumano yacía boca arriba, varios metros atrás. Inmóvil. Su tibia derecha asomaba por la piel desgarrada con el tuétano al aire. Al llegar a la altura de aquel guiñapo, escuchó un quejido. Stefanescu se aferraba a la vida. Sin dejar de apuntarle, se inclinó y le abrió la visera. Los ojos de su víctima reflejaban un dolor intenso.

El rumano trató de agarrar la pierna del hombre que le había atropellado, pero Samuel se zafó de su presa sin esfuerzo. El gesto le recordó al de Pavel. Tal para cual.

—¿Quién eres, hijo de puta?

La voz de Horia temblaba. La misma pregunta. La misma duda.

—Tengo dinero. Tengo mucho dinero —suplicó. La única respuesta que le llegó fue el silencio—. ¿Qué quieres de mí, cabrón? ¿Qué coño quieres de mí?

Samuel observó la carretera en ambos sentidos. Vacía. Miró hacia el bosque y calculó el trecho que le quedaba hasta los árboles.

—Tú mataste a Pavel, ¿verdad, cabrón?

Stefanescu escrutó los ojos de aquel desconocido mientras le acercaba el rostro a la ranura abierta del casco. Le concedía una última oportunidad. Trató de reconocerle, pero no obtuvo la respuesta que esperaba. De hecho, no consiguió ninguna; iba a irse a la tumba con la incertidumbre.

Samuel cerró la visera de golpe, se retiró un metro y medio y apuntó. El rumano levantó la mano para tratar de detener la bala que se le venía, pero el proyectil le atravesó la palma y le agujereó el pecho.

Los primeros árboles estaban ya cerca. Samuel tiraba del cuerpo mientras tomaba aire a boca abierta. El sudor le empapaba la cara y el cuerpo. Cuando alcanzó los pinos sentía calambres en cada músculo. No podía dejar el cadáver allí, pero necesitaba descansar. Nunca piensas en lo que pesa un hombre hasta que tienes que cargar con él, se dijo.

Avanzó por el bosque hasta detenerse en un pequeño claro. Su coche era visible entre los troncos, a unos cien metros en línea recta. Regresó a la carretera, abrió el maletero y sacó una pala. Todo seguía tranquilo. La moto accidentada, sin embargo, llamaba mucho la atención. Un automóvil parado en un arcén era solo eso, alguien que había ido a mear.

Agarró el manillar y trató de tirar. Probó con todas sus fuerzas, pero no consiguió nada. Apenas le quedaban fuerzas. Subió al coche, metió primera e intentó empujarla hacia una pequeña pendiente cubierta de matorrales. Pero la fuerza de aceleración del motor la clavó en el asfalto. Metió marcha atrás y trató de desengancharla. Volvió a meter primera y, poco a poco, la arrastró hacia su objetivo, hasta que se precipitó por la cuesta y quedó escondida entre la maleza.

No lo oyó hasta que lo tuvo encima. Un coche se había detenido a su lado. Justo sobre el rastro de sangre dejado por el cuerpo de Stefanescu. Era una ranchera.

El conductor bajó su ventanilla.

—¿Necesita ayuda?

—No, gracias. El motor se ha calentado y he parado un rato.

Aquel tipo no le quitaba ojo a la grieta en el parabrisas.

—¿Seguro que está usted bien? Hay un pequeño puesto de socorro en el pueblo. Puedo llevarle. También hay un cuartel de la Guardia Civil.

Samuel reparó en que el conductor miraba su rostro amoratado y la férula que cubría su nariz.

—Estoy bien. Pero me hubiera venido de perlas encontrarme con alguien como usted el otro día. Supongo que a algún bromista le pareció divertido tirar una piedra desde un puente —se encogió de hombros—. Me la partí contra el volante. Aún doy gracias de que no me maté.

—No es seguro conducir con el cristal así. Se le puede venir encima en cualquier momento.

—Lo sé.

Trataba de aparentar toda la normalidad de la que era capaz.

—De todos modos, avisaré a la patrulla del pueblo.

—No se moleste, de verdad. Ya me iba —trató de detenerle. Pero el conductor de la pick-up ya había subido la ventanilla.

Mientras le observaba alejarse, trató de calcular a ojo la distancia hasta el pueblo. Si aquel hombre avisaba a la Guardia Civil, y estaba seguro de que lo haría, se plantarían allí en media hora. Quizás menos.

Lo más sensato era largarse, pensó, pero antes debía esconder el cuerpo. Lo justo para que no dieran con él en una batida a simple vista. Salió del coche y se adentró en el bosque con furor. Cada minuto que ganara, contaría. Aún necesitaba unos días hasta el final. Un poco más.

La tumba tenía medio metro de profundidad. Suficiente. Dejó la pala a un lado y echó un vistazo nervioso a la carretera. Nada aún. Agarró el cuerpo por las solapas y lo arrastró hacia la zanja. Al caer dentro de su tumba, Stefanescu emitió un pequeño gemido. Casi imperceptible. Samuel dio un respingo. El rumano trató de incorporarse, aunque era más un deseo que un acto real. Logró abrir pesadamente la visera del casco. Sus pulmones buscaban aire, desesperados.

Samuel cogió la pala y le golpeó el pecho con todas sus fuerzas, como si tratara de ayudar a que la bala atravesara del todo el cuerpo. Descargó cinco golpes más, hasta que aquel cadáver resucitado regresó a su quietud. Después, comenzó a cubrirlo. La primera palada cayó sobre la cabeza. La tierra se metió dentro del casco hasta rellenar casi todos sus huecos.

Al terminar, una arcada le sacudió por completo y no pudo controlar el vómito. Sudaba copiosamente y estaba deshidratado por el esfuerzo. Un segundo espasmo le trajo de nuevo el sabor de la bilis a la boca y le encharcó la lengua. Cogió la pala y regresó al coche.

No había tiempo que perder.

Go
V

Corominas tenía voluntad de sobremesa larga y a la fresca, pero estaba sentado en su despacho frente a un montón de informes que leer, verificar y repasar. Palabras que trataban de resumir historias en las que siempre se pasan por alto mil cosas, las más pequeñas: un gesto, una mirada, una súplica. «Detalles, detalles, detalles. Lo importante siempre está en los detalles» — solía repetirle uno de sus instructores en la Academia.

Había tecleado cientos de informes en sus años de carrera y sabía que cada uno era una vida que se había ido por el retrete. Un trozo de ella o toda entera. Por no hablar del dominó que cada acto desencadenaba en su entorno. Física elemental.

El teléfono interrumpió sus cavilaciones.

—Sí.

Su ceño se frunció.

—¿Un tráfico? ¿Cuándo hemos empezado a quitarle el tajo a la Guardia Civil?

Tras una nueva pausa, contestó, vencido:

—De acuerdo, nos vemos allí en media hora.

Apagó el ventilador y recogió su chaqueta del perchero. La paz había durado poco.

Dos Nissan de la Guardia Civil formaban una barricada de compromiso en la carretera. Mientras se acercaba, Corominas vio el deportivo de Agüero aparcado junto al arcén. Al llegar a la altura de los vehículos, un número que no debía de tener más de diecinueve años le dio el alto. Paró, bajó la ventanilla y sin darle tiempo a ponerse militar, se identificó. Fue inútil. El guardia le saludó con la intensidad de quien aún se siente totalmente orgulloso de serlo. Corominas pensó que no tardaría en cambiar.

—Buenas tardes, inspector. Si quiere puede dejar el coche aquí mismo. Su compañero le espera ahí abajo.

Corominas pegó el vehículo al borde de la carretera y se bajó. A unos cien metros, Agüero escudriñaba algo entre los rastrojos de un pequeño barranco. Junto a él, otro guardia civil bastante más veterano. De camino hacia ellos,

pasó de puntillas junto al rastro de sangre que cruzaba la carretera y se adentraba en el bosque.

El subinspector se incorporó al verle llegar.

—¿Un tráfico? —repitió Corominas.

—Pero no uno cualquiera. Moto de gran cilindrada. He comprobado la matrícula.

—Horia Stefanescu. ¿Y el cuerpo?

—No hay cuerpo. Al menos, de momento. Alguien ha arrastrado la moto hasta tirarla aquí —Agüero señaló en dirección al tramo de asfalto por el que acababa de pasar Corominas—. Marcas de neumáticos y cristales allí y un rastro de sangre que cruza la carretera y va hacia el bosque. El sargento ha mandado a uno de los suyos.

A Corominas le gustaba respetar rangos, y un sargento era un sargento.

—¿Qué opina usted?

El guardia se quitó la gorra y se frotó la cabeza. Era más una manía adquirida con los años que una necesidad real.

—Pues que las marcas de neumáticos no son de frenada, sino de aceleración.

Corominas le miró.

—Llevo muchos años en esto y sé distinguirlas, se lo aseguro. Arrastraron la moto hasta tirarla aquí a golpe de acelerador y embrague. Querían hacerla desaparecer. Al menos a simple vista. Tampoco hay ninguna frenada en el lugar del primer impacto, así que el accidente no fue tan accidental.

El juego de palabras pareció divertirle y no pudo atajar la sonrisa a tiempo. Su rostro se arrugó y sus ojos quedaron reducidos a dos rayas mientras adquiría la expresión de un niño que ha hecho una trastada.

—Eso es lo que puedo decirle —remató en un intento por recuperar la compostura.

Un grito les llegó desde la linde del bosque. Los tres dieron media vuelta y miraron en dirección a los árboles. Allí, de pie, el cuerpo doblado hacia abajo, un tercer guardia vomitaba hasta su primera papilla. Su cara de niño acrecentaba el efecto. El sargento corrió hacia él. Agüero y Corominas le siguieron.

—¡Joder, Calvo, qué coño van a pensar este par de señores de los hombres del cuerpo!

El chaval necesitaba un hombro en el que apoyarse, no una reprimenda, pero algunos hombres muestran su cariño de formas extrañas. El guardia se incorporó como pudo, herido en su orgullo, y se secó parte del vómito con la

manga del uniforme. Su otro compañero, que había abandonado los vehículos para acudir en su ayuda, le sujetaba la gorra y le miraba con preocupación.

—He encontrado el cadáver, mi sargento. Está ahí dentro, a unos cien metros.

Los surcos dejados por los talones de Stefanescu componían una pequeña vía de tren estrecho. Precedidos por el suboficial, Corominas y Agüero llegaron hasta el pequeño claro en el que estaba semienterrado el cuerpo del rumano. Los dos guardias se habían quedado en los coches.

De entre la tierra asomaba parte del casco y varios dedos agarrotados en una mueca final.

—¡Joder! —soltó Agüero. Tuvo una arcada.

—Llama a comisaría. Que envíen un equipo —ordenó Corominas. Después, se dirigió al sargento—. Quiero saber el nombre y vida de todos los que han pasado por esta carretera hoy y a qué hora.

—Su testigo se llama Manuel Tello —contestó el sargento.

Corominas parpadeó, incrédulo. Ojalá fuera todo siempre tan fácil.

—Fue él quien nos avisó de que había visto a un tío sospechoso en la carretera. Parabrisas roto, nariz machacada y con pinta de perdido. Llevaba un coche plateado. Dice que llevaba una pegatina de Europcar, con matrícula de las nuevas.

—Dígale que quiero hablar con él.

El sargento hizo un gesto de afirmación con la cabeza, dio media vuelta y regresó por donde habían venido, con cuidado de no pisar nada que no debiera.

Agüero se acercó al cadáver y su pie se hundió en otro vómito.

—¡Mierda! —exclamó mientras rescataba su zapato manchado. Cómo no, recién comprado. Italiano.

—¿Acaso el señorito no dejó toda la escena del crimen perdida la primera vez? —apuntó con cierta sorna Corominas.

Agüero sacó un *kleenex* de su bolsillo y trató de adecentar el cuero, pero sintió un nuevo espasmo.

—¡Coño, qué asco!

—Lo ha dejado tieso. La comunidad rumana se reduce: dos en cuatro días —señaló Corominas mientras le miraba entre asqueado y divertido.

—Alguien los está liquidando a toda leche. Deberíamos traer a Vlasin aquí, seguro que se le soltaba la lengua —respondió el subinspector, que había abandonado el pañuelo de papel junto a un árbol.

El equipo de la Científica llegó al caer el sol. Corominas torció el gesto al ver que el muerto le había correspondido a Torres. No porque no fuera un médico competente, sino porque le caía mal a todo el mundo. Él mismo se había encargado de que así fuera. Porque a diferencia de Martínez, que tenía lo suyo, pero no jodía a nadie, Alberto Torres era un chulo. Por fuera y por dentro. Cursos del FBI y de la Interpol. Si a eso le sumabas que parecía un ejecutivo de Wall Street recién sacado de una película de Oliver Stone, ya lo tenías todo.

Como el aviso había sido por un accidente, ni el juez ni el secretario asomaron la nariz. Un viaje que se ahorran. Aunque las circunstancias habían cambiado. Corominas sabía que desde la reforma de la LEC, muchos jueces se escaqueaban de los levantamientos. Delegaban en el Médico Forense y listo. No les culpaba por ello.

El equipo se dividió en dos grupos. Uno se quedó en la carretera, con la moto y el lugar de lo que parecía la escena principal, y el otro se centró en el cadáver y el camino que había recorrido el asesino con el cuerpo a rastras.

Un inspector de la Brigada Científica se acercó a ellos. Un tal Dávila, creía recordar Corominas.

—Necesito vuestros zapatos.

—Estás de coña, ¿no? —protestó Agüero.

El tipo se encogió de hombros.

—Si no hubierais bailado un tango por todo el escenario... Creo que tengo dos pares de botas en el coche.

Ambos se descalzaron a regañadientes. Dávila metió su calzado dentro de dos bolsas de papel y las precintó al tiempo que la voz de Torres les llegaba desde el cadáver. Había colocado una gran hoja de papel bajo la cabeza del cadáver para recoger con una brocha toda la tierra que apartaba de su rostro. Corominas y Agüero se acercaron sobre los cantos de los pies. Las agujas de pino se les clavaban en las plantas a través de los calcetines.

El forense terminó de descubrir las facciones del cadáver.

—¿Es vuestro hombre?

Corominas asintió. Le habría bastado con verle las sienes para hacer una identificación positiva.

—Le machacaron el torso a conciencia. Canto fino y ligeramente curvo.

—Una pala —dedujo el inspector.

Torres se puso tenso. El listillo de turno le había jodido la explicación.

—Me alegra comprobar que su sentido común sigue en forma —le espetó mientras proseguía su recorrido visual, ya de mala gana—. Fractura abierta de

tibia y peroné. Equimosis, abrasiones y contusiones en cuello y todo el tronco superior. Probablemente del atropello.

—¿Alguna herida de bala? —le interpeló Agüero.

Torres levantó el brazo derecho del cadáver.

—Quiso parar el proyectil con la mano. No lo consiguió, claro. En cuanto a la hora de la muerte, comprenderéis que estas no son las mejores circunstancias para un diagnóstico adecuado.

Torres era remirado hasta el ridículo. Era su modo de marcar cierta distancia de clase entre todo un médico como él y el resto de funcionarios del escalafón policial.

—Entre las 11 y las dos —pronunció Corominas.

El forense le obvió por completo. Tú qué sabrás, debió pensar para sus adentros.

—El vómito es del asesino. Tendréis ADN para compararlo con el caso del otro rumano muerto. Eso si ambos están relacionados, que seguro que lo están —remarcó devolviendo la intrusión de Corominas en su sagrado terreno—. Pero eso es asunto vuestro.

El comentario no cayó en saco roto, pero Corominas no estaba de humor para liarse a navajazos dialécticos.

—Es de uno de los guardias de abajo —replicó Agüero.

Torres negó con la cabeza. Por fin iba a restablecer el orden natural de las cosas.

—Este es de otra persona.

—¿Estás seguro?

—Completamente —sentenció—. He visto el de la carretera. Hasta podría decirte qué ha comido cada uno.

Corominas no tenía ninguna duda de que Torres había hecho un máster en vómitos en algún rincón del mundo. Pero no iba a darle el gusto.

La noche era cada vez más cerrada y hacía rato que los de la Científica habían encendido cuatro enormes luminarias que cubrían hasta el último rincón del escenario arrebatando sombras fantasmagóricas a los troncos de los pinos. Por si no bastaba con los treinta y pico grados que ya reinaban en el termómetro de por sí, aquellos focos elevaron la temperatura hasta límites de desierto.

—Una cosa más —añadió el forense antes de dar por concluida su lección magistral—. A riesgo de equivocarme, que no, apostararía a que aún estaba vivo cuando le enterraron.

Corominas y Agüero se miraron. Las circunstancias de ambos crímenes coincidían: un asesino torpe, pero determinado. Dávila reapareció con dos juegos de botas de goma verdes.

—Espero que os estén bien, porque es lo que hay —se excusó.

Calcularon a ojo qué par encajaría mejor en cada uno y se sentaron en el suelo para ponérselas. Era indiferente: a ambos les estaban enormes.

Regresaron a la carretera con sus nuevas botas de siete leguas. El sargento estaba apoyado en uno de los Patrol junto a sus dos chicos. Al verles llegar, el más joven, Calvo, se irguió como un resorte para demostrar que estaba totalmente recuperado y listo para el servicio.

Corominas le interrogó con delicadeza.

—¿Has vomitado junto al cadáver? Todos hemos pasado por lo mismo, así que no tienes de qué avergonzarte, ¿de acuerdo?

La cara del chaval recuperó toda la angustia del recuerdo.

—No, inspector. Se lo prometo.

—¿Seguro? —insistió Corominas para darle una segunda oportunidad honrosa.

—Se lo juro.

Acto seguido, se dirigió al sargento.

—¿Hay algún sitio por aquí donde podamos dormir?

—Les podemos hacer sitio en la Casa. No es un hotel, pero es gratis.

Lo de gratis iba a ser del agrado de su comisario. Seguro.

—Me gustaría hablar con el testigo lo antes posible.

—En cuanto se instalen, yo se lo traigo.

—Gracias.

—Tengo que quedarme de guardia, pero mis chicos les acompañarán —el sargento se giró hacia ellos y les dio instrucciones precisas—. Coged uno de los coches y les lleváis arriba, como corresponde a dos compañeros de los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad del Estado. Después, que cenen donde María. Decidle que van de mi parte.

La casa cuartel estaba justo a la entrada del pueblo. De no ser por la bandera y el *Todo por la Patria*, habría podido pasar fácilmente por una antigua estación de tren. El edificio tenía dos plantas y respondía a la vieja arquitectura del Régimen. Una enredadera seca trepaba por uno de los laterales de la casa como si fuera una grieta abierta en el cemento por un seísmo. El edificio había vivido épocas mejores, eso era seguro. Todas sus aristas estaban rematadas por esquineras de piedra cortada a escuadra y cartabón, como si aquella cremallera de sillares fuera la que realmente

mantenía unido todo el conjunto. También las ventanas y el arco de la puerta de entrada lucían su correspondiente cenefa de caliza.

Ahora solo prestaban servicio allí el sargento y los dos guardias, dos chicos del pueblo que habían encontrado una salida profesional de verde. A pesar de lo cual, continuaban atrapados en el mismo rincón del mundo, reflexionó Corominas.

Aparcaron sus coches y les siguieron hasta el interior. Uno de ellos les acompañó escaleras arriba. Corominas no sabía si era el tal Calvo o su compañero, se parecían como dos gotas.

—Los baños están al final del pasillo. Les traeré unas toallas. En cuanto hayan terminado, María les espera. El bar está en la calle principal. No tiene pérdida —contrajo los hombros—. No hay otro.

—Gracias...

El inspector dejó la frase a medias intencionadamente.

—Gómez, señor —contestó el guardia.

—Gracias, Gómez.

—A sus órdenes.

El chaval desapareció pasillo abajo mientras Corominas entraba en su habitación y echaba un vistazo. Era poco más grande que la del cuadro de Van Gogh. Sobriedad castrense, que era casi lo mismo que decir monacal.

Al cabo de unos segundos, Agüero asomó la cabeza.

—Venía a ver si la tuya era mejor que la mía, por aquello del rango. Ya veo que no.

Gómez reapareció a los pocos minutos. Traía consigo un par de toallas con el escudo bordado en una esquina. Agüero las juzgó de mala gana. Tenían el aspecto de una tortilla a la francesa áspera y seca. Al parecer, en el Cuerpo no se usaba suavizante que las dotara de un aspecto algo más apetecible y esponjoso. Estaba hasta seguro de que si consultaba la *Cartilla de la Guardia Civil*, descubriría que semejante prohibición figuraba en algún apartado.

—Le he dicho a mi compañero que les suba un par de ventiladores. La noche aquí es insoportable. Estaré abajo, por si necesitan algo más —volvió a despedirse.

El baño tenía pinta de vestuario de equipo de tercera regional. Sin florituras, alicatado con baldosines blancos de diez por diez que le daban un aspecto de quirófano de plaza de toros con tufo a éter. De una de las paredes sobresalían tres alcachofas de ducha oxidadas.

—Será un lujo que haya agua caliente, claro —se quejó Agüero mientras comenzaba a desnudarse.

—¿Dónde ha quedado tu espíritu militar? —inquirió guasón Corominas.

—No pisé un cuartel en mi vida —respondió el subinspector—. Tenía diecisiete cuando quitaron la mili. Y en los campamentos del colegio había agua caliente.

Una vez en pelotas, el inspector miró de arriba abajo a su subordinado con el descaro que uno se gana con los años. Ambos cuerpos eran como la noche y el día.

—Deberías cuidarte más. Seguro que tu mujer se pondría contenta —sonrió Agüero.

—Mi mujer ya sabe lo que hay.

—Pues cualquier día de estos te deja por uno más joven. Todavía está buena.

El inspector giró de golpe el grifo del agua fría de la ducha que quedaba justo sobre Agüero. Los músculos del subinspector se contrajeron como si le hubieran aplicado una descarga eléctrica.

—¡Joder, está helada!

—He creído que te vendría bien —dejó caer Corominas con retranca.

Abrió entonces el agua caliente de la suya, pero el líquido le congeló la piel. Apoyó las manos en la pared, cerró los ojos y apretó los dientes hasta que su cuerpo se hubo acostumbrado a la temperatura. Al rato, cogió una de las pastillas de jabón que les había dado el guardia junto a las toallas y comenzó a enjabonarse. Agüero había optado por ignorarla.

—Veamos —comenzó a enumerar—. Hasta el momento, tenemos dos muertos: Pavel Ilianescu y Horia Stefanescu. Ambos trabajaron en el mismo local, regentado por Ilia Vlasin. También sabemos que Pavel estuvo relacionado en varios asuntos.

Agüero trataba de seguirle mientras su cuerpo se amorataba. Las gotas eran como agujas de hielo que se cebaban con la piel. El agua debía de provenir directa de una capa freática a muchos metros de profundidad. Si no, no se lo explicaba.

—Supuestamente relacionado, inspector —le corrigió.

Corominas recogió el guante de Agüero.

—Supuesto tráfico de drogas, supuesto proxenetismo, supuestas agresiones y un supuesto atraco a un banco en el que hubo dos muertos. Estos de carne y hueso. ¿Qué más?

—¿Examen? La conexión entre ambos es Vlasin.

—Todo nos lleva a la discoteca, pero dudo mucho que Ilia Vlasin sea la cabeza pensante.

—Ese tío es un simple relaciones públicas —corroboró el subinspector.

Corominas dio por bueno el aguacero y fue a por su toalla. Agüero permaneció unos instantes más en la ducha. Le había cogido el gusto.

—Pero algo me dice que sí es quien se las transmitía a esos dos —señaló el inspector.

Agüero cerró finalmente el grifo, cogió la *tortilla* y comenzó a secarse. Corominas se había puesto ya los calzoncillos y seguía por los calcetines.

—¿Crees que se los ha cargado otro respetable hombre de negocios? —preguntó mientras examinaba descaradamente la ropa interior de su superior.

—Pongamos que esos tres forman una pequeña sociedad con intereses más allá del mundo de la noche. Si estuvieran en guerra, te aseguro que no te pillan metido en faena en la cocina de casa —reflexionó el inspector—. ¿Se puede saber qué coño pasa con mis calzoncillos?

Agüero se subió el bóxer, que se le ajustaba como un traje de luces.

—Lo de ser mayor y tener tus costumbres no es excusa para que no cuides tu aspecto. Deberías renovar un poco tu vestuario. Solo te digo que un poco remató juntando las yemas del pulgar y el índice de su mano derecha.

Corominas se repasó de arriba abajo. No veía ningún problema, salvo las crueles realidades de la edad.

—Déjalo —respondió Agüero mientras regresaba a la conversación principal—. Hablando de cocinas: quizás alguien está haciendo limpieza.

—De ser así, ninguno de los muertos parecía estar enterado. Además, el método no encaja. No te ensucias las manos de ese modo si no es algo muy personal —reflexionó Corominas, que ahora se escudriñaba de perfil frente al espejo. Quién habrá inventado semejante artilugio de tortura y esclavitud, pensó. Venecianos.

—Sea lo que sea, nos sigue faltando algo —indicó Agüero.

—El móvil.

—El noventa por ciento para resolver un crimen —convino el subinspector.

Ambos estaban ya casi vestidos. El subinspector sacó un pequeño neceser de debajo de su camisa, doblada con esmero sobre una banqueta. Corominas le miró.

—Siempre llevo uno de repuesto en el coche. Nunca se sabe dónde puedes acabar pasando la noche.

Corominas se abstuvo de compartir lo que acababa de cruzar por su cabeza.

—De momento, la única conexión que tenemos es Vlasin —añadió el subinspector, ajeno a sus pensamientos.

—La navaja de Occam.

Agüero sacó un frasco de L'Homme, de Yves Saint Laurent, vaporizó parte del contenido en el aire y desfiló adelante y atrás para que el aroma se posara sobre su piel como un delicado sirimiri. Su mujer hacía lo mismo en casa, recordó Corominas mientras le observaba, entre chocado y divertido. El subinspector terminó de ponerse la camisa y se echó un último vistazo. Estaba listo.

Al sentirse observado de aquel modo, se quejó:

—¿Qué?

—Nada —respondió Corominas.

—Si escuchas cascos sobre el asfalto de una ciudad es más probable que sea un caballo que una cebra —recuperó el hilo Agüero.

—La respuesta más sencilla es siempre la más probable, pero no necesariamente la verdadera —puntualizó Corominas.

Tras tender las toallas en la ventana, salieron del cuartel en busca de la cena. La calle principal era la única pavimentada, aunque había ya más baches, grietas y remiendos de cemento que asfalto. El resto eran caminos de tierra que conducían a graneros, establos y a los campos que sitiaban el pueblo.

Tal como les había indicado el guardia, tan solo había un bar que hacía las veces de restaurante, ultramarinos y hogar del jubilado, además de peña oficial del club de fútbol de la ciudad y de la de uno de los equipos grandes de la Liga. La gente, necesitada de alegrías, compagina sentimientos y se hace del Barça o del Madrid para tener algo que celebrar de vez en cuando. Desarraigados, pensó Corominas. Aunque no le gustaba el fútbol, de ser algo, probablemente hubiera sido colchonero.

María, la dueña, cuarenta y largos, era una mujer entrada en carnes. A medio camino entre Rubens y Botero. Cara redonda, ojos enormes de dibujo animado japonés y una boca de labios carnosos. Todo perfectamente adecuado a su tamaño. Iba pintada lo justo. Corominas dudó que pasaran muchos extraños por allí, por lo que dedujo que lo hacía por sentirse bien consigo misma. Aunque quizás su llegada tenía algo que ver.

Nada más verles entrar, se acercó solícita.

—Buenas noches. Su mesa está preparada —les comunicó mientras desplegaba una esmerada sonrisa y les acompañaba hasta la única mesa vestida de todo el local.

—Les he preparado un cordero al chilindrón. No he podido hacer más en tan poco tiempo.

Era más una falsa justificación, no exenta de amor propio, que otra cosa.

—Es más de lo que esperábamos, gracias.

La mujer regresó a la cocina.

—Algo me dice que esta noche va a ser muy larga —masculló Agüero.

Al rato, volvió con un par de platos hasta arriba, una cesta de mimbre con una barra de pan troceada, agua y vino. Los dejó sobre la mesa y, antes de regresar a sus quehaceres, fueran los que fuesen, les comunicó solícita:

—Si necesitan cualquier otra cosa, no duden en pedírmela.

Un par de viejos seguía atentamente en el televisor las incidencias del informativo de una cadena privada: crisis, brotes verdes, incendios que los calcinaban, nuevos brotes verdes y un par de «y tú más». Nada preocupante. Ni nuevo.

Corominas sirvió una copa a Agüero y se llenó el vaso.

—Creo que le has gustado —sonrió el subinspector.

—Ya ves, algunas mujeres saben ver más allá —apostilló Corominas con falso regocijo.

—No te digo que no, pero a todas les gusta que un hombre cuide su aspecto. Eso dice de uno mismo.

—¿Te refieres a llevar *culotte* de ciclista en vez de calzoncillos?

—Entre otras cosas —repuso Agüero a punto de devorar un pedazo de cordero—. A la mierda la dieta equilibrada.

Una vez hubo hecho desaparecer el pequeño trozo que le ocupaba, miró a su jefe.

—¿Puedo preguntarte una cosa? No tiene nada que ver con el trabajo.

—Puedes. Otra cosa es que ejerza mi derecho a no contestar.

—Muy bien. Cortita y al pie. ¿Por qué coño te hiciste policía?

—¿Y tú?

—Porque en mi barrio se era o poli o caco. Y yo me equivoqué de bando, ya ves. Pero tu caso es distinto. Es la primera vez que oigo que uno de barrio alto se hace madero.

Corominas le observó en silencio durante un rato. La presa de hormigón que retenía a buen recaudo sus recuerdos amenazaba con rajarse.

—Es una profesión como cualquier otra.

Agüero sonrió.

—Tienes razón: puedes ejercer tu derecho a no contestar. Pero no tienes derecho a mentir a no ser que estés imputado. Me dices que no es asunto mío

y listo.

—En aquel momento supuse que era la peor profesión que podía elegir para joder a mi padre —soltó entonces Corominas.

—¿Y acertaste?

—La policía de antes no era como la de ahora.

—No creas —masculló el subinspector—. Y con tu padre, ¿mantienes el contacto?

—Lo único que mantengo de él es el nombre.

—No sé si es un regalo o un balazo en la sien.

—El padre de la Historia.

—Muy adecuado para el hijo de un catedrático. ¿No pensaste en cambiártelo?

Corominas permaneció en silencio mientras su compañero devoraba el último trozo de cordero. Parecía como si no hubiera comido un plato de carne en décadas. Tras dejar el hueso como una patena, levantó la vista:

—De nuevo tienes derecho a bla, bla, bla. Ya sabes, todo lo que digas puede, y será, usado en tu contra. ¿Qué pasó?

—Es demasiada información para un primer interrogatorio —alegó sosteniendo su mirada. No había rastro de amabilidad ni de paciencia en ella. La cosa había terminado.

Durante el camino de regreso al cuartel, los ojos de Corominas se refugiaron en el cielo. Las estrellas eran imposibles ya de disfrutar en la ciudad. Al llegar, saludaron al guardia que estaba en la puerta. Gómez, se aventuró el inspector. Si había errado, el chaval no dijo nada. Les informó de que el sargento estaba de vuelta y que su testigo les esperaba.

Les condujo hasta una especie de salón en la parte baja de la casa, el antiguo bar. Aún podía verse la barra a lo largo de la pared, y las baldas donde en otro tiempo debieron apretujarse decenas de botellas. No quedaba ni una, tan solo algunos círculos dejados por los cascos sobre el cristal.

El sargento les saludó desde una mesa. No tenía intención alguna de levantarse. Estaba en su casa. Intercambiaba chanzas con su testigo.

Corominas y Agüero se sentaron junto a ellos.

—¿Manda algo más, mi sargento? —preguntó el guardia.

—Sí. Tú y Calvo os cogéis el coche sin rotular y os vais a que me activen al chaval. Pero cuidado con las copas, ¿estamos? Es una orden.

Gómez se cuadró.

—Pero os vais de paisano. Que hay que mantener las formas, coño.

El guardia se sonrojó.

—La última vez se me presentaron allí de uniforme y la mitad de las chicas saltaron por las ventanas —explotó el sargento en una sonora carcajada. El hombre que tenía al lado le secundó de inmediato. Era Manuel Tello. Corominas, en cambio, no estaba de humor. La conversación con Agüero le había revuelto por dentro, y el cordero no había ayudado.

—¿Vamos al grano? —espetó.

El guardia civil trató de recuperar cierta marcialidad en el rostro.

—Aquí tiene a su testigo.

El tipo le tendió la mano. Puro papel de lija.

—Manuel Tello, inspector. Para servirle.

Era un hombre de exteriores, la piel del rostro como una pasa, los ojos cerrados a fuerza de sol y la economía gestual del campesino.

—Inspector Corominas. Este es el subinspector Agüero.

Tello le lanzó un gesto a modo de saludo.

—Bien, señor Tello. El sargento... —En aquel preciso instante, Corominas se dio cuenta de que no sabía su nombre. Con las prisas, se había olvidado de preguntárselo.

—Antúnez. Pero todos me llaman sargento, no se preocupe.

Corominas recuperó el hilo.

—El sargento me ha dicho que fue usted quien informó del coche en la carretera ayer al mediodía.

El hombre se limitó a asentir. Esperaba alguna pregunta concreta. Miró a Corominas con la frente arrugada, pero el inspector no hizo ningún ademán. Después, su mirada se posó en Antúnez, como si esperara a que le diera permiso para arrancar. Las fuerzas vivas del pueblo, pensó Corominas: alcalde, cura, médico, guardia.

El sargento le invitó a seguir.

—Como le dije aquí al sargento, a eso de las doce y media vi un coche parado en el arcén —comenzó a relatar—. Tenía el parabrisas agrietado por la parte del conductor. El tipo estaba allí de pie, pasmado. Le pregunté si necesitaba ayuda, pero me dijo que no. No sé, tenía algo raro. Ya le he dicho, estaba como pasmado. Le dije que, de todos modos, avisaría a la Guardia Civil por si acaso y me fui. Eso es todo.

—El encuentro se produjo en el sitio donde encontramos la moto. Es el barranco de Gastón —completó Antúnez.

Tello corroboró con un gesto.

—¿Y no le pareció sospechoso? —terció Agüero.

—Avisé, ¿no? —saltó el hombre como un resorte—. El tipo me dijo que le habían tirado una piedra desde un puente. Por eso lo del coche y la nariz.

—¿La nariz?

El hombre debía de ser sordo de un oído, porque su cabeza se ladeaba de forma compensatoria a cada frase. O quizás era una manía trabajada con el tiempo.

—Llevaba una especie de esparadrapo. Parecía el Guerrero del Antifaz.

Corominas y Agüero intercambiaron miradas. Ambos pensaban lo mismo.

—Me dijo que se había golpeado contra el volante en el accidente —puntualizó Tello, por si el detalle era relevante.

—¿Cómo era?

—Pues normal.

—¿Normal? —trató de que matizara Corominas.

—Normal —ratificó Tello—. Ni gordo, ni flaco, ni alto, ni bajo... El pelo corto. Ni muy viejo, ni muy joven. Aunque más joven que viejo. Eso sí, era de la ciudad.

—¿Rubio? ¿Moreno? ¿Castaño? ¿Alguna cicatriz o marca? —intervino Agüero tratando de hacerle concretar. O de que matizara, al menos.

—Nada salvo lo que ya les he dicho.

Corominas apretó los labios y contrajo el mentón.

—Una última pregunta. ¿Tenía algún tipo de acento?

Tello le miró, desconcertado.

—Me refiero a si era español o extranjero —acotó el inspector.

—Nacional y de ciudad. Eso seguro —se reafirmó el hombre.

Corominas se levantó y le tendió la mano.

—Muchas gracias por su tiempo, señor Tello.

—¿A qué hora quieren los señores que les despierte? —preguntó el sargento con una sonrisa en los labios—. Aquí vamos con el sol.

—No se moleste —respondió Corominas—. Ya nos levantaremos solos.

Corominas y Agüero salieron de la sala camino de sus habitaciones. Mientras subían la escalera, el subinspector trató de sonreír sin mucha convicción.

—Bueno, al menos ya tenemos para un retrato.

—Sabemos una cosa más: no es rumano.

Agüero convino en ello. Su intento por conciliarse con el habitual buen humor de Corominas había fallado.

—Estas botas me están matando —se quejó entonces—. Además, tengo los dedos cocidos.

Corominas le observó los pies. Después, inspeccionó detenidamente su propia pinta. En su boca se formó una ligera sonrisa.

—Lo que te fastidia es que no sean de marca.

Habían llegado ya frente a la puerta de sus habitaciones.

—A las siete —le informó—. La ducha fría terminará de despertarte.

El subinspector le dedicó una mueca burlona y cerró la puerta. El calor era difícil de digerir y no se movía ni pizca de viento. Como había prometido, uno de los guardias le había dejado un ventilador junto a la cama. Se acercó y lo puso en marcha. El aparato traqueteaba ruidosamente cada vez que una de las aspas rozaba con la carcasa. A Corominas le recordó cuando Álvaro, su hijo, sujetaba un cromo con una pinza de la ropa a los radios de su bici. Era una cosa o la otra: asfixia o ruido.

Se desnudó, se tumbó sobre la cama y buscó su móvil:

—Hace un calor de mil pares y los pies me están matando —se quejó a su mujer. Tras una breve pausa, la justa para escuchar una respuesta rápida, clavó sus ojos en el maltrecho ventilador—. Me parece que no voy a pegar ojo en toda la noche.

Sin soltar el teléfono, se incorporó y lo apagó. Poco a poco, el repiqueteo calló.

—La policía no puede permitirse una habitación con aire acondicionado. Ya sabes, después viene alguien quejándose de que nuestros gastos son excesivos. Me hubiera gustado comprobar si mi mujer y mi hijo siguen acordándose de la cara de su señor marido y padre, pero tenía que interrogar a un testigo. Mañana comeré en casa. Te lo prometo.

La cara de Corominas se llenó de paciencia casi hasta el borde.

—No. No como la última vez, sino como esta vez. Debí recordar que eres la reina de la memoria selectiva.

Una nueva pausa.

—Otro rumano muerto, atropellado. Pero no ha sido un accidente. Por cierto, Carlos ha dicho que todavía estás bastante buena y que mis calzoncillos son del siglo pasado. Le he dicho que tenía razón en lo primero.

Corominas esbozó una sonrisa.

—Veo que conoce los gustos de mi mujer mejor que yo. Voy a intentar dormir un poco. Aunque supongo que el catre de San Lorenzo debía de estar más fresquito que este.

Tras una última pausa, colgó con un *yo también*. Puso la alarma a las seis y media y dejó el móvil sobre la silla. Se estiró sobre la cama y cerró los ojos. Apenas habían pasado unos segundos cuando los abrió de nuevo. Alargó la

mano hasta el ventilador y lo volvió a poner en marcha. Poco a poco, el ruido adquirió revoluciones de motor a reacción. La corriente de aire que generaba, sin embargo, no era en absoluto proporcional a su nivel de decibelios.

No podía dormir. No eran únicamente el calor y la cena. La conversación con Agüero le había pillado como un gancho a la contra. Llevaba años sin hablarse con su padre. Había acudido a su licenciatura en la universidad, mandó una tarjeta de felicitación cuando nació su nieto y en todos sus cumpleaños, y sabía que Laura mantenía un contacto esporádico y secreto con él por Álvaro. Sencillamente, no hablaban de ello.

Se incorporó en la cama y buscó papel y bolígrafo en su chaqueta. El único modo de que el venerable catedrático de Historia Antigua no se colara en su cabeza sin permiso era machacarla con otras cosas. Poco a poco, empezó a colocar nombres sobre el papel. Formando una base, Ilianescu, Stefanescu y Vlasin. Después, trazó una raya hacia arriba y dibujó un interrogante. Bajo los nombres, en un cuadrado que le daba aspecto de casa trazada por un niño, escribió el nombre de la discoteca. Una nueva flecha relacionaba a Ilianescu con un listado de delitos: tráfico, posesión, proxenetismo y agresión y atraco con rehenes. Dos muertos.

El pequeño negocio de Vlasin cuadraba con lo de las drogas y lo de las chicas. Todo cuadraba. Menos una cosa. El inspector dibujó un círculo alrededor de las palabras «atraco a mano armada». Era como Wally, el tipo con jersey a rayas y gorro de lana en medio de una marabunta de bañistas. Trapichear con drogas y extorsionar a putas es una cosa. Atracar un banco y matar a alguien, otra muy distinta. Corominas sabía que incluso dentro del propio mundo de la delincuencia existía una gran diferencia entre robar, trapichear y extorsionar o dedicarte a mandar a gente al otro barrio. Aunque pudiera parecer extraño, era un salto que iba mucho más allá de la mera tipificación penal del delito. Era un salto moral.

Rok VI

La tercera vez que Samuel Álvarez se entrevistó con Alberto Pujades era de madrugada y ya había matado a dos hombres. Aunque eso el detective aún no lo sabía al llamarle aquella noche. Hasta donde él alcanzaba, Pavel Ilianescu

era la primera y única víctima del caso por el momento. Si bien era plenamente consciente de que habría más.

Samuel había sentido asco y miedo, pero se encontraba bien. Arrancar una vida le había producido un fuerte sentimiento de poder. Y, lo que era más curioso, le había hecho sentirse vivo de nuevo. Resultaba irónico. Parte de la culpa la tenía la adrenalina, pero había algo más. La muerte es algo natural, pero acabar con una vida de un modo frío y planificado es harina de un costal distinto. El poder de alterar de un modo absoluto, definitivo, el plan de un ser humano: eso había sido. Cuando matas, perturbas el curso del universo entero. Samuel Álvarez había borrado de la creación a dos hombres y eliminado todas las líneas futuras que hubieran podido trazar. Había ejercido de juez supremo.

Pujades le estudió largo rato en silencio. Los dos frente a frente, sentados de nuevo en su despacho. El detective, arrellanado en su escaño; Samuel, recto en su silla. Tenía sobre la mesa un periódico abierto por la sección de sucesos. La noticia le hubiera pasado inadvertida a cualquiera sin la suficiente dosis de morbo. No era más que un breve sobre un inmigrante muerto. Posible ajuste de cuentas y a otra cosa. Pero Pujades conocía la historia completa, aunque no cómo había sido, hasta ese momento: al parecer, el asesino había dado boleto al desgraciado con un cubo de fregar suelos. Daría para una novela, pensó.

El detective colocó dos vasos sobre el diario y sacó una botella de *Jotabé* de un cajón de su escritorio. Aquello le daba categoría de sabueso de verdad, pensó. Era como Marlowe. Le ofreció un trago a Samuel, que negó con la cabeza. Él se sirvió tres dedos.

—No es fácil, ¿verdad? —exclamó finalmente—. No me refiero al acto físico en sí mismo. Eso depende de la habilidad de cada uno, ya sea con una pistola o con un cubo —remató.

—No siento ningún remordimiento, si es a eso a lo que se refiere —le interrumpió Samuel.

—Cada uno lleva la culpa a su manera, diría Sinatra. La gente cree que no podrá. Y es cierto. La mayoría de nosotros convivimos mal con ella —indicó mientras dejaba que el alcohol le quemara el esófago—. El momento más difícil de matar a un hombre a sangre fría es justo ese instante en el que uno toma la decisión. Ahí viene el vértigo. Una vez tomada, el resto es ser consecuente.

—¿Ha matado usted a alguien?

Pujades asintió con gravedad. Parecía que su cabeza fuera de plomo. Un recuerdo nubló su rostro. El mismo que había despertado con la primera visita de aquel hombre. «No es bueno abrirle la puerta al pasado y dejarle campar a sus anchas, chaval», se había dicho.

—Dicen que la segunda vez es más fácil. Ya sabe, en algunas películas, pero le aseguro que eso es una soberana gilipollez. Cada muerte es única y diferente. Tiene sus propias circunstancias. Matar es algo definitivo cada vez.

Sus palabras quedaron flotando entre las cuatro paredes como el humo de un pitillo.

—No le juzgo, señor Álvarez. Eso ya lo hará quien deba hacerlo. Allá arriba o aquí abajo. Tan solo quería decirle que le entiendo. Que incluso le apoyo moralmente. Aunque no soy partidario de la pena de muerte, sí lo soy de la venganza, ¿sabe? Pero cuando la venganza es justa. Tú matas a mi mujer y a mi hijo, yo te liquido. Listo. La venganza debe ser personal. Solo en ese caso es justa. Lo que no entiendo es que alguien diga: ese hombre mató a mi mujer, cójanlo, métanle quince años en la cárcel y encárguense de él por mí. Primero, porque el hombre al que ejecutas ya no es el mismo que asesinó a tu ser querido. En segundo lugar, porque si tú has decidido no matarle, eso debería ser una aceptación de que no crees que deba morir. De otro modo, acabas con él con tus propias manos. Con dos cojones. Eso es lo justo.

Samuel llevaba rato sin escucharle. Su mente estaba en otra parte. Se forzaba a recordar algo que sabía que no lograría. Había hecho aquel ejercicio cientos de veces, como si el cerebro fuera un músculo y pudiera activarlo poniendo el cuerpo en tensión.

—¿Tiene alguna novedad para mí?

Pujades negó con la cabeza. Apuró el vaso. Con el tiempo había logrado imitar a la perfección el gesto de bebedor de Humphrey Bogart, el de las películas y el de la vida real, que eran a la postre el mismo. A Pujades le gustaba decir que, al igual que Rick Blaine, él también era de nacionalidad, borracho.

—Tan solo pensé que quizás necesitaría hablar de ello. Eso es todo.

—Se lo agradezco, señor Pujades. Pero estoy bien. Quizás es usted el que necesitaba hablar de ello conmigo. Si tiene alguna duda, le ruego que me lo diga sin rodeos. Puedo buscar a otro.

El detective sabía que, en el fondo, Samuel Álvarez tenía razón. Le incomodó que aquel hombre hubiera sabido leerle tan bien. No es que sintiera lástima por la víctima: Pavel Ilianescu era un cabrón menos en un mundo

demasiado lleno de ellos. Y eso era una pequeña victoria. Lo que había empezado a incomodarle era el matiz casi glacial de todo el asunto.

Había tratado de convencerse —sin ningún éxito, lo reconocía— de que era un simple mensajero. Conseguía la información en el punto A y la trasladaba al B. Pero lo que más le incomodaba era que se sentía incapaz de descifrar al hombre que tenía delante. Ni de comprender del todo su verdadera motivación. Porque lo que estaba haciendo Samuel Álvarez no era una venganza normal. Y luego estaba su pasado. Su dichoso pasado, que se había instalado de nuevo en su cabeza. Un carcinoma, o glioma, o meningioma, qué más daba. Como si era un tumor del seno endodérmico, pensó.

—No tengo ninguna duda, señor Álvarez —mintió—. En cuanto averigüe algo más, se lo comunicaré. Solo quiero decirle que tenga cuidado. Hasta los cabrones tienen amigos. Va a dejar usted una ristra de cadáveres. Es solo cuestión de tiempo atar los cabos. Y, créame, tarde o temprano, tanto la policía como esa gente lo hará, y le aseguro que me preocupa mucho menos la reacción de la bofia.

Tras salir del despacho del detective, Samuel deambuló por las calles arrastrando unos pies de cemento. No le apetecía volver a una casa que ya no lo era. El hogar lo hacen las personas, y a él no le esperaba nadie. El pitido insistente y monótono de la chichara de un camión de la basura se le metió en la cabeza. Los operarios municipales le miraron como si fuera un alma en pena. Eso es lo que era. Un tipo vacío. Ni siquiera hubiera servido para donar los órganos, porque no tenía nada dentro. Era como uno de esos relojes sin pilas: lo que mantenía en marcha su mecanismo era simplemente su cuerpo vibrando a cada paso.

Su único deseo era llegar cuanto antes al final de la ruta por la que había decidido transitar. Estaba convencido de que Alberto Pujades no comprendía del todo sus motivos. Tampoco era importante. Pero le había cogido cierta simpatía. Incluso cariño. Al igual que él, escondía un secreto en alguna parte bajo su esternón, convertido ya en una víscera vital más.

Nana

VII

Corominas se despertó empapado. Su silueta había quedado impresa en sudor en la bajera. La miró y no pudo evitar pensar en la Síndone. Necesitaba una

ducha ya. Llamó a la puerta de Agüero con los nudillos. Tres golpes rápidos, uno final seco y fuerte —punto, punto, punto, raya, el destino llama a tu puerta— y enfiló hacia el baño sin esperarle. Un par de minutos después, el subinspector entró con unas ojeras como dos platos soperos. Su toalla había vuelto a adquirir la rigidez del cartón colgada de la ventana. De hecho, había adquirido la doblez del marco. Ya no era una tortilla; ahora era la tapa de un incunable.

—Buenos días —le saludó Corominas.

—No sé tú, pero yo no he pegado ojo en toda la noche. Mi ventilador sonaba como el motor de Fernando Alonso, así que de buenos no tienen nada —replicó el subinspector.

—Mira el lado positivo. Tu día solo puede mejorar.

—Pero nadie va a pagarme un duro por la noche que he pasado.

Salió de la ducha mientras Agüero cerraba los ojos bajo el chorro de agua fría. Terminó de secarse y vestirse.

—Te espero abajo.

El subinspector alzó la mano como única respuesta.

Al llegar al piso inferior, se topó con Gómez. Su cara no pintaba mucho mejor que la de Agüero. La noche debía de haber sido movidita.

—Buenos días. El sargento les espera en el bar. Me ha dicho que les mandara para allá cuando terminaran de ducharse.

Corominas le dio las gracias.

—Cuando baje mi compañero, dígame que estoy fuera.

—A sus órdenes.

El cielo estaba completamente raso. Lo único que rompía la quietud del cuadro era la elegante estela que trazaba un avión a su paso. Corominas observó los alrededores a la luz del día. A lo lejos, siguiendo la carretera, podían verse todavía los restos de cinta amarilla en el punto donde habían encontrado la moto de Stefanescu.

Aunque no se le daba muy bien, calculó a ojo la distancia. Desde su posición, en lo alto de la loma en la que se alzaba el pueblo, unos cuarenta kilómetros al horizonte. El lugar del accidente estaba a unos cinco o seis. Por aquella carretera, Tello habría tardado unos diez minutos en llegar al pueblo y dar el aviso, y el sargento habría tardado otros diez o quince en desandar el camino, suponiendo que los guardias hubieran estado en el cuartel. No era mucho tiempo. Eso explicaba las prisas con las que el asesino había enterrado el cuerpo. Probablemente, había hecho el mismo cálculo que él.

La voz de Agüero le sacó de sus cavilaciones.

—A esto lo llamo yo el culo del mundo.

Corominas se dio la vuelta. Lo que fuera que se echaba su compañero en la cara, funcionaba de maravilla. Y en nada de tiempo.

—Según lo mires. Para otros es el ombligo.

—¿Desayunamos?

Ambos enfilaron por la calle principal hasta el bar de María. El sargento les esperaba ya sentado y con la servilleta como escudo, sobre el pecho. Al verles entrar les hizo un gesto para que se unieran a él.

—Buenos días —saludó en dirección a Corominas—. No le preguntaré si ha dormido bien porque, viendo su cara, sería una estupidez. En cambio, su compañero sí que parece haber pasado buena noche. Pero no se preocupe, María cocina el mejor remedio que existe.

En ese instante, la mujer salió de la cocina con una bandeja llena de porras recién hechas.

—Buenos días. Espero que les gusten.

Corominas respondió con una sonrisa de oreja a oreja. Agüero, en cambio, calculó los millones de calorías que se agolpaban sobre la bandeja en equilibrio circense.

—¿Cómo les gusta el café?

—Para mí, solo. Para mi compañero, un cortado descafeinado. De cafetera y con un chorro de leche desnatada —apostilló Corominas en tono socarrón.

—Solo tengo descafeinado soluble, ¿le importa? —se excusó la mujer. Su mirada reflejaba cierto desdén por los hombres que no saben tomar el café como Dios manda.

—Soluble está bien, gracias —confirmó el subinspector sin dejar de maldecir a Corominas por el rabillo del ojo—. ¿Y podría hacerme una tostada con un poco de aceite? Con un chorrito bastará.

María le volvió a censurar en silencio. Aquel chico no iba por buen camino, pensó.

—No sabe usted lo que se pierde —exclamó el sargento con una porra entre los dientes.

Al cabo de un minuto, la dueña del bar regresó con los cafés: el solo para Corominas, el carajillo para el sargento y el descafeinado y la tostada del subinspector. Corominas se zambulló en aquel manjar.

—¡Qué le había dicho! —exclamó Antúnez.

El inspector asintió con la cabeza mientras terminaba de degustar una de las porras con la reverencia que merecía.

—Está deliciosa.

—Pregúntele cómo las hace y no se lo dirá. Yo creo que el secreto es un poco de anís y de canela. Y le aseguro que cocinar no es lo único que hace de maravilla —añadió Antúnez. Algunos hombres suelen hablar de sexo para instaurar un clima de compañerismo. A Corominas, por contra, le desagradaban ese tipo de comentarios. La intimidad de la cama no compete a nadie más que a uno.

—¿Qué distancia hay desde el punto donde se encontró la moto hasta el pueblo? —preguntó.

—Unos seis kilómetros.

—¿Y cuánto tiempo pasó entre que Tello le avisó y fue usted allí?

—No sabría decirle, unos veinte minutos o media hora. Estábamos de patrulla en los campos. Es tiempo de rastrojeras —se justificó. Corominas no se lo había pedido.

—Eso quiere decir que Tello tardó entre diez y quince minutos en llegar al pueblo, unos quince o veinte en encontrarles y ustedes tardaron otros diez en llegar al sitio. Aproximadamente, entre treinta y cuarenta y cinco minutos en total.

El sargento movió la cabeza en sentido afirmativo.

—¿En qué estás pensando? —intervino Agüero.

—Trataba de establecer una simple secuencia temporal.

—Aquí, cuando alguien mata a alguien, generalmente sabemos quién ha sido —soltó el sargento—. Todo es mucho más fácil siempre.

El inspector apuró su café. Agüero ni siquiera había probado el suyo. Había comido tan solo un trozo de tostada y bebido un sorbo de agua. Ambos se levantaron. Antúnez hizo el ademán de seguirles, pero sin demasiada convicción. Corominas le detuvo.

—No se moleste, sargento. Muchas gracias por todo.

Los dos le estrecharon la mano y se dirigieron hacia la salida. Corominas se desvió un momento hacia la barra. Su reina limpiaba unos vasos.

—Muchas gracias por todo, María. La cena de ayer y el desayuno de hoy —sonrió amablemente—. Por cierto, ¿qué le echa a las porras? Estaban extraordinarias.

—Le ha pedido el sargento que me lo pregunte, ¿no?

Corominas negó con la cabeza. Pero en sus ojos había un sí.

—Daría lo que fuera porque mi mujer me hiciera unas así los domingos por la mañana —le confesó en un susurro.

La dueña sonrió, halagada.

—Por ser usted, inspector...

Desapareció por la puerta que daba a la cocina y regresó con un pedazo de papel doblado. Corominas se lo guardó en un bolsillo. Mientras caminaban hacia el coche, lo sacó y lo leyó. Una sonora carcajada escapó directa de su tripa. Agüero se sobresaltó.

Al llegar frente a la casa cuartel, toparon con los dos guardias, que subían a uno de los todoterreno aparcados. Corominas se acercó a uno de ellos y le pasó el papel.

—Déselo al sargento cuando le vea. Él lo entenderá.

Gómez, o Calvo, lo cogió y lo ocultó en el bolsillo del pantalón. Después, le saludó marcial.

—Que tengan un buen viaje, inspector.

—Gracias —respondió Corominas a secas, sin arriesgarse a cometer un nuevo error. Sabía por experiencia que ese tipo de cosas no le afectan a uno, pero sí a los demás.

Los guardias se adentraron en el pueblo con el vehículo, se detuvieron frente al bar e hicieron sonar la bocina un par de veces. La puerta se abrió y el sargento subió atrás. Después, el coche torció a la derecha y se perdió entre dos casas.

—¿Qué ponía?

—Secreto profesional. Solo un comedor de porras tiene derecho a saberlo. Agüero trató de devolverle la puya.

—Sígueme, porque si vas tú delante te pierdes. ¿Destino?

Corominas consultó su reloj. Eran las ocho.

—Quiero hablar otra vez con Ilia Vlasin. Seguro que en el polígono hay algún bar. Así desayunas de verdad mientras hacemos tiempo.

Agüero se metió en su coche. Corominas odiaba conducir, así que retrasaba todo lo que podía el tormento de poner en marcha su Volkswagen con una serie de rituales que sacaban de quicio a su compañero. Retrovisores, cinturón, asiento... Como si fuera un principiante a punto de examinarse.

Durante el camino de vuelta, Corominas meditó en el hecho de que muchas investigaciones avanzan marcha atrás. A veces, incluso, te plantas delante del asesino a las primeras de cambio. Más tarde tienes esa sensación de que el tío se debe haber descojonado vivo en tu cara, aunque estuviera muerto de miedo, se dijo.

Los asesinos no son generalmente esos arquetipos despiadados de las películas, que parecen lo que son al primer plano, sino gente normal que ha tomado la peor decisión posible. La más rápida. No tienen una cicatriz que les

cruce la cara, ni un ojo de cristal, un diente de platino u otros adminículos extraños que ayuden a la audiencia. De nuevo, le tocaba dar un paso atrás.

No había ni rastro del coche de Vlasin frente a la puerta de la discoteca. Corominas consultó el reloj. Era probable que no apareciera nadie hasta pasada una hora. O tal vez más. Durante un instante, dudó si seguir allí, pero al ver cómo Agüero devoraba una tostada gigante y su cortado descafeinado con leche desnatada, pensó que no perdían nada por esperar.

Cogió el periódico y se puso a ojear la sección de sucesos. Le divertía tratar de adivinar quién había sido la fuente en determinadas informaciones, y qué comisaría era más coladero que otras. También era consciente de que periodistas y policías se usaban mutuamente. Ambos lo sabían. Como un matrimonio que lleva casado una vida.

El BMW de Vlasin apareció a las diez y media. Para esa hora, la cafetería estaba a rebosar y un incesante claqué de platillos y cucharillas lo inundaba todo. El rumano aparcó frente a la discoteca y se bajó con celeridad. El inspector cerró el periódico y miró a Agüero, que disfrutaba de una segunda tostada. El subinspector se aprestó a finiquitarla en un par de bocados, pero Corominas le hizo un gesto para que se tomara su tiempo. Era mejor que Vlasin se sintiera seguro y confiado. Sabía que, dadas las circunstancias, esperaría una segunda visita de la policía.

Conocían el camino, así que cruzaron la pista de baile y fueron directos al despacho. Esta vez no había ni rastro del gigantón rubio. Al llegar frente a la puerta, Corominas se detuvo. Estaba entreabierta y se escuchaba trajín dentro. Agüero echó mano a su sobaquera, pero el inspector le detuvo. Apoyó la mano en el pomo y lo empujó despacio.

Vlasin les daba la espalda. Estaba de pie, frente a una caja fuerte abierta en la pared. Bregaba presuroso, con la improvisación que acarrea el miedo. Los ojos del subinspector se posaron rápidamente en un revólver de gran tamaño que descansaba sobre la mesa. Miró a Corominas.

El inspector carraspeó. La cabeza de Vlasin se giró a la velocidad del rayo mientras su cuerpo tardaba algo más en seguirla. Su cara reflejaba el pánico de un animal acorralado. Tardó apenas unos segundos en reconocerles, probablemente los más largos de su vida. Fuera a lo que fuese, le tenía más miedo que a otra visita de la policía.

—No creo que necesite eso con nosotros —señaló Corominas.

Al reconocerles, recobró su perfil de perfecto anfitrión.

—Es de fogueo. La guardo en la caja fuerte por si acaso.

Era la segunda vez en una mañana que alguien se justificaba sin que Corominas se lo hubiera pedido. Al parecer, todos arrastramos alguna culpa secreta.

—Lo único que da un arma, señor Vlasin, es una engañosa sensación de seguridad —indicó—. Le aseguro que la mayoría de los que cargamos con una no tenemos intención de usarla jamás.

Vlasin sonrió, nervioso. A continuación, agarró con fuerza el brazo de su butaca para tratar de contener el temblor que le recorría el cuerpo, mientras se dejaba caer pesadamente sobre ella.

—Creía que era usted un firme partidario de la ley. ¿Le hemos interrumpido en algo importante? —le interpeló Agüero.

El rumano negó con la cabeza. Trataba de restar gravedad a lo aparatoso de la situación con un vaivén de los brazos. Pero lo único que lograba con ese aspaviento era parecer aún más ridículo.

—Papeleo, nada más —apuntó con una sonrisa diestra—. Pero siéntense, por favor.

Corominas y Agüero se sentaron en las mismas sillas que habían ocupado el día anterior.

—Ustedes dirán.

—Supongo que ya sabrá que el señor Stefanescu murió ayer en un trágico accidente de tráfico.

—¿Accidente? Querrá decir que le asesinaron. Tuve que identificar su cadáver de madrugada, inspector. No me pareció ningún accidente, la verdad.

—Al parecer, alguien le atropelló y le dio cristiana sepultura en un bosque cercano. El forense comentó que aún estaba vivo cuando le metieron en el hoyo. Según dijo, el pobre no se enteró de mucho; pero que, claro, algo debió de notar —expuso Agüero con toda la crudeza que pudo. Su cara de chico bueno era idónea para ese tipo de situaciones.

El rostro del rumano se crispó y su labio superior comenzó a ir por libre en un tic nervioso.

—La muerte crece a su alrededor, señor Vlasin. Y eso me dice dos cosas: o es usted causa, o puede convertirse en efecto en breve.

—No sé a qué se refiere —replicó el rumano, cada vez más incómodo.

Trataba de aflojarse la soga en que se había convertido el cuello de su camisa. Parecía un embutido relleno en exceso.

—Vamos, señor Vlasin. Sabemos que sus dos empleados se dedicaban a alguna cosilla más que a ser simples porteros de discoteca —tensó Corominas.

—Este negocio es legal.

—No lo dudo. También entiendo que usted no tiene por qué saber lo que hacen sus asalariados en su tiempo libre —añadió abriendo un poco sus líneas para que el rumano pudiera atisbar un camino de huida. A veces basta eso para derrotar a un ejército.

Agüero miraba a su jefe. No daba muestras de desconcierto, pero no sabía por dónde iba. Le contrariaba quedarse en fuera de juego.

—Anoche no podía dormir y me dio por pensar, ¿sabe? En todo este asunto de Pavel había algo que no me cuadraba —siguió desgranando.

—No sé a qué se refiere —le interrumpió Vlasin—. Como usted ha dicho, yo no soy responsable de lo que hagan mis empleados en su vida privada.

El rumano comenzaba a tomar el puente de plata.

—Lo comprendo —concedió Corominas—. Lo que llamó mi atención fue lo del atraco. Verá: todos los delitos que figuran en la ficha de Pavel son lo que solemos llamar menores. Pero un atraco a mano armada con rehenes y dos muertos, eso es cosa fina.

El subinspector comenzaba por fin a orientarse. La camisa de Vlasin se cerraba cada vez más sobre su cuello, tanto que amenazaba con darle de baja el oxígeno. O quizás era su cuerpo el que se expandía.

—Pavel y Horia eran inocentes. Lo dicen sus jueces —resopló, más para que entrara aire nuevo en sus pulmones que por otra cosa.

—No he mencionado que Horia estuviera involucrado en ese atraco, señor Vlasin —puntualizó serenamente Corominas.

—¿Sabe lo que yo creo? —Agüero había cazado la trampa y sabía que era su momento de entrar en escena—. Creo que esos dos participaron en el atraco. También creo que usted lo sabía. Quizás, incluso, hasta lo ordenó. Lo que pasa es que la cagaron y liquidaron a dos personas, por lo que es probable que quien organizara el asunto no quiera dejar cabos sueltos. Y también le aseguro que es más que probable que, si hay alguien más metido en esto, acabe exactamente igual que ellos.

El rostro del rumano era ahora un cuadro de Munch.

—Si no ha hecho usted nada, no tiene de qué preocuparse. Pero si sabe algo y nos lo dice, podemos ayudarle —suavizó Corominas—. Hacer tratos con la justicia es otra de las bondades de nuestro maravilloso sistema legal.

Vlasin permanecía en silencio. Detrás de sus ojos se estaba librando una batalla descomunal. Corominas le observaba, atento a cualquier posible reacción. No estaba seguro de quién ganaría. Era hora de jugar la baza: tocar el dinero de un hombre es casi siempre más efectivo que cualquier otra cosa.

—Como usted quiera. Aunque sospecho que a nuestros colegas de la Brigada Central de Estupefacientes les encantará hacerle una visita.

Cuando se juega con un triunfo, asumes riesgos calculados si has seguido bien la partida.

—Les chifla meterse con sus perros por estos sitios —añadió Agüero en su papel—. Es como un juego para ellos. Llegan y lo mordisquean todo antes de encontrar algo. Pueden ser hasta muy diligentes, si así lo quieren. Basta que una sola persona haya esnifado algo de coca o fumado un porrito en uno de sus baños para que se vuelvan locos por completo. Una vez alguien pasó un algodón por la encimera de los baños del Congreso y lo sacó empapadito de nieve. ¡En el Congreso de los Diputados!

Vlasin estaba ya casi cianótico.

—Le voy a explicar cómo funciona esto —siguió el subinspector—. Quizás necesiten varias horas para revisarlo todo, y es bastante probable que encuentren algo. Y no estoy sugiriendo que lo pongan ellos, Dios me libre. En ese caso, tendrán que precintar su negocio. Después vendrán los papeleos, un cierre cautelar, los abogados... Y como sé que es usted un gran amante de nuestro sistema legal, supongo que sabrá que una de sus mayores virtudes es la lentitud. Luego están los de Delitos Económicos y Fiscales, claro. No son tan sucios como los perros, pero escarban mucho más, se lo aseguro.

La batalla interna de Vlasin estaba en su momento más álgido. Su rostro era pura congestión y uno de sus párpados había comenzado a temblar sin control. Su boca, sin embargo, se mantenía sellada. Quizás la baza había fallado. Corominas se levantó. Agüero hizo lo propio. Las cornetas tocaban a carga.

—Muy bien, señor Vlasin. Como usted quiera —dijo mientras hacía ademán de marcharse, más teatral que otra cosa.

El rumano pronunció entonces el abracadabra.

—¡Esperen!

Ambos se detuvieron, pero conservaron el gesto. No era cuestión de arruinar la estrategia a esas alturas de farol.

—¡Está bien, ustedes ganan! —exclamó. Parecía a punto de hacer un puchero. Les hizo un gesto para que se sentaran de nuevo.

Corominas y Agüero ocuparon de nuevo sus sillas. El día era suyo. El rostro de Vlasin reflejaba aún el miedo, pero una ligera sombra de alivio se abría paso ya en sus ojos.

—Quiero que entiendan que, en cuanto les cuente esto, mi vida no valdrá nada. Quiero protección. Y quiero un trato con el juez. Por escrito, sin trucos.

Todo legal.

Corominas asintió, aunque no estaba en su mano. Vlasin relajó finalmente sus carnes en el sillón mientras el aire entraba de nuevo a raudales por su garganta. Su suerte estaba echada. Acaba de cruzar el Rubicón, pensó Corominas.

—No fue un atraco —enunció suavemente.

—¿Cómo dice? —preguntó el inspector, algo perdido.

—Lo del banco. No fue un atraco.

—Creo que no le entiendo.

—Fue una ejecución —aclaró el rumano con voz tranquila. En cierto modo, había recuperado el mando de la situación. Ahora eran los policías los que volvían a ir por detrás. Y decidió saborearlo.

—¿Una ejecución?

Vlasin asintió lentamente.

—Es muy sencillo, inspector. Alguien quería a alguien muerto y ordenó eliminarle.

—¿Quién? ¿Por qué? —le interpelló Corominas, al que se le acumulaban las preguntas. Tampoco albergaba esperanzas de obtener todas las respuestas. No sin todo el papeleo debidamente respaldado por Fiscalía.

—Ustedes ya tienen un hilo del que tirar. Yo todavía no tengo nada.

La partida había terminado.

—De acuerdo. Nosotros cumpliremos con nuestra parte. Mientras eso sucede, quiero que se vaya a casa y no deje entrar a nadie hasta que llegue nuestra gente. A nadie, ¿comprende? Ni putas, ni camellos, y mucho menos amigos.

—Comprendo que mi vida depende de ello, inspector. El que quizás no comprende dónde se está metiendo es usted.

Su mirada escondía un secreto que no revelaría fácilmente. Al menos no hasta estar seguro de que se encontraba a salvo. Aunque tampoco daba un duro por ello. Sabía que, a esas alturas, su única posibilidad era Corominas.

—Solo una cosa más, señor Vlasin: ¿por qué ahora? —por mucho que se lo hubieran servido en bandeja, algo no le cuadraba del todo—. El asunto llevaba tiempo cerrado a cal y canto.

—Porque alguien comenzó a hacer preguntas.

Corominas le olfateó con la mirada.

—Usted sabrá, inspector... Era policía.

—¿Policía?

—Créame, sé distinguir a un policía de verdad cuando lo veo. Y la identificación era auténtica.

Corominas y Agüero salieron de la discoteca tratando de ordenar sus ideas. Aún tenían el estupor impreso en la cara; el simple asunto de un rumano muerto se había convertido en otra cosa. Sin avisar. Estaban peor que al principio.

—¿Una ejecución? Ese cabrón nos toma el pelo. Lo único que le importa es salvar su culo gigante y se acaba de inventar una historieta de mierda —clamó Agüero.

El inspector caminaba en silencio. El conjunto comenzaba a adquirir forma en su cabeza.

—Tiene sentido —pensó en voz alta.

—¿Qué es lo que tiene sentido, Hero?

—Alguien quería cargarse a alguien y montó un atraco para ocultarlo. Sería un rehén muerto en un asunto que salió mal. Sin historia.

—¿Ocultarlo? Lo que no entiendo es por qué molestarse en montar esa película. Si quieres un trabajo fino, contratas a un profesional, vas a su casa y le pegas un tiro. Rápido, limpio, fácil. Punto.

—Porque así nadie se molestaría en investigar a la víctima —clarificó Corominas.

Agüero seguía sin acabar de dar con la clave.

—Si matan a alguien en su casa, en su coche o en plena calle, ¿qué es lo primero que hacemos?

—Investigamos a la víctima: entorno, pareja, trabajo... —contestó el subinspector en un acto reflejo.

—Buscamos un móvil, y lo único que tenemos para encontrarlo es a la propia víctima. Es la clave que nos conduce hasta el asesino. Siempre hay conexión, por pequeña que sea. En cambio, si unos tíos disparan a un par de rehenes durante un atraco, buscamos a los atracadores. No investigamos a las víctimas. Asumimos que ha sido algo trágico.

—¿Pero cómo sabían esos dos que la víctima iba a estar en ese banco ese día y a esa hora?

—Vamos, Carlos, que no te chupas el dedo. La mayoría de nosotros tenemos un millón de costumbres fijadas.

—O le obligas a ir con algún motivo —reflexionó Agüero.

Corominas asintió.

—Lo que está claro es que Vlasin sabe quién lo ordenó —añadió de seguido. Le había hincado el diente a su presa y no pensaba aflojar.

—Pero no diré nada hasta sentirse a salvo. Una cosa es perder el negocio; otra, el cuello. Lo que me preocupa ahora es que hay alguien más metiendo sus narices por ahí. Y que, al parecer, es de los nuestros. ¿Quién llevó el caso?

—Lo averiguaré.

Llegaron a sus coches.

—¿Qué hacemos?

—Quiero que busques toda la información que puedas sobre el atraco. A ver si comenzamos a tirar del hilo correcto.

—¿Y tú?

—Me voy a casa a comer. Tengo una mujer y un hijo a los que visitar.

Regresar al hogar tras algún que otro día y alguna que otra noche ausente te convierte en una especie de Ulises errante; no sabes si la mujer y el hijo que dejaste atrás te reconocerán, o si tu presencia habrá sido cubierta ya de algún modo. Quizás el salón de su casa estaría lleno de pretendientes ansiosos por desposar a su señora, pensó Corominas.

Al rato, abrió la puerta con sigilo y echó un vistazo. Su hijo Álvaro estaba embobado frente al televisor, a miles de kilómetros de allí. Se acercó al sofá y dejó la americana sobre el respaldo. Álvaro regresó de donde estuviera y fue a abrir la boca, pero Corominas selló un pacto de silencio con él llevándose el índice a los labios. Después, le inquirió con la mirada. Álvaro giró el cuello en dirección a la cocina.

Corominas se quitó por fin las enormes botas de plástico verde. Sus pies descalzos dejaban huellas húmedas que se desvanecían a cada paso. Laura removía el contenido de una olla al fuego. Desde que había decidido cortarse el pelo a lo chico, Corominas no sabía del todo si estaba frente a su mujer o delante de algún *garçon* parisino. De espaldas, aún menos. Una ambigüedad que no creía tener que plantearse a esas alturas, tras casi veinticinco años de matrimonio. Se acercó como un cazador furtivo.

—Ni lo intente, inspector —le advirtió ella sin siquiera volverse.

Los brazos de Corominas la rodearon con fuerza por la cintura. Hubiera sido capaz de circunvalarla dos veces.

—Las manos sobre la encimera, donde pueda verlas. Y separa las piernas.

—Esto es acoso policial.

Poco a poco, Corominas recorrió su anatomía de abajo arriba, palpando como un ciego ve una escultura. Sus manos llegaron a los pechos. Laura se dio la vuelta. Sus bocas quedaron a la distancia de un beso.

—Vamos, Hero, que el niño está en el salón. Además, vamos a comer ya —dijo regalándole una sonrisa.

Corominas fue a abrir la boca, pero su mujer se anticipó:

—Veinte minutos. El postre esta noche. Si te lo ganas y no me abandonas por algún macarra, claro.

El rostro del inspector compuso una mueca de sorpresa. Le divertía aquel último esfuerzo de algunos detenidos por tratar de demostrar su inocencia: expresión de mimo, manos al pecho, boca abierta de par en par y falsa indignación.

—He pensado que podríamos salir a cenar algo por ahí y luego ir al cine. Eso si logras convencer a tu hijo de que se vaya a dormir a casa de algún amigo.

Corominas le plantó un beso y salió de la cocina. Álvaro seguía las evoluciones de una socorrista en la tele. Su bañador era dos tallas menor a la que le correspondería por decencia, pero de eso se trataba, por supuesto.

El inspector se situó frente a la pantalla como si fuera un invasor en medio de aquel paraíso californiano.

—¡Papá! —protestó su hijo.

—Necesito tu ayuda —dijo mientras componía el gesto de escribir algo en el teclado de un ordenador imaginario.

Había intentado pelearse con internet un par de veces, pero siempre se sentía ahogado por el aluvión de datos que le devolvía la pantalla. Demasiada información sin criterio aparente. Corominas sabía bien que el exceso era una de las mejores formas de ocultación. Como lo saben los abogados que te sepultan en papeles: *infoxicación* lo llamaban.

Él estaba acostumbrado a escuetas fichas policiales. O a la farragosa redacción de partes escritos por agentes que usaban demasiadas palabras, cuyo significado desconocían la mayoría de las veces. Alguno pensaba que por escribir en abundancia se podía labrar un ascenso. ¿Qué pasa con Hammett, con Chandler o con Carver, pensó? Quizás escuchando a los mandos y a los políticos uno sacaba aquella inevitable conclusión. Los informes del forense eran harina de otro costal. Solo los años te acostumbraban a algo así. Como a la jerga de letrados y jueces.

Álvaro se sentó frente al ordenador. Corominas se situó tras él.

—¿No os dan cursillos de internet y esas cosas?

—¿Y para qué voy a hacer un cursillo si te tengo a ti?

—Pues para cuando no esté.

Crecía a la velocidad de la luz, pensó el inspector.

—Voy a marcharme de esta casa algún día, ¿sabes? Claro que primero tengo que encontrar trabajo e hipoteca, así que relájate.

Corominas le miró. Tras sus ojos se agolpaba un montón de palabras de disculpa por dejarle en herencia un mundo roto. La economía entra en recesión porque la gente deja de consumir. La gente deja de consumir porque la economía entra en recesión. Y ya está. Aritmética pura, se dijo. Entonces recordó las palabras de la vecina de Ilianescu: «los pobres no importamos a nadie, solo nos tenemos los unos a los otros». Y los ricos son como los gatos, pensó al hilo: da igual la altura, siempre caen de pie.

Su hijo le observaba sin tener ni idea de lo que vagaba por su mente.

—¿Qué buscamos?

—Un atraco a un banco, hace unos dos años. Murieron dos personas.

—¡Mola!

Corominas le reprendió con seriedad.

—No mola.

—Pues no me hagas buscar —se defendió su hijo.

Tecleó la información en un buscador y esperó a que la pantalla se llenara de referencias. La mayoría eran enlaces a periódicos.

—Son *links*, papá. Cada uno te lleva a un sitio web distinto. Es igual, déjalo... ¿Te interesa alguno en concreto?

Corominas señaló un enlace a la página de un diario. Sabía que algún hombre de su comisaría pasaba información a ese medio, así que era probable que también lo hicieran los de otra, y que lo que apareciera en el texto fuera parte del informe original.

Álvaro pinchó el enlace. A los pocos segundos, apareció la crónica del suceso. Un par de fotografías acompañaban el texto. Una era de la fachada del banco. La otra, más pequeña, de una mujer joven. En el pie, un nombre: Eva Serrano. Una de las víctimas. La foto había sido tomada en algún momento feliz, seguramente durante unas vacaciones. La mujer sonreía, ajena a todo. No había ninguna instantánea del marido ni del hijo muerto: hasta para un periodista eso era demasiado. Cuando iba a comenzar a sumergirse en el texto, la voz de su esposa le devolvió al presente. La comida estaba lista.

Achi

VIII

El Mercedes se detuvo frente a un chalé. Parecía una boya solitaria en medio de un mar de terrenos que no habían llegado a edificarse. Un cementerio de

esperanzas. Sobre la entrada principal reinaba un luminoso apagado. Representaba la silueta de una chica recostada sensualmente sobre varias letras enormes: «El Paraíso».

Los burdeles suelen tener nombres que prometen felicidad rápida y fácil, sin necesidad de transitar por las normas sociales al uso. Por eso siempre están llenos. Casi todos comparten, además, decorador de interiores: espejos versallescos, sillones acolchados con botonadura inglesa, como el frontal de la barra, y paneles de madera de pega. Uno va a follar, pero le gusta rodearse de cierto lujo. Eso ayuda a pensar que el polvo por el que se paga no está exento de cierta clase, después de todo.

Bajo el cartel nacía un toldo alargado como el que a veces se extiende en un campo de fútbol cuando los jugadores regresan al vestuario. A cada lado de la puerta, un par de cariátides de traje montaban guardia tras unas gafas negras. A peso, unos noventa kilos por cabeza.

Mihai, el rubio que se había cruzado en el camino de Corominas y Agüero en su primera visita a la discoteca, bajó del coche. Alcanzó la puerta trasera de una zancada y sacó a Vlasin en volandas. El rumano caminaba hacia la entrada del chalé como el que recorre el linóleo verde que le lleva a la inyección letal. Al acercarse, una de las cariátides cobró vida y les abrió la puerta.

Varias chicas con ropa interior minúscula y tacones de vértigo descansaban en distintos rincones. Mihai condujo a Vlasin en dirección a una nueva puerta de madera oscura. A cada lado, dos nuevas cariátides. Su viaje terminaba allí.

Uno de los guardaespaldas se hizo cargo del visitante mientras el otro le cacheaba a conciencia. Quien ha visto *El padrino* sabe que bastan un par de gafas para cargarse a alguien. Y quien ha estado en la cárcel sabe que un arma se esconde hasta en el agujero del culo. Cuando el ritual hubo terminado, el tipo que sujetaba a Vlasin llamó a la puerta. Al rumano le pareció que sus golpes sonaban al compás de la quinta sinfonía de Beethoven.

No era la primera vez que estaba en aquel despacho, pero sí era la primera que lo visitaba como invitado de honor. Y las circunstancias lo son todo. Sus ojos recorrieron la estancia. A pesar de que ya la conocía. Era una habitación casi tan grande como el salón que acababa de dejar atrás, aunque, en su estado de agitación, le pareció que los techos tenían diez metros de altura y las paredes estaban a otros diez las unas de las otras, y que se alejaban entre sí. A un lado, sentados en un sillón de tres piezas, más músculos. Al fondo, frente a una enorme mesa de despacho, una Boule de estilo Napoleón III sobre la que

un presidente podría firmar cualquier tratado, estaba la silla. Y, tras ella, el diablo en persona.

Vestía traje beige de lino, camisa gris claro de puños blancos vueltos y gemelos. El nombre por el que se le conocía en esa reencarnación era Bogdan Monteanu, pero todos sus hombres le llamaban «Tepes». De pie, a su lado, su mano derecha, Grigory Giorgiu.

Era un tipo duro. Bastaba con echar un vistazo a sus ojos. Llevaba el pelo engominado y recogido en una coleta tan tensa que parecía que alguien tirara invisiblemente de ella. Tenía cara de tipo listo y prudente, pero con un fondo de violencia en el paladar.

Monteanu le hizo un gesto indicándole que se acercara.

—Hola, Ilia. Siéntate, por favor.

La mirada de Vlasin viajaba de la silla al hombre que tenía delante y de regreso al mueble. Trataba de retrasar lo inevitable. Finalmente, se dejó caer de manera pesada sobre el asiento, en un acto final de aceptación de su destino. Sabía que ya no le pertenecía, así que era inútil resistirse. Su jugada había salido mal.

—Es una pena lo que les ha pasado a Pavel y a Horia —prosiguió Monteanu—. Pero lo que más me entristece es que me he tenido que enterar por otros.

—Todo ha sucedido muy deprisa —trató de justificarse Vlasin—. No sé qué está pasando. Todo ha sucedido muy deprisa —repitió como una letanía—. Pensé que quizá usted...

La frase quedó interrumpida a tiempo. No se mencionan los pecados del diablo en su casa, y menos aún en voz alta. No porque pueda haber micrófonos, sino por puro respeto.

—¿Que era yo quien había ordenado matarles?

Vlasin permaneció callado. Su silencio era una afirmación.

—Nadie debe temer nada de mí, a no ser que haya cometido algún error. Sabes que eso es lo único que no tolero. El error es siempre fruto de la dejadez.

—Pero no cometimos ningún error —balbuceó Vlasin. Su voz tiritaba.

Nada más sentarse, había roto a sudar copiosamente y el agua le caía a ríos por la calva y la frente. Sacó un pañuelo de su bolsillo y trató de enjugársela.

—Os ordené matar a tres personas, pero solo murieron dos. Y ahora han muerto dos de mis hombres. En cierto modo es justo. Hay equilibrio. Yo

también fallé al dejarme convencer de que ese hombre no suponía ya ninguna amenaza.

El gesto de Grigory fue apenas perceptible: una mirada de soslayo a los hombres que asistían al espectáculo recostados en el sillón junto a la entrada. Dos de ellos se levantaron y cogieron un enorme cilindro oculto tras el respaldo.

—El equilibrio es fundamental, Ilia. Mantiene la balanza nivelada y serenos los negocios.

Los dos matones se situaron detrás de Vlasin y comenzaron a edificar un muro de plástico transparente tras él. Sus caras reflejaban la pasividad del que ha tejido esa mortaja varias veces.

—Sin embargo, por culpa de nuestro error, ahora tendremos que matar a otro hombre. La balanza volverá a desnivelarse. Yo asumo mi parte de culpa, Ilia. Pero tú has escogido el camino de la traición.

Las mandíbulas de Vlasin comenzaron a despegarse para dar explicaciones, pero su gesto jamás llegó a materializarse. Justo en ese instante, Grigory desenfundó su pistola. El disparo apenas sonó. Era un calibre corto, pero el suficiente para arrancarle partes del cráneo y del cerebro.

—Sacadlo de aquí.

Los dos matones extendieron el plástico en el suelo. Un tercero trató de alzar el cuerpo de la silla, pero fracasó en el intento. Cansado por el esfuerzo que le exigía la anatomía del difunto, apoyó una pierna sobre su pecho y lo empujó hacia atrás. Cadáver y silla cayeron como un árbol al suelo. Una vez terminada la operación, el tipo irguió de nuevo la silla, la colocó en su sitio con mimo y ayudó a sus compañeros a enrollar el cadáver en su sudario transparente.

Monteanu lo observaba todo con cierta diversión. Su rostro cambió al dirigirse a su guardaespaldas.

—Quiero que encuentres a ese hombre. No quiero que lo mates. Quiero que Samuel Álvarez sepa toda la verdad antes de morir. Y averigua qué sabe ese tal Pujades. No quiero ningún cabo suelto.

Kyuu
IX

Tras la agradable pausa que había supuesto la comida, Corominas regresó a su despacho con la tripa llena y el ánimo satisfecho. La imagen de Eva Serrano, sin embargo, se empeñaba en arruinar el conjunto. No es mi muerta, pensó. Pero cuando ves la cara feliz de alguien al que han asesinado, no puedes evitar pensar que, de algún modo irracional y extraño, la cosa te incumbe. Piensas en el cabrón que ha robado para siempre esa sonrisa y te entran ganas de que lo pague.

Estamos inmunizados contra cuerpos sin cara, arrasados cámara al hombro, pero no contra una foto de noche de fin de año, de boda, de cumpleaños o de vacaciones. Qué mala suerte tienen los negros de África, pensó Corominas: nos importan una mierda porque nadie les sacó nunca la instantánea de turno en un *resort*.

Agüero entró en su despacho. Le estaba esperando.

—Acabo de hablar con los de Robos y Atracos. Me pasan el informe a tu fax. Al parecer, los tíos entraron por una puerta de empleados, desarmaron al guardia y separaron a la gente en dos grupos: los empleados y el director, en su despacho; los rehenes, seis, incluido el guardia, fuera.

La máquina anunció la llegada de algo con un pitido insistente.

—Según varios testigos —continuó Agüero—, el *segurata* llevaba otra pistola y la sacó. El tío disparó, pero falló. Entonces se montó la de Dios. Le pegaron un tiro en la pierna y tres balas perdidas impactaron en una mujer, su marido y su hijo. Las tres en la cabeza, ya ves. La mujer y el niño murieron en el acto. El marido tuvo más suerte. Una bala se le empotró en el temporal, pero salvó la vida. Ha estado no sé cuánto tiempo en coma.

Corominas recogió el papel que colgaba de la máquina.

—¿Y nadie sospechó nada?

El subinspector se encogió de hombros.

—¿Qué dijeron los testigos?

—Llevaban pasamontañas. Aquí viene lo bueno. Según los rehenes, uno era un tipo gordísimo. El otro más bien alto, de complexión fuerte.

—Pavel y Horia.

—Pero según el guardia de seguridad —el subinspector hizo una pausa, como esperando a que sonara un redoble de tambor en alguna parte—, eran dos tíos altos y atléticos. Dos mazas, vaya.

—¿Y las cámaras?

—Se fue la señal y estaban esperando al técnico.

—Un plan bien ejecutado —concluyó Corominas.

—Los de la tele pedían carnaza, y rápido, así que detuvieron a algunos fichados que encajaban con las descripciones, pero nada. Los testigos estaban cagados y el guardia insistía en que Pavel no era. Así que le soltaron.

Corominas ya no le escuchaba. Solo atendía a esa vocecita que rumiaba algo dentro de su cabeza.

—Alguien les ayudó desde dentro.

—Y el *segurata* tiene todos los números de mi sorteo. Un puto héroe —remató Agüero.

—¿Qué sabemos de él?

El subinspector consultó unas notas garabateadas en una libreta que sacó de su bolsillo.

—Estuvo un mes de baja por el tiro. Luego se reincorporó con su herida de guerra. Seguro que el cabrón folla más ahora, enseñando muslo. Seguridad Royal. ¿A que no sabes a quién da servicio esa misma empresa?

—¿Vlasin?

—Premio. ¿Sabes lo que pienso? —continuó Agüero—: que si no nos damos prisa y está en el ajo, es probable que nuestro asesino se nos adelante. Eso si no lo han liquidado ya. O que el tío es de los que igual lee el periódico y está en la Conchinchina a estas alturas.

—¿Acaso sabes dónde está la Conchinchina? —preguntó Corominas.

—Muy lejos, eso hijo.

Corominas sonrió.

—Solo tienes que visitar una bodega de vino, aunque no todas tienen ya. Otra cosa es la Cochinchina.

El subinspector le miró sin entender. El jefe tenía esas cosas.

—¿Y las víctimas?

Agüero consultó de nuevo su memoria de papel.

—La mujer se llamaba Eva Serrano. Decoradora, nacida en Madrid, hija única y más limpia que el Papa. La madre murió al poco de que la mataran. El padre está en una residencia.

La parquedad de los datos de un archivo informático siempre está a años luz de retratar a una persona. Todas las decisiones que le han hecho ser quien es y los motivos que las propiciaron son imposibles de transformar en unos y ceros. Y es siempre en ambas cosas donde está la clave, discurrió Corominas.

—La otra víctima mortal era su hijo. Tenía un año. No tuvo tiempo ni de saber por sí mismo una mierda. No deberías nacer si lo único que vas a tener la oportunidad de hacer en esta vida es mamar y cagar. Es contra natura —pronunció Agüero, hosco—. En cuanto al marido, se llama Samuel Álvarez.

Sin antecedentes. Hijo de un agregado cultural. Pasó su infancia en Japón. Tokyo. Trabaja en una aseguradora llamada Cofisa. Se habían casado hacía nada.

Corominas trataba de juntar los datos a puntadas rápidas para urdir algo con cierto sentido.

—He hablado con uno de los médicos que le atendió. Sí, lo sé. Es un milagro hablar con un funcionario después de las tres de la tarde. Espero que sepas reconocer mi mérito. Me ha dicho que la bala le entró por el lóbulo temporal y luego un montón de jerga médica. Lo normal es que hubiera palmado, pero se ve que era su día de suerte.

—No creo que tuviera demasiada, dadas las circunstancias, ¿no crees?

—Lo digo porque no recuerda nada de nada. Es como si no hubiera pasado —Agüero se ayudó de nuevo de su libreta—. Amnesia retrógrada. Es como una cuenta atrás que te borra la memoria hasta dejarte vacío. Algo así como el Alzheimer, pero sin serlo.

Corominas miró su reloj. Las seis. Era media tarde, estaba cansado y le había hecho una promesa a su mujer que no tenía intención de incumplir.

—Vete a casa. Mañana por la mañana iremos a ver a ese guardia de seguridad. Si ha sido listo y se ha largado, no creo que le encontremos, ni ahora ni mañana. Si está muerto, podrá esperar unas horas más.

El subinspector asintió y salió del despacho. Sonó el teléfono.

—Corominas.

—Hola, inspector. El pájaro ha volado.

—No tengo el coco para adivinanzas, Vázquez —replicó de mala gana.

—El tío al que teníamos que ir a buscar a su casa. El rumano. No está. Allí no había ni Dios.

—¿Habéis ido a la discoteca?

—Sí, y está más cerrada que el coño de una virgen. Hasta que deja de estarlo, claro. Ya me entiendes, ¿no?

—Lo que entiendo, Vázquez, es que si pudiera te metía un puro por ser el policía más cerdo de España. También entiendo que me estás diciendo que Ilia Vlasin se ha esfumado por arte de magia.

—¿Quién?

—El rumano, Vázquez.

—He hablado con el portero de la finca, que por cierto es uno de esos edificios de postín, y me ha dicho que no ha aparecido en todo el día. Porque seré malhablado, inspector, pero sé hacer mi trabajo.

—Y lo que también entiendo, Vázquez, es que son las seis de la tarde, me iba a casa a cenar tranquilamente con mi mujer y que podías haber llamado antes, coño.

—Pensé que quizás el tío aparecería más tarde. No conozco las costumbres migratorias de los rumanos.

Corominas colgó. Ilia Vlasin, su único trozo de hilo real con el caso, acababa de esfumarse. Y algo le decía también que si lograban dar con él, sería en forma de cadáver.

El inspector llegó con el ánimo algo lúgubre.

—¿Qué te pasa? —preguntó Laura.

—Nada. Trabajo. Pero el trabajo no entra en las paredes de este piso, ya lo sabes.

—Es una buena norma —ratificó ella con una sonrisa.

Se acercó y le besó suavemente.

—Tengo una sorpresa para ti —dijo Corominas.

—Cine, cena y sorpresa —respondió ella con picardía—. ¿Tienes algún pecado que purgar?

—Tengo muchos.

—Pues veamos esa sorpresa, señor inspector.

—Tendrás que encontrarla —la retó Corominas tratando de aparentar cierto misterio. Aunque después de tantos años casados, eso fuera una tarea titánica.

Ella deslizó su mano derecha por la pernera de su pantalón hasta su entrepierna. Corominas dio un respingo.

—¿Caliente o frío? —preguntó como una niña a la que han prometido que se podrá comer el bombón de chocolate si lo encuentra.

—Caliente —acertó a balbucear Corominas.

Le desabrochó el cinturón y después la bragueta.

—¿Más caliente o más frío?

—¿Tú qué crees? —susurró Corominas, al que la erección se le comenzaba a notar con descaro.

Poco a poco, le bajó el pantalón hasta dejar al descubierto un bóxer de Calvin Klein negro.

—Vaya, vaya, inspector...

—La dependienta del Corte Inglés me ha asegurado que es lo que se lleva ahora.

—Lo que la dependienta del Corte Inglés quería era verte con ellos puestos —señaló ella. Su mano seguía acariciándole por encima del bóxer—.

Yo también tengo una sorpresa para ti, ¿sabes? Pero tendrás que sentarte en la cama.

Corominas obedeció, aunque le fastidiaba separarse de su caricia. Laura se metió en el baño y regresó al cabo de unos instantes que a Corominas le parecieron lustros. Pero la condena mereció la pena. Su mujer apareció en la puerta sobre unos tacones negros infinitos y un conjunto de lencería burdeos semitransparente. El sujetador le hacía unos pechos redondos y aún más generosos de los que su ADN le había proporcionado de por sí. Cosa de magia, el tanga era apenas un triángulo minúsculo, lo justo para esconder su vello púbico bajo una sugerente gasa color rioja. Daban ganas de bebérsela.

Los ojos de Corominas se clavaron en ella. Agüero tenía razón: su mujer era preciosa. Laura giró sobre sí misma apoyada en el marco de la puerta.

—¿Te gusta? —sonrió mientras acompañaba sus palabras con una tonelada de coqueteo—. El dependiente del Corte Inglés me ha asegurado que es lo que se lleva ahora.

Si la prenda era precaria por delante, se volvía inexistente por detrás. Apenas una fina tira de tela que se perdía entre sus dos glúteos. Cuando se hubo asegurado de que su marido había cartografiado cada centímetro de su anatomía, se acercó a él. Le recostó sobre la cama con las manos y se sentó a horcajadas encima.

—Ya sabes que no me gusta que se esté con zapatos sobre la cama. Pero hoy haré una excepción —le susurró—. ¿Te parece bien?

Corominas pensó en decirle que aquello no eran zapatos, sino viagra pura y dura, pero prefirió besarla. La ventaja que tiene hacer el amor con alguien con el que llevas viviendo años es que ya conoces cada una de las fondas en las que debes parar por el camino. Claro que eso mismo es lo que te hace caer en la rutina. Sin embargo, aquella noche, cada uno a su manera, había decidido romperla. Un simple cambio de peinado, un complemento o una prenda de vestir, una simple palabra, pueden obrar maravillas.

Corominas se recostó en el cabezal con la respiración aún agitada. Satisfecho. Laura le observaba tumbada, desnuda. El inspector la miró. Siempre le había hecho gracia ver a las mujeres tapándose los pechos con la sábana después de follar en las películas. Exigencias de la calificación por edades, pensó.

Tras unos segundos de silencio, en los que se contemplaron felices, llegó la nube negra dispuesta a descargar. Sin previo aviso.

—Hoy ha llamado tu padre.

—Ni con viagra en vena conseguirías ahora mismo un segundo polvo.

Demasiadas veces, los momentos se tuercen por culpa de una palabra, aunque tenga solo dos sílabas.

—¿Cuándo?

—Esta tarde, después de comer —le informó ella, aún molesta por su grosería.

—Y has esperado hasta ahora para decírmelo.

—Tú querías tu polvo y yo quería el mío. No era plan de joderlo antes de tiempo. ¿Te parece bien así?

—Gracias, Vázquez —espetó Corominas.

Laura le miró sin participar de la ironía.

—Da igual. ¿Y qué quería?

—Pasar más tiempo con Álvaro.

Los ojos del inspector se incrustaron en el techo. Cualquiera que fuese la hormona que había segregado durante el acto sexual, acababa de secarse. Su ánimo era un desierto agrietado.

—Y yo quiero hacérmelo con Sharon Stone, pero me jodo —soltó con toda la mala intención. Acababan de hacer el amor y quería hierirla. Fue una reacción ruin a conciencia, pero pensó que era justo con el castigo. Al fin y al cabo, ella había hecho lo mismo. Así que *quid pro quo*.

Lo que le molestaba de verdad era que su mujer mantuviera contacto con su padre. Sabía que a ella tampoco le caía bien. Lo hacía por su hijo, para no minarle el único abuelo que le quedaba.

—Sabes, cada vez estoy más convencida de lo tonto que eres —le regañó. Corominas permaneció en silencio.

—Tu padre quiere pasar más tiempo con su nieto. Eso es todo.

El inspector seguía sin entrar en el juego de la nueva conversación. Sus ojos permanecían hundidos en el techo. De tanto mirarlo le haría un agujero.

—Es muy sencillo, Hero: tu padre se muere. Y no me refiero a algo remoto.

La normalidad con la que su mujer había pronunciado aquella frase le descolocó. Como si tono e información no acabaran de encajar.

—¿De qué estás hablando?

—De cáncer.

Corominas desvió la mirada de los ojos de su mujer y los posó ahora en la pared frente a la cama. Buscaba un nuevo objetivo que acribillar.

—Le quedan dos o tres meses.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde hace un par de semanas. Quería decírtelo él personalmente, pero no encontraba el momento.

Corominas se sorprendió de su propia irritación. Jamás se había llevado bien con su padre, prácticamente desde que tenía uso de razón. Es decir, desde que el cerebro le servía para algo más que para pensar en jugar todo el día. Su padre era el gran catedrático. El gran historiador. El gran escritor. El gran experto en Historia Antigua. El gran intelectual. El gran ausente, en su vida y en la de su madre, especialmente en su cama. Pero no en la de innumerables estudiantes, becarias, doctorandas y hasta alguna estrella de la pantalla grande y de la pequeña. Su padre había sido un hombre guapo, decían. Guapo y cabrón.

Y ese gran hombre solo comenzó a prestarle algo de atención cuando cumplió los dieciséis. Cuando, como solía decir, comenzaba a tener algo interesante que decir. Ya era demasiado tarde. Su madre estaba rota en mil pedazos y lo único que él deseaba era darle de hostias.

Por eso se hizo policía: para joderle. Y sabía que le jodería bien. Su padre había estado en la cárcel varios años durante la Dictadura, y el hijo del catedrático se había hecho madero.

Miró a su mujer.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer yo ahora?

—Si no quieres, nada. Recuerdo que una vez me dijiste que no porque alguien esté muerto, y tu padre lo está, aunque aún camine, eso le convierte en buena persona.

Corominas se recostó totalmente en la cama y cerró finalmente los ojos. El proceso natural de la vida es que llega un día en el que tus padres mueren. Había vivido la agonía de su madre completamente solo. Su padre la vivió también solo. A su manera. Jamás hablaron. No lloraron ni una lágrima juntos. Durante el funeral, ella no había sido más que la mujer del gran hombre mientras su padre acaparaba todas las portadas y *flashes* del día. El mundo lloraba por él, no por ella. Porque se quedaba solo.

Y ahora le tocaba el turno a él. Corominas no había pensado en ello. Sencillamente, procuraba no pensar en su padre. Un enorme e injusto sentimiento de culpa le reconcomió por dentro. Trató de luchar contra él. Pero, por extraño que pudiera parecer, no le dejaba en paz. Como si él fuera el único responsable de todos los males del maldito planeta.

Juu

X

El coche de Agüero se detuvo frente a una nave industrial nuevecita, de cemento claro y cristales oscuros. Uno más de los edificios de diseño que se paren ahora. En el frontón, un gran cartel trataba de vender el producto: «Seguros Royal. Cuidamos de todo lo que te importa». Aparcados frente al edificio había una flota de vehículos rotulados con los colores y el logotipo de la empresa en las puertas.

Todo el conjunto respiraba profesionalidad, como si realmente algo o alguien en esta vida pudieran protegerte del mal. La gente pone una alarma en su casa y cree ya que nadie será capaz de entrar en ella. Idiotas, pensó Corominas. Aunque la cosa tenía su sentido. En una sociedad en la que la fachada lo era todo, la apariencia de seguridad tenía su lógica, reflexionó.

Una puerta de cristal se desplazó hacia un lado nada más verles. Corominas se fijó en el grosor del vidrio: antibalas, como el de las oficinas bancarias. Al menos predicaban con el ejemplo. A un lado de la gran recepción, un par de sillones de cuero negro y patas metálicas imitaban el estilo de un par de Le Corbusier. Imitación, otra de las virtudes de la sociedad moderna, elucubró.

Los chinos dieron al mundo grandes cosas; ahora le proporcionaban algo más importante que la brújula, la pólvora o el papel: el arte de la copia rápida y barata. Todo al alcance de todos. Comunismo, en esencia. El propio Le Corbusier hubiera dudado. El conjunto estaba rematado por una divertida alfombra de cuadros de colores; lo que en el manual sagrado de los decoradores de interior suele llamarse un toque luminoso y desenfadado.

En la otra esquina había un pequeño mostrador. Tras él reinaba una recepcionista de unos veintipocos. Morena y escultórica. Una Venus con brazos. Lucía un pequeño diamante prendido en la parte superior izquierda del labio, un antojo de cristal que orbitaba a la distancia precisa de su boca, perfectamente pintada y perfilada.

—Bienvenidos a Seguridad Royal. ¿En qué puedo ayudarles?

—Nos gustaría ver al director —informó Corominas.

Agüero no despegaba sus ojos del monumento.

—¿Tienen ustedes cita?

El inspector negó con la cabeza.

—Pues me temo que va a ser imposible. El señor Arias es un hombre muy ocupado —alegó mientras posaba sus ojos de pestañas como telones sobre

Agüero. No había deseo en ellos, sino desdén.

Corominas se preguntó cuántas veces habría salido aquella frase de su garganta. Estaba seguro de que hasta se le escapaba sin querer mientras compartía copas y cuitas con sus amigos. Llevó la mano a su bolsillo y sacó su identificación. Agüero extrajo la suya. La recepcionista descolgó el teléfono mientras les indicaba que tomaran asiento en el pequeño oasis de imitación china.

El inspector pasó la mano por el cuero. Quizás se había equivocado y eran fidedignos. Aunque le gustaba Le Corbusier, prefería a Mies. Tras una breve conversación, la chica emergió de su parapeto. Por fin se mostraba en todo su esplendor. Iba enfundada en un traje negro de chaqueta y falda corta, y, como corresponde a una diosa, caminaba sobre dos columnas votivas de aguja, a diez centímetros del suelo.

Corominas pensó en su mujer. Y, de rebote, en su padre. Su rostro pasó de la sonrisa al cabreo en una décima de segundo y dos recuerdos.

—Sígueme, por favor.

Agüero se levantó como un resorte. Corominas estaba demasiado mayor como para intentar siquiera disputarle el *sprint*. Tras subir una escalera larga y recorrer un pasillo sin fin, se detuvieron frente a una puerta oscura con pomo de diseño, incómodo pero aparente. La recepcionista golpeó suavemente con los nudillos la superficie de la puerta.

—Adelante.

El monumento abrió con suavidad. Tanta como la que había empleado en agitar descaradamente sus caderas por el camino, segura de que Agüero no le quitaba ojo. No se equivocaba, por supuesto.

—Espero que haya disfrutado del espectáculo —pronunció mirándole fijamente—. Es la única ilusión que le queda a un hombre como usted, así que he pensado que no le privaría de ella. No me gusta la crueldad.

Cerró suavemente la puerta dejando a Corominas frente al director, que le esperaba de pie con ceremonia, y a Agüero con el escroto tan irritado como si le hubieran dado una patada en los mismísimos.

—Manuel Arias —se presentó el tipo mientras estrechaba la mano de Corominas. Después, señaló sendas sillas y regresó tras su mesa. Un espacio en el que se sentía seguro y recordaba a los visitantes su posición—. Ustedes dirán.

—Nos gustaría hablar con uno de sus empleados, Javier Fernández.

—¿Algún problema?

—No, es pura rutina. Repasamos el asunto del Banco del Norte, por si hubiera surgido alguna novedad —informó Corominas. Trataba de aparentar toda la apatía de la que era capaz. Los hombres acostumbrados a mandar se relajan ante los funcionarios. Creen que tienen siempre la sartén por el mango. Es el orden natural.

Arias descolgó el teléfono e intercambió un par de frases. Probablemente con el monumento.

—Aún no ha entrado en su turno. Está en los vestuarios.

—Nos gustaría hablar con él a solas. Es mejor que se sienta cómodo. Los empleados siempre suelen ponerse nerviosos cuando están delante del jefe. Igual que cuando alguien habla con la policía —añadió Corominas con una sonrisa—. Así que es mejor que eliminemos una de las dos variables. No se preocupe. Se trata de algo rutinario. Totalmente informal —remató para tranquilizarle.

El director dio su permiso con la cabeza.

—Les acompañaré hasta allí.

—Gracias.

Arias abrió la puerta que daba a los vestuarios. Un par de empleados terminaban de abrocharse la camisa del uniforme. Les hizo una seña para que salieran. Los dos tipos cogieron a toda prisa sus cinturones y la gorra y desaparecieron. Acto seguido cerró la puerta, dejándoles a solas.

Corominas reflexionó acerca del empeño de las empresas de seguridad por vestir a sus hombres con uniformes de corte policial. Acertaban. En la mayoría de las ocasiones, esa era su mejor —y única— baza; sencillamente, esperaban que la gente les confundiera con verdaderos agentes al verlos. Porque dudaba de que, llegado el caso, la mayoría supiera en absoluto qué hacer.

Del fondo del vestuario les llegó un trájín. Avanzaron por la estancia, con colgadores y taquillas a ambos lados, y torcieron a la derecha. Allí estaba. La visita pilló a Fernández con la camisa a medio poner. Sus pectorales eran dos rocas de gimnasio, y sus abdominales habían sido mimados a conciencia en la sala de pesas. Fruto de aquel empeño, su cabeza parecía minúscula, casi exigua. Era uno de esos tipos que se preocupaban únicamente de su tronco superior, dejando las piernas a la deriva. Había conseguido su objetivo: parecer un triángulo invertido.

—¿Señor Fernández?

El tipo asintió con la cabeza mientras arrancaba a abotonarse la camisa.

—Inspector Corominas. Este es el subinspector Agüero.

—Supongo que lo son —contestó—. Policías, quiero decir. Él seguro —aseveró refiriéndose a Agüero—. Usted tiene menos pinta.

—Estamos repasando todas las declaraciones de los testigos del atraco al Norte. Pura rutina. Por si hubiera algo nuevo.

—Ya dije todo lo que sabía entonces. Que es lo mismo que sé ahora —contestó sin ganas mientras seguía a lo suyo con la camisa.

Agüero le miraba con cara de pocos amigos. Le jodía su suficiencia. Y eso que tan solo llevaban allí un minuto. Fernández frunció el ceño y le espetó:

—Usted es el poli malo y él el bueno, ¿no?

—Ahora los dos somos buenos o malos, depende de la situación. Las circunstancias lo son todo —respondió Agüero.

—Usted declaró en su día que ambos atracadores eran de complexión fuerte. ¿Es así? —intervino Corominas. De nuevo, abría una puerta por la que Fernández pudiera excusarse por el paso del tiempo y justificar un error en su testimonio. La forma en que uno formula la pregunta lo es todo.

—Eso es lo que dije —replicó el *segurata* con chulería. Corominas había pasado una mala noche y no estaba para que le tensaran mucho la cuerda de la paciencia.

—Sin embargo —continuó—, el resto de los testigos afirmaron que uno de los dos tipos era bastante gordo.

—Esos gilipollas estaban cagados y cara al suelo. Dudo que vieran nada más que una baldosa de mármol. Yo les miré cara a cara. Les disparé y me dispararon. Así que si alguien sabe cómo eran, ese soy yo.

Fernández había terminado con su camisa y comenzaba a ordenar sus bártulos en el cinturón de cuero: porra, radio, esposas y revólver. Agüero notó que Corominas estaba algo tenso. De camino le había preguntado si iba todo bien, a lo que su superior había contestado con un silencio que había cubierto el interior del coche de escarcha.

—También declararon que usted sacó un arma y disparó sin mediar provocación.

—¿Sin mediar provocación? Estaban atracando el banco, coño. ¿No vale con eso? Sin mediar provocación —repitió en tono musical y sarcástico—. Yo hice mi trabajo y me pegaron un tiro. Pero no lograron llevarse nada, eso sí.

—Murieron dos personas —matizó Corominas, lacónico—. Se llevaron mucho.

—No fue culpa mía. Yo hice mi trabajo. Y mi trabajo era la pasta.

El inspector le miró con desprecio. Su humor era una caldera a presiones casi catastróficas. Un pascal más y rebasaría el límite de contingencia. Y eso le encendía aún más. Solía controlar muy bien sus sentimientos y mantenía la calma en circunstancias en las que otros llevaban ya varias explosiones de ventaja. Esa era una de las cualidades que le hacían ser tan buen policía. Fundamental en un interrogatorio. Allí el cerebro es mucho más importante que los huevos.

—¿Conserva ese arma? —preguntó Agüero.

—Me la robaron. Puse una denuncia, ya lo saben.

—Por supuesto. Por cierto, ¿a qué distancia estaba de los atracadores cuando disparó? ¿Dos, tres metros?

Fernández se le quedó mirando.

—Y falló.

—No es tan fácil disparar a un hombre. Apuesto a que un niño bonito como tú no tiene ni idea —se revolvió el guardia, herido en su orgullo.

—Yo, a tres metros, le vuelo la cabeza a un tío —señaló el subinspector con toda la calma del mundo—. Y puedo demostrártelo cuando quieras.

Agüero llevaba el peso y comenzaba a tensar la cuerda. Fernández le miró con cara de odio. Pero calló.

—O quizás no fue eso y resulta que sí tiene algo de puntería —siguió Agüero—. Me apuesto lo que quieras a que hasta conseguía impresionar a alguna niña en las casetas de las ferias. Puede hasta que las balas que había en su revólver fueran solo balines, por los viejos tiempos. Verás: si fallaste, el proyectil debió de ir a parar a algún sitio, ¿no te parece? Pero resulta que los de la Científica no encontraron nada. Y te aseguro que son concienzudos. ¿O tiraste con la bala mágica de Kennedy?

El guardia de seguridad empezó a ponerse nervioso, pero no perdió ni un ápice de su chulería. Era su único escudo en la vida.

—No es culpa mía si no sabéis hacer vuestro trabajo.

El subinspector entró a degüello.

—Tú jodiste las cámaras sabiendo que el técnico no tendría tiempo de repararlas y dejaste la puerta trasera abierta. Cuando tus amigos llegaron, montasteis una escenita para que los testigos no sospecharan que, en realidad, lo del banco no era un atraco, sino una ejecución programada.

—¿Una ejecución? ¿De qué coño hablas? —exclamó Fernández, en fuera de juego flagrante.

—De la mujer y el niño que murieron. Y del marido al que dejasteis sin nada en un segundo —explotó Corominas.

—No sé de qué coño va esto, pero yo no tengo nada que ver en un finiquito, ¿vale? Todo es una mierda. Y no pienso cargar con eso.

Justo al acabar, Corominas le cruzó la cara a mano abierta. La bofetada resonó en todo el vestuario. No la había visto venir. Trató de incorporarse, pero Agüero le pisó la mano y se la aplastó contra la banqueta.

—¿Lo ves? Ya has conseguido cabrearnos.

La cara del guardia se contrajo en una mueca de dolor.

—¡Yo solo tenía que fingir lo del disparo, para que nadie sospechara de mí! Era un atraco, coño. No sé nada de ninguna ejecución.

—¿Quién lo montó?! —atronó la voz de Corominas. No se sentía satisfecho por lo que acababa de pasar. No le gustaba pegar a nadie, pero sintió alivio cuando el rugido emergió de su pecho. Sabía que no gritaba a Fernández, sino a su padre, al mundo entero.

—¡Quién! —se liberó de nuevo.

—¡Joder, les digo la verdad! Yo solo tenía que fingir lo del disparo y apagar las cámaras. No sé nada de esa puerta. Ni siquiera tengo llave, ¿vale? Solo la tenían el director y los cajeros.

Agüero aligeró la presión del pie para darle una tregua. Ya estaba perdido, así que no hacía falta seguir apretándole. El guardia de seguridad se frotó la mano dolorida y la agitó para que la sangre regresara a cada capilar seco.

—Horia me dijo que iban a atracar el banco. No sé nada de ninguna ejecución. Se lo juro. Ellos tenían que entrar y coger la pasta. En cuanto la tuvieran, yo disparaba y ellos se largaban cagando leches.

—¿Y qué salió mal?

—No lo sé. Horia se volvió loco. Joder, ese psicópata casi me mata. Tres centímetros más a la derecha y me jode la vida.

—Tuvo mucha suerte, porque le aseguro que ese par querían verle muerto. Un testigo fuera de juego es un cabo suelto menos del que preocuparse.

—Horia era un hijo de la gran puta. Al gordo no le conocía.

—¿Y cuál es su historia?

—Cuando vi lo que había pasado, me acojoné. Le dije al rumano que no quería problemas. Había muerto un niño, coño. A los niños no se les mata. Pero ¿qué iba a hacer? Me tenía cogido por los huevos. Le debía mucho dinero. Y saldé mi deuda con creces. Se lo digo: ese tío es peligroso.

—Ya no.

El segurata arqueó las cejas.

—¿Qué quiere decir?

—Que tanto él como su compañero de juegos van camino del infierno — señaló Agüero.

Fernández trató de engullir la información. La muerte de Horia era una bendición para él. Sin embargo, eso significaba que alguien se los había cargado, a él y al gordo. Y ese alguien, fuera quien fuese, era peligroso. Más que ellos aún.

—¿Creen que tiene algo que ver con lo del banco?

Corominas asintió.

—¿Y cómo lo saben?

Comenzaba a ser consciente de que lo tenía mal.

—Porque es nuestro trabajo. Y porque hemos llegado hasta aquí, ¿no? — remarcó Agüero.

Eso solo significaba una cosa, pensó Fernández: mi vida no vale una mierda.

Un Zeta se llevó a Fernández a comisaría ante la atónita mirada de Arias y la de su rotunda secretaria. Camino de su coche, Agüero trató de indagar qué le pasaba por la mente a su jefe.

—¿A qué ha venido eso?

—No sé a qué te refieres.

—Vamos, Hero. ¿No eres tú el que siempre dices que lo importante es usar el cerebro y no los puños?

—A veces una hostia ahorra tiempo, que es justo lo que no tenemos.

—No te lo crees ni tú.

El subinspector era consciente de que algo bullía dentro de la cabeza de Corominas. Pero era una mala idea atacarlo de frente.

—No me hubiera importado que a este también le hubieran dado pasaporte, y va y le salvamos el pellejo —lamentó buscando su reacción. La provocaba para saber cómo estaban las cosas.

—Ética, Carlos. Ética —recitó Corominas.

—Y una mierda. Justicia platónica, poética, de novelilla barata o lo que quieras. Pero justicia. Como lo de los otros dos.

—Ni la policía ni los jueces están para impartir justicia. Solo estamos aquí para hacer cumplir la ley. Y, como ya sabes, en demasiados casos la ley tiene poco que ver con la justicia. Uno debe acostumbrarse cuanto antes, o este trabajo se te come y te destruye. Además, si se los ha cargado el que organizó el tinglado, no es justicia. Es conveniencia. Eso significa que la vida de Fernández vale lo que el punzón que le raje en la cárcel.

Agüero echó un último vistazo a la recepcionista mientras se ponía sus gafas de sol, ya dentro del coche. Ella le devolvió una sonrisa fría. Seguro que además de con su jefe solo follaba con policías con un mínimo de dos bastones de mando, orlados por dos ramitas de laurel nervadas y pintadas y toda la parafernalia.

—Si lo que nos ha dicho es cierto, y creo que lo es, tenemos un nuevo problema —planteó Corominas.

—Alguien del banco estaba metido —asintió Agüero—. ¿El director?

—El patrón no siempre es el malo, camarada. Esto se complica por momentos.

—¿Dinero? ¿Drogas? ¿Chantaje?

—El único que podía decírnoslo ha volado.

—¿Crees que se lo han cargado?

—¿Tú no? La pregunta es la de siempre: ¿quién? Tenemos a otro jugador en la partida.

Ambos permanecieron un buen rato en silencio. Agüero esperaba el momento para colarse por una ventana trasera de Corominas.

—¿Me lo vas a contar o no?

—Anoche eché el mejor polvo que recuerdo en años. Pero tuvo que aparecer mi padre para fastidiarlo todo.

—¡No jodas! ¿Os pilló?

—Él no, su fantasma.

—No lo cojo.

—Se muere. Mi padre se muere, Carlos. Cáncer.

—Lo siento —balbuceó Agüero. Gracias a Dios, existen tópicos para cuando no sabes qué decir.

—Mi problema es que yo también. Y no sé por qué.

—Porque es tu padre.

—No basta con joder con tu madre para que alguien sea tu padre —puntualizó Corominas.

Agüero trataba de adivinar las cosas, pero aquello era una maraña.

—Te guste o no, lo normal es que a uno le afecte cuando se entera de algo así, supongo. ¿Has hablado con él?

El inspector negó con la cabeza.

—Igual, si no lo haces, luego te pesa.

—Lo que sé es que, si lo hago, sí que me pesará —replicó Corominas.

Cuando llegaron a la comisaría, una nueva cola de futuros veraneantes inquietos salía por la puerta y daba la vuelta a la esquina. Agüero soltó a

Corominas y se fue a aparcar. El inspector entró sorteando a la gente como pudo. Esta vez, el policía de la puerta escondió el «Marca» nada más verle subir los escalones. Corominas le reconoció el esfuerzo con un gesto.

Al entrar en las dependencias, buscó a Vázquez: allí estaba, contando alguna batallita a varios uniformados en prácticas que aún ni se afeitaban. La que le interesaba, a buen seguro, era una agente que llevaba una trenza que le llegaba hasta el culo. Corominas se acercó al grupo en silencio.

El subinspector estaba a medio relato.

—Va el muy cabrón y me dice: si adivinas dónde está, me trincas. Si no, me largo y santas pascuas. ¿Estamos? Y yo pienso: ¿me va a torear el gilipollas este? Por mis cojones que aún no han nacido manos tan rápidas que puedan engañarme. Y le digo: de acuerdo, «Manco», que así le llamaban. Manda huevos, como diría el Trillo. El tío comienza a mover las cartas, una, dos, tres, cuatro veces. Se para y me dice: ¿dónde está la reina? Yo le señalo la del centro. Gira la carta y... ¡zas, un siete!

En ese instante, los agentes se percataron de la presencia del inspector. Sin necesidad de girarse, Vázquez espetó:

—Joder, Corominas, que me los asustas.

—Esa historia es más vieja que tú y que yo. Y a estos chavales les importa poco. Ya no quedan *trileros* de verdad en la calle, subinspector. Ni el tocomochó, ni la estampita. Ahora se delinque con ordenadores. Desde casa, con una cervecita y tan tranquilo —señaló—. Necesito hablar contigo.

—Pues nada, chavales. El inspector me reclama.

El grupo se disolvió rápidamente, como si la llegada de Corominas les hubiera conmutado una pena.

—Espero que sea importante, Hero. Porque me has jodido el polvo.

—En la academia ya las advierten contra ti. No tienes ninguna posibilidad —le informó, sarcástico.

—El ingreso de las mujeres en las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado es lo mejor que le ha pasado a la policía en años.

—Estoy de acuerdo —compartió Corominas. Sus motivos eran muy diferentes, por supuesto.

Vázquez era un tipo de su generación, pero no había pasado de subinspector. Seguía atrapado justo un pasito por encima de la escala básica. Su boca era demasiado sucia para la corrección política y sexual del siglo XXI, y sus problemas con la autoridad, mayores que los de Corominas. Sin embargo, era un buen policía. De esos que aún usan el coco y los pies.

Aquel hombre le había enseñado la lección más importante para ser un buen investigador. «En esta profesión, tienes que aprender a mirar a las personas de abajo arriba, y no al revés. Solo así serás capaz de entender su verdadera esencia. Si te crees mejor que los tipos con los que tratamos, jamás llegarás a saber por qué hacen las cosas». Era un filósofo. A su manera.

—Necesito organizar un operativo de vigilancia.

—Tú dirás.

—Quiero que me eches un ojo a los empleados de un banco. Creo que alguno de ellos puede tener las horas contadas.

—¿Es por lo de los rumanos?

—Es por lo de los rumanos —confirmó Corominas.

—¿Y qué tiene que ver lo uno con lo otro?

—Tiene que ver.

—Hombre, pues gracias por la información, inspector.

Agüero entró en la sala y buscó a Corominas. Al verle con Vázquez, su gesto se descoyuntó un tanto. El subinspector no le caía bien, pero sabía que Corominas le respetaba. Eran los dinosaurios de la comisaría. Todos sus compañeros de promoción tenían ya sillones de cuero y aire acondicionado en los despachos, pero ellos, sacaba pecho Vázquez, tenían la dignidad inmaculada como el primer día. «Hay dos cosas que jamás haré en este mundo, chaval —le había espetado en una ocasión—: ni lamer culos, ni follármelos. Los demás, que hagan lo que les salga de los huevos».

—Hombre, Martini —exclamó al verle. A él tampoco le caía bien Agüero. Representaba a esa generación de policías modernos, bien vestidos y que parecían avergonzarse de aparentar lo que eran. Si eres madero, pensaba Vázquez, eres madero. No te avergüenza ni serlo ni parecerlo.

—Le estaba diciendo al subinspector que necesitamos una vigilancia para los empleados del Norte —informó Corominas—. Mientras, tú y yo iremos al banco a hablar con el director. A ver qué pescamos.

Después, se dirigió a Vázquez de nuevo.

—Luego te llamo y te doy los nombres. Y, esta vez, nada de cagarla.

—¿Lo dices por el de la discoteca? No es problema mío si cuando llego el pájaro ha volado —se excusó—. Si es tan importante, la próxima vez átalos más en corto.

—Tienes razón. Pero esta vez, si pasa algo me llamas incluso antes de que pase. No esperes hasta después de haberte tomado el café y el coñac.

Agüero y Corominas entraron en el despacho del inspector.

—Si depende de él, se cargan a la reina de Inglaterra —soltó Agüero, irritado.

—Necesitamos un operativo rápido, y no tenemos tiempo. Además, Vázquez es un buen policía —replicó Corominas—. Aún te saca ventaja en según qué cosas. Es así.

El subinspector acusó el golpe.

—Vázquez es un hijo de la gran puta. Eso es lo que es. Lo único que le interesa del cuerpo es su culo y el de todas las agentes que se pueda tirar, por supuesto.

Corominas sabía que él y Vázquez no congeniaban, pero estaba claro que había algo más.

—Cuando quieras, *quid pro quo*, Carlos.

—¿Qué quieres decir?

Corominas sabía perfectamente que el subinspector lo había pillado. No insistió. Cada uno lleva sus heridas abiertas como quiere. O como puede. Él lo sabía bien.

—Tenemos trabajo —dijo mirando su reloj—. El banco está a punto de cerrar, así que hay que darse prisa.

—Podías habérmelo dicho antes de que aparcara, ¿no?

—Iremos en un Zeta. Quiero saber si alguien se pone nervioso al vernos llegar.

Era una sucursal de barrio con poco trajín. Al entrar, la doble puerta de seguridad pitó con insistencia y Corominas se quedó atrapado en la cabina de cristal. No podía avanzar ni retroceder. Demasiado parecido a López Vázquez, pensó para sus adentros. Sacó su placa y la golpeó contra el vidrio blindado. Al verla, la cajera marcó cuatro dígitos en el teléfono que tenía al lado y la puerta se desbloqueó de inmediato.

Corominas avanzó hasta el mostrador y se plantó frente a ella. Morena, de unos treinta, guapa. Su cabello negro le endurecía el rostro, pero sus ojos, color miel, hacían honor a la dulzura de su tono de voz.

—Disculpe, pero vamos a cerrar.

El inspector se fijó mejor en ella. No sabía si era el pelo, la forma de la cara, anular, o el conjunto perfecto que formaban nariz y boca. O todo ello. Aquella mujer le recordó a Eva Serrano. No era ella, pero se le parecía como un copo de nieve a otro. Tan solo la había visto en una fotografía, pero su cara se le había quedado anclada en la retina.

—Venimos a ver al director.

La mujer sintió un escalofrío. Era como si el hombre que tenía delante fuera capaz de ver sus cavidades más remotas a través de la carne. El temblor le pasó desapercibido a Corominas, ensimismado aún en el parecido. No fijarse en los detalles es siempre el mayor error que uno puede cometer. En esta profesión y en todas.

—Un momento, por favor —dijo mientras descolgaba el teléfono una vez más—. La policía está aquí, señor Aguirre.

A los cinco segundos, Borja Aguirre salió de su despacho. Era un tipo enjuto, casi minúsculo, piernas, manos, pies, torso. Lo que más destacaba en él eran sus cejas. Gruesas, negras, trazaban un enorme puente sobre el azul acuoso de sus ojos y contrastaban con la gran bola calva que era su cabeza. Al estar junto a él, Corominas comprobó que no se trataba de algo natural, sino de una elección estética.

—Borja Aguirre —dijo al tiempo que le tendía la mano.

Su apretón era fuerte para lo poca cosa que era. Tenía cara de pusilánime, de esos que han pasado la infancia sobreprotegidos por una madre castradora. Con un gesto blando de su mano les indicó que le siguieran.

El despacho era casi tan grande como el resto de la sucursal. Un director es un director, al fin y al cabo. Aguirre se parapetó tras su mesa para recordárselo. Era su castillo.

—¿En qué puedo ayudarles?

—Tenemos nueva información sobre el atraco a su sucursal.

—¿Nueva información? ¿Quieren decir que han averiguado quién lo hizo? Corominas corroboró con un gesto de cabeza.

—¿Están detenidos?

—Están muertos.

Los ojos de Aguirre se contrajeron mientras sus pupilas se cerraban como las de un gato.

—Pues asunto solucionado, ¿no?

—No del todo —señaló Corominas, al que aquella frialdad le pilló por sorpresa.

—No le comprendo.

—Tenemos motivos para creer que el atraco era una simple maniobra para encubrir un asesinato.

—¿Asesinato?

—¿Conocía usted a Eva Serrano? La mujer que murió.

—Sé quién era Eva Serrano, inspector. Un cadáver en el suelo de tu banco no se olvida fácilmente. El de su hijo, jamás.

—Al parecer, alguien montó el golpe con la única intención de asesinarles a ella, a su marido y a su hijo.

—Pero eso es... —Aguirre buscaba la palabra adecuada—: absurdo.

—No lo es —le corrigió Corominas—. Es más, es todo lo contrario —puntualizó de inmediato—. Durante todo este tiempo hemos pensado que las muertes de la señora Serrano y de su hijo fueron fruto de la mala suerte. Ahora sabemos que el objetivo eran en realidad ellos.

—Perdone que le sea así de franco, pero todo esto me parece surrealista.

—¿Quién tiene llave de la puerta trasera?

—Todos los empleados. ¿Por qué?

Aguirre parecía perdido. Algo había pasado en su banco y no sabía qué. En sus dominios.

—Verá. Ayer detuvimos a Javier Fernández, el guardia de seguridad asignado a este servicio entonces, y nos contó algo muy interesante. Él inutilizó las cámaras de seguridad, pero no fue él quien dejó la puerta trasera abierta.

—Ya se lo he dicho. Solo los empleados tienen llave de esa puerta. Creo tener una ligera idea de adónde va, inspector, y no me gusta. Le aseguro que ninguno de mis trabajadores está metido en ningún asunto turbio. Hacemos nuestros deberes antes de contratar a alguien. Supongo que imagina por qué. Pondría mi mano en el fuego por todos ellos.

Corominas pensó en qué tanto por ciento de los que usaban aquella frase hecha se abrasaban.

—Quizás le robaron las llaves a algún cajero y los atracadores hicieron una copia. ¿Acaso no se le ha ocurrido pensar en eso? —remató Aguirre.

La mente humana es capaz de encontrar respuestas perfectamente lógicas bajo presión. El tipo tenía razón y Corominas no había pensado en ello. Había improvisado sobre la marcha, y su error de juicio le incordió. Esperaba el rosario: ustedes siempre a lo fácil, qué clase de policía tenemos en este país, no se molestan ni en investigar porque, en el fondo, todo les importa una mierda. Y, finalmente, el remate: funcionarios.

Así que, antes de que pudiera hablar, le enfrentó:

—Si es así, no tienen nada que temer. Pero si no, usted o uno de sus empleados está en peligro. Por no decir que ha formado parte en una conspiración para cometer asesinato.

—¿Qué quiere decir?

—Si alguno de ellos ayudó a ese par de angelitos, es probable que su vida sea corta. Todas las personas relacionadas con el atraco han muerto en menos

de una semana.

La expresión de Aguirre cambió al verse amenazado, amordazado y quién sabe si torturado y asesinado.

—No traigo ninguna orden. Apelo directamente a su generosidad y colaboración. Y también a su buena fe.

—¿Qué necesita?

—El nombre y la dirección de todos. La suya incluida, por supuesto.

Aguirre hizo un gesto de conformidad. Consultó en su ordenador y apretó una tecla. La impresora sobre la mesa soltó finalmente el papel. Se lo pasó a Corominas.

—Por supuesto, me gustaría que esto quedara entre usted y yo. Sé que es un hombre honrado y que no tiene nada que ver en todo este asunto. Pero ya sabe cómo es el mundo de hoy. A veces el enemigo se te ha colado hasta la cocina y ni te has dado cuenta. Además, si estoy equivocado, no hay motivo alguno para que inquiete a nadie con tonterías, ¿no cree?

Le estrechó la mano y salió del despacho. Agüero le siguió. Ya en el coche, el subinspector tiró con bala.

—Con lo de la copia de la llave te ha metido uno por toda la escuadra.

—O él o uno de sus empleados está metido en esto. Reconozco que lo de la llave ha sido una buena salida. Pero él no sabe lo que nosotros sabemos —replicó Corominas.

—¿A qué te refieres?

—Tú mismo lo dijiste: lo de la llave es solo un indicio más. Alguien tuvo que llamar a Eva Serrano para que apareciera por el banco ese día, a esa hora.

—Alguien pudo fingirlo —repuso.

—Y Merkel puede fingir que es Vicente Ferrer. Te aseguro que si pudiéramos revisar su factura de teléfono de hace dos años, el número de este banco estaría en ella.

Juu Ichi

XI

El informe de la autopsia de Horia Stefanescu descansaba sobre su mesa, junto al definitivo de la Científica. En el suelo, pegada a su silla, una bolsa con dos pares de zapatos. Estaba seguro de que Agüero se alegraría de poder recuperar al fin sus mocasines. No confiaba en que el *dossier* fuera a decirle

nada que no supiera ya, pero le echó un vistazo por si acaso. Después llamaría a Vázquez para repasar el operativo de vigilancia a los empleados del banco una vez más.

Muerte por asfixia. Aunque esa era la causa, Stefanescu había pasado antes por un atropello con fracturas abiertas de tibia y peroné, múltiples laceraciones, el hundimiento del esternón y varias costillas a golpes, amén de los daños producidos en varios órganos internos. Y el tiro. El informe era concluyente: tenía restos de tierra dentro de los pulmones. Le habían extraído una bala del pecho; escupida por el mismo revólver usado con su compatriota. Estriado dextrógiro, tal número de estrías, tantos milímetros de paso, campos, macizos... A Corominas siempre le había hecho gracia que los de balística se refirieran a aquello como la personalidad del arma. La única personalidad que tenía un arma era la de quien la empuñaba.

En uno de los anexos que acompañaban a la documentación principal, Torres había señalado con un marcador fluorescente que el contenido del estómago de Stefanescu no se correspondía con los restos de vómito hallados junto al cuerpo. Ni con los de la carretera, que eran del guardia civil. Así que él y sus másteres tenían razón.

El asesino había vomitado junto al cadáver, así que había comparado el ADN con las trazadas dejadas por el homicida en la escena caso de Pavel y coincidían. Una quiniela de 15. Nada que Corominas no supiera ya a estas alturas. Completaba el informe una última diligencia: el asesino calzaba un 42, la media nacional, vaya, y los neumáticos del coche eran Michelin, de serie, de una berlina común.

Dejó los papeles sobre la mesa y llamó a Vázquez. El subinspector entró en el despacho treinta minutos después, el tiempo suficiente para decirle que tenía otras cosas más importantes que hacer en su vida, aunque no las tuviera. Así era él.

—¿Qué se ofrece?

Corominas sacó la hoja impresa con los nombres de los empleados de la sucursal y sus direcciones.

—Aquí están los datos de la gente del banco. Quiero algo discreto. Es posible que nuestro asesino asome la cabeza. También puede ser que no. Te lo digo para que vayáis avisados y luego no me vengas con letanías.

A pesar de lo que sale en las películas, el trabajo policial tiene más horas muertas que vivas. Horas de mirar al vacío en silencio. Muchas horas. Corominas lo sabía, y Vázquez también.

—Vaya, como siempre, ¿no?

—Ese tío se ha cargado ya a dos personas y, que sepamos, lleva un 38. Eso como mínimo.

—Entendido, jefe. Y ahora, ¿me pones al día o te sigues cagando en mí?

—Lo que me extraña es que con ese vocabulario consigas follar algo —le espetó Corominas.

—Antes del sagrado advenimiento de la era de la corrección política, social y lingüística, un buen vocabulario de policía era una virtud inestimable. Un negro era un negro, un maricón un maricón y una puta una puta. Y como está en vías de extinción, pues alguien debe protegerlo. En cuanto a lo de follar, pues cuando uno paga, habla como le sale de los huevos. Gracias a Dios, la jerarquía en los prostíbulos sigue clarita —exclamó Vázquez—. Usted, como hace el amor, a morderse la lengua.

La palabra dinosaurio le encajaba como una malla de *ballet*. Él y Corominas eran los dos policías más veteranos del cuerpo en la ciudad. Habían sobrevivido a Ministros, Secretarios de Estado, Directores Generales, Comisarios Jefe y hasta a un par de comisarios, y seguían en pie. El trabajo, en esencia, seguía siendo el mismo: había buenos, malos, menos malos, menos buenos, peores y una escala de grises casi infinita en medio.

—Hace unos días, alguien se cargó a un rumano en la cocina de su casa. Un pieza. Le dieron pasaporte con el cubo de una fregona. Tres días después, su amigo y compinche aparece medio enterrado en un bosque. Ambos trabajaban en una discoteca regentada por el pájaro que se os escapó el otro día. El tipo en cuestión nos dijo que ese par se encargaron hace dos años de un trabajo en un banco. El asesinato de una mujer, su hijo y su marido. Tres tiros en la cabeza. El marido fue el único que sobrevivió —resumió Corominas—. El guardia de seguridad del banco, que está abajo, se encargó de las cámaras de vigilancia, pero sospechamos que alguien más de la sucursal estaba metido. Ahí es donde entras tú.

—Y pensáis que vuestro hombre irá a por él.

El inspector asintió con la cabeza.

—A mí me suena a venganza —razonó Vázquez.

—El problema es de quién. El marido se salvó, pero está amnésico.

—Y una mierda. Blanco y en botella, leche, Hero.

—Lo hemos comprobado con los médicos.

—¿Has hablado con él?

—No. Teníamos otras prioridades —se excusó Corominas—. Lo de la amnesia es real. La bala le afectó la región de la memoria. Ahora es otro hombre.

—Leche —repitió Vázquez.

Quizás tuviera razón, pensó Corominas. La venganza encajaba. También era posible que Vlasin les hubiera engañado. Estaba harto, esos dos podían relacionarle con el asunto del banco y quería atar cabos antes de quemarse al sol del Caribe. Tenía sentido. Eso podría explicar también por qué todo había estallado en ese momento y no dos años atrás. Lo único que no le cuadraba era lo de ese policía haciendo preguntas.

Repasó mentalmente los datos y solo llegó a una conclusión: seguía igual de perdido que al principio. Eso sí, con dos cadáveres a la espera de repatriación y un rumano desaparecido. Pero algo le decía que Vlasin les había dicho la verdad, y que detrás de todo el asunto había carros y carretas. Alguien había encargado un asesinato. ¿Por qué? Eso ya era otro asunto.

La voz de Vázquez le devolvió a la realidad.

—Habla con el marido. Estas cosas hay que hacerlas cara a cara. Todo puede mentir menos los ojos de un hombre.

Corominas le dio la razón. Vázquez se quedó pensativo unos instantes. Algo rumiaba.

—Claro que —se arrancó—, quizás todo el asunto tenga que ver con otra cosa.

—¿En qué estás pensando?

—Mafia rumana.

—¿Mafia?

—Tienes dos rumanos muertos y uno desaparecido, ¿no? Te sorprendería ver lo que esos angelitos hacen a sus compatriotas. Controlan hasta a los pedigüeños de los *super* y de las iglesias. Tal esquina, tanta pasta. De todos modos, ya sabes cuál es la palabra que más usa un buen investigador...

—Quizás —pronunció Corominas.

—Quizás —confirmó Vázquez.

En ese instante, Agüero entró en el despacho. Al verle instalado sobre la mesa como si fuera a quedarse a vivir, se le revolvió el estómago.

—Subinspector —saludó Vázquez—. Siempre es un placer verle.

—No puedo decir lo mismo.

—¿Se puede saber qué cojones os pasa a vosotros dos? —intervino Corominas.

—Que aquí, el nene, es un blando —metió baza Vázquez—. No me guardarás rencor por aquello, ¿verdad?

Agüero obvió el comentario.

—Ilia Vlasin ha aparecido.

—¿De una pieza?

—De una pieza, sí. Pero ahí acaban las buenas noticias.

Juu ni

XII

Verónica Jiménez caminaba por la acera sin saber que iba a morir. Corominas tenía razón: se parecía a Eva Serrano. Aunque ella no lo supiera. Al menos, no hasta el día en que la vio cara a cara por primera vez en el banco. Samuel la observaba, paciente. No creía que ella le recordara. Una gran ventaja a su favor, porque era quien iba a matarla.

La calle, una de esas avenidas céntricas que las franquicias se habían obstinado en clonar en todas las capitales de provincia, estaba atestada. La mujer dobló una esquina y enfiló por una calle lateral hasta su casa. El crepúsculo comenzaba a mezclar naranjas, rojos y algún morado con el amarillo de las farolas.

Samuel conocía aquella calle a la perfección. La había recreado a boli varias veces, para memorizarla. Cada uno de sus portales. No era la primera vez que la seguía. Esta vez, sin embargo, algo llamó su atención. Aparcado unos metros más allá de la entrada de la finca, descubrió un coche con dos personas dentro. Un hombre y una mujer.

Sabía que había dejado tras de sí un par de migas en forma de cadáveres, pero esperaba haber tenido más tiempo. La policía estaba allí. No les esperaba. Al menos, no tan pronto. Tenía que pensar. Rápido. De momento, aguardaría en la esquina hasta que las sombras fueran más numerosas que las luces. Después, ya decidiría.

El rostro de Pujades acudió de nuevo a su mente. Fragmentos sueltos de conversación, sin fecha concreta ni hora.

—Le he llamado porque tengo algo para usted —dijo pasándole una carpeta. Su rostro era de preocupación.

Samuel la abrió. Dentro había varias fotografías de dos hombres, de esas muy granuladas, hechas con *zoom*. Robadas.

—Esos dos hombres son los angelitos que atracaron el banco y asesinaron a su mujer y a su hijo. Se llaman Pavel Ilianescu y Horia Stefanescu. Pavel es el gordo. El chulo putas es Stefanescu. Un antiguo colega me ha pasado sus fichas policiales. Tienen una carrera más larga que la de Raphael. Debo

advertirle dos cosas. La primera es que nada de lo que averigüe podrá usarlo usted en un tribunal. La segunda, otro consejo gratis que le doy, es que si su intención es acabar con ese par, mejor que se encomiende a la virgen, a todos los santos y a la curia vaticana al completo.

Samuel seguía con la mirada fija en los rostros de aquellos hombres. Trataba de recordar algo que sabía que no lograría recordar. Para él eran solo dos desconocidos.

—¿Me ha oído usted, señor Álvarez? —le espabiló Pujades—. Para acabar con esos dos tendrá que comprarse un cañón. Estos cabrones de la Europa del Este se crían en barrios donde la única manera de llegar a los quince es callar mucho y obedecer más. Si eso incluye mandar a alguien al otro barrio, pues lo facturan en primera y punto. ¿Me entiende?

Esta vez Samuel asintió. El rostro de Pujades seguía sombrío. Notó que el detective estaba nervioso e incómodo, lejos de la seguridad que había mostrado la primera vez que había ido a verle. Podría dejarlo así, pensó Pujades. Todos saldríamos ganando. Mi culo y el suyo seguro.

—Hay algo que no me cuenta —reclamó Samuel.

—Nada es lo que parece. Nunca. La primera vez que nos vimos le dije que generalmente es mejor no saber. Ahora se lo vuelvo a preguntar. ¿Está usted seguro de que quiere conocer toda la verdad?

—No tengo nada que perder, señor Pujades. ¿O es que no lo sabe usted ya?

—Es sobre su mujer, señor Álvarez —pronunció el detective, taciturno.

Mientras Samuel esperaba su oportunidad, Corominas y Agüero llegaron a la escena. Un descampado lleno de escombros; las vistas de la ciudad, sin embargo, eran magníficas. Igual que la puesta de sol, libre de obstáculos allí arriba.

—¿Habías visto algo así?

—Solo en libros. Pero en un viejo dibujo a tinta no es lo mismo —respondió Corominas.

El cuerpo desnudo de Ilia Vlasin estaba suspendido a medio metro del suelo. Alguien le había empalado cuidadosamente. Con mimo, aunque fuera para reventarle por dentro. El tronco le entraba por el culo y le salía por la parte superior de la espalda, justo tras la clavícula, entre el trapecio y el deltoides. Su verdugo era un experto, lo que sugería que no era su primera vez. Y no había actuado solo: eran necesarias más de dos personas para colgar la generosa anatomía del rumano de aquel modo. Eso sugería algo más, pensó Corominas: el responsable no era el mismo asesino al que buscaban.

Escucharon un silbido prolongado a su espalda:

—¿Sabéis lo difícil que es empalar a alguien? Solo espero que el pobre desgraciado ya estuviera muerto —exclamó Martínez.

—A juzgar por el agujero en la frente, diría que sí —informó Corominas.

El forense hizo un rápido examen ocular. El balazo era certero. La parte de atrás del cráneo estaba reventada por la salida del proyectil. Pero no había ni restos de sangre, ni materia gris, ni huesos de cráneo por ningún lado. Se lo habían cargado en otra parte y lo habían colocado allí.

—Tuvo suerte —confirmó el forense—. Os aseguro que el que ha hecho esto es un manitas. Veréis, primero hay que preparar el palo y engrasarlo bien. Después, se lo metes por el recto poco a poco, evitando reventar ningún órgano vital. Y ahí dentro hay una multitud de trampas mortales. Aunque estando ya muerto, puedes no ser tan fino, por supuesto.

Agüero y Corominas habían dejado de escucharle hacía rato. En ese mismo instante, llegó la jueza. La habían llamado para el levantamiento de un cadáver, pero se encontró con la mismísima pasión de Cristo. Toda la fuerza que traía al llegar se le esfumó en un suspiro.

Cuando Corominas y Martínez pensaron que se vendría abajo, logró sobreponerse. Aunque se hayan visto cien muertos, nunca se está preparado para algo así.

—Cada día son más jóvenes —comentó Martínez. Su tono traslucía un profundo malestar; también a él comenzaban a apretarle por debajo—. Un día de estos nos mandarán a un niño de teta a levantar un fiambre.

—La juventud es el futuro —sentenció Corominas.

—Y la experiencia a tomar por el culo, con una pensión de mierda.

Agüero se unió al grupo. El olor era insoportable. Diversos fluidos habían resbalado por el tronco hasta formar un pequeño charco espumoso en el suelo.

—¡Qué coño es esa peste! —exclamó tapándose la boca y la nariz con la mano.

—La isla de descomposición cadavérica —informó Martínez.

El subinspector aguantó la arcada como pudo.

—Pues no preguntes —replicó el forense al ver su espasmo.

El cuerpo tenía el abdomen inflado y abombado por la acumulación de gases, y la piel había comenzado a rajarse y desprenderse en algunas partes.

—Lleva de dos a tres días muerto. El calor se ha cebado con el cuerpo.

Agüero se repuso como pudo.

—Nadie sabe nada, nadie ha visto nada.

—¿Sabemos quién avisó, al menos?

—Llamada anónima.

—Un buen ciudadano —ironizó Corominas—. A quien mató a este no le importaba que le encontráramos. Diría que es un aviso para navegantes.

—¿Y nadie ha visto nada hasta hoy?

—No creo que pase mucha gente por aquí a diario. Y, los que pasan, es probable que prefieran callar.

Ajeno a la muerte que tenía detrás, el inspector contempló la urbe a lo lejos. Bullía de vida, ignorante del ritual macabro que se había practicado en aquel Gólgota.

A veces uno encuentra momentos de paz en el sitio más insospechado. Y Corominas encontró cierta paz allí, contemplando el ocaso expandirse en el horizonte, mientras su padre porfiaba por colarse de nuevo en su cabeza.

Agüero se acercó. Ambos contemplaron la belleza de las vistas como si ese recuerdo fuera capaz de sustituir en su cerebro el cuerpo colgado de Vlasin.

—Esto no lo ha hecho el marido.

—¿El amnésico? Creía que le habíamos descartado —se sorprendió.

—Quizá Vázquez tenga razón y haya decidido vengarse. Eso encajaría con las muertes de Pavel y Horia. Sería nuestro asesino número uno. Pero esto es algo distinto.

—Así que, visto lo visto, tenemos a más de un asesino suelto.

—Eso parece.

Juu San

XIII

La gran profusión de luz de las avenidas condena a la oscuridad a las calles más pequeñas, en las que se cruzan las navajas. Desde una esquina negra, Samuel observaba a los dos policías dentro de su coche. Un hombre y una mujer. No se habían movido de allí en todo el rato. No le quedaba mucho tiempo.

En ese instante, una anciana dobló la calle. Iba encorvada por el peso de varias bolsas. Era su oportunidad. La policía había encontrado ya el cuerpo de Stefanescu, así que el tipo con el que se había cruzado en la carretera un par de días atrás habría hablado con ellos. Eso significaba que tendrían una

descripción. Samuel se arrancó el apósito que cubría su nariz. De lejos, nadie se percataría del cardenal que aún empapaba su rostro.

Se arregló la ropa, palpó unas llaves en su bolsillo y salió al encuentro de la anciana. Caminó hacia ella con paso firme. Sabía que una duda, un mal gesto, le condenarían.

En cuanto se internó en su campo de visión, los dos ocupantes del vehículo le escrutaron. Así que Samuel levantó la mano y sonrió. Silva y Chamorro se quedaron perplejos. Silva, que iba de copiloto, giró la cabeza y descubrió a la anciana.

—Saluda a la mujer mayor.

Chamorro echó un ojo por el retrovisor interior del coche.

—Joder, más doblada y podría trabajar en el circo.

—No seas gilipollas. Deberías salir a ayudarla —replicó su compañera.

—Nuestras órdenes son vigilar. Y yo me tomo en serio las órdenes. Además, el tío ese parece que la conoce. Será un vecino.

—Un caballero, no como otros.

—¿No predicáis la igualdad? Pues toma igualdad. Además, hace un calor de narices, como para andar cargando como un burro.

—Eso díselo a ella.

Si todo iba bien, calculó Samuel, se juntarían frente al portal. Metió la mano en su bolsillo, sacó sus llaves y acompasó su paso.

—Buenas noches. Permítame que la ayude. Pero tendrá que abrir usted —articuló con el tono más de fiar que pudo componer.

La suspicacia que no albergaba la policía la había acaparado la anciana con los años.

—¿Vive usted aquí?

—Acabo de mudarme —salió al paso Samuel—. Cuarto A. Verónica Jiménez. ¿La conoce? Por fin me he decidido. Hoy será nuestra primera noche juntos y estoy un poco nervioso.

La mujer le miró a los ojos y no vio odio en ellos; a pesar de la negrura que los envolvía. Samuel alargó las manos y agarró las bolsas de la compra, en tanto la anciana trataba afanosamente de encontrar sus llaves.

—Hágala usted feliz, que la pobre bastante tiene con lo que tiene.

Samuel no tenía ni la menor idea de a qué se refería, pero la mujer era su salvoconducto.

—Lo haré —acertó a decir.

Silva y Chamorro continuaban en el interior del coche. Trataban de combatir el calor con lo que podían.

—Me juego lo que quieras a que nos ha tocado noche en blanco — protestó Silva.

—¿Lo que quiera?

—¿Los tíos estáis programados así desde que nacéis o qué?

—ADN de la sabana africana. Un escorpión siempre será un escorpión, y una rana, pues una rana. ¿Conoces esa historia? Pues ya sabes que no es culpa nuestra —se justificó su compañero.

Samuel subió en el ascensor junto a la mujer. Su mente pensaba rápido. Si se baja antes, ningún problema. Si no, tendría que subir hasta su piso con la excusa de llevarle las bolsas hasta la puerta. No le preocupaba que pudiera reconocerle después. Lo único importante era que no le fastidiara antes. Sabía que no habría después.

La mujer pulsó el tercero y las puertas se cerraron con estrépito. El ascensor ascendió con lentitud hasta su destino. Samuel decidió acompañarla finalmente hasta su casa. Subiría el piso que le separaba de su objetivo a pie: quería asegurarse de que todo estaba tranquilo y nadie le interrumpiría.

Mientras conquistaba un peldaño tras otro, observó sus manos. Temblaban. No lo habían hecho con Ilianescu. Tampoco con Horia.

Un nuevo retazo de su tercera conversación con Pujades acudió de pronto a su mente:

—¿Una mujer?

—Las mujeres pueden ser tan hijas de puta como los hombres. Yo diría que hasta más, se lo aseguro —contestó el detective—. Es como si tener coño les asegurase una cantidad extra de mala hostia.

Samuel lo pensó mejor. ¿Qué diferencia había entre quitarle la vida a un hombre o a una mujer?

—No olvide que es tan culpable como el que apretó el gatillo. El gordo, el otro, el dueño de la discoteca, la mujer... Todos son piezas del mismo mecanismo.

El detective tenía razón. Sin embargo, no podía evitar que sus manos tiritaran. Una vez en el rellano, esperó a que la luz de la escalera se apagara. Se acercó a la puerta, llamó al timbre y, tras unos instantes eternos, escuchó el sonido de la mirilla acompañado de una voz.

—¿Quién es?

Como Alí Babá, conocía perfectamente la contraseña que abría la puerta.

—Me manda el señor Monteanu. Quiere verla ahora —pronunció seco y autoritario.

Verónica Jiménez descorrió el cerrojo y comenzó a abrir. Samuel aprovechó el movimiento para cargar con todas sus fuerzas. La puerta golpeó la cara de la mujer y la dejó sentada en el suelo. Estaba aturdida. Un hilo de sangre le caía por la mejilla. Le había abierto la ceja. Por un instante, se vio a sí mismo en el suelo de la cocina de Pavel.

Antes de que Verónica Jiménez supiera qué estaba pasando, la levantó y la arrastró por el pelo pasillo abajo, camino del dormitorio. Pataleaba con todas sus fuerzas. Sabe que su vida se le escapa a cada paso, pensó Samuel. No se sentía culpable.

Al llegar a la habitación, la tiró sobre la cama y le dio un puñetazo en la cara. Recto y seco. Verónica Jiménez perdió el conocimiento. Samuel cogió una de las almohadas y la apretó con fuerza contra su cara. Durante más de un minuto. La pobre ni se movió. Al retirarla, posó su oreja sobre su corazón y se turbó ligeramente al rozar la curva de uno de sus pechos. Su piel todavía estaba caliente bajo la blusa de dormir, pero su corazón se había parado ya.

Samuel permaneció unos instantes junto al cadáver. No había sentido nada distinto. Solo había sido más fácil. Entonces, escuchó el ruido y vio la luz colarse por debajo de la puerta. Había alguien más en la casa, y se acercaba por el pasillo. La sorpresa se convirtió en miedo. Buscó en su bolsillo y encontró el revólver. Rápidamente, cogió la almohada con la que había ahogado a la mujer y envolvió la pistola. No recordaba cuándo ni en cuál, pero lo había visto en una película.

El pomo de la puerta comenzó a girar lentamente, y, sin pensárselo, disparó. En la madera apareció un pequeño agujero a media altura, que proyectó un solitario rayo de luz dentro del dormitorio. Samuel escuchó el cuerpo caer. Había matado a tres personas sin pestañear, pero no estaba preparado para lo que se encontró al otro lado.

En el suelo del pasillo yacía el cuerpo de un niño. El tiro le había entrado por la garganta y un charco de sangre crecía en el suelo, justo bajo su nuca. El chaval, de unos siete años, tenía los ojos bien abiertos y su cuerpo trataba de respirar. Samuel se arrodilló junto a él para acompañarle. Le cogió una mano y le posó la otra en la frente. Su rostro estaba tan pálido como el de la criatura.

Una lágrima resbaló entonces por su mejilla. Y pensó: «¡Pujades, maldito seas!».

Juu shi

XIV

Corominas llegó a casa pasadas las dos. Sentía el olor de Vlasin pegado a su ropa y a la piel, y seguía teniendo la imagen de su padre cosida a la cabeza.

Había parado en un establecimiento de esos de 24 horas para tomar algo que le asentara el estómago antes de volver. Cobijado tras una pequeña mesa, sintió que todo el mundo le miraba, como si su ropa desprendiera un olor que no solo pudiera percibirse con el olfato, sino también con una simple mirada.

Leer el periódico solo le ayudó a trasladar su cabreo de un foco a otro. Las empresas anunciaban despidos, y los bancos, crisis e indemnizaciones millonarias a sus altos directivos. Dinero que ahorraban los de abajo, con sangre, para que los de arriba no perdieran su tren de vida mientras exigían control del gasto a todo el mundo. Como si ellos no fueran también los demás. Las cosas no han cambiado nada con los años, pensó. Ni con los siglos. Siempre ha habido arriba y abajo. Como en la naturaleza: depredadores y víctimas.

Eso lo había aprendido de su padre. Siempre ha habido reyes, dictadores, tiranos, césares y caudillos, todos más o menos iluminados. Incluso la democracia tiene sus próceres. Corominas estaba de acuerdo en considerarla, como decían algunos, el sistema menos malo. Es más, sería casi perfecto si no fuera porque la gente siente que, tras esa conquista, no debe aspirar a nada mejor. «La democracia genera un pueblo vago, acomodado y conformista — desgranaba el artículo de opinión que tenía frente a las narices—. Un sistema ideal para que los de arriba controlen a los de abajo en su propio nombre. Por su propio bien. Un despotismo ilustrado, parlamentario, eso sí. No basta con votar. Hay que participar. Todos los días. El mayor logro de la democracia ha sido el de generar la sensación de que la gente decide, aunque apenas lo haga realmente. Hasta llegar al punto que todo político sueña: que el pueblo crea que todo funciona más o menos bien y que no merece la pena cambiarlo».

Cerró el periódico y pagó el zumo. Había dejado el coche un par de calles más abajo. Cuando torció a la izquierda, dio con una sombra embozada bajo una capucha puntiaguda, espray en mano. El muro lateral de una casa hacía las veces de lienzo.

Se detuvo y le observó.

—¿Qué miras? —dijo la sombra al percatarse de su presencia. Su timbre de voz aún luchaba por desprenderse de los últimos rescoldos de la niñez.

—Que tus cosas están sobre mi coche.

El chaval, que tendría la edad de su hijo, torció el cuello y se fijó en el puñado de latas que había dejado sobre el capó del vehículo. Valoró la situación e hizo el gesto de dejar el espray que sostenía en las manos, pero Corominas le detuvo.

—Primero, termina.

Sus miradas se sostuvieron por unos instantes. No era un desafío. Simplemente, sentían curiosidad la una por la otra.

—Cuanto antes acabes, antes podré irme a casa —le apremió Corominas.

—Las quito en un segundo, no me cuesta nada —respondió el chaval, ya sin atisbo de chulería. No acababa de comprender qué pretendía el tipo que tenía enfrente.

—Antes quiero saber qué tienes que decir.

—No me jodas con que eres uno de esos tíos raros, porque no quiero malos rollos, ¿vale? Perdona lo del coche. Cojo mis cosas y me abro.

Corominas metió la mano dentro de su chaqueta y sacó su placa. La primera reacción del *graffitero* fue la de echar a correr, pero el brazo del inspector le agarró raudo por la manga de la sudadera. Parecía asustado.

—Tranquilo, no tengo la más mínima intención de detenerte —le informó con voz calma—. Termina.

Entonces, reparó en una pequeña cartulina garabateada junto al resto de latas.

—Una sugerencia: si quitas la palabra «puto», quedará más poético. La belleza de un mensaje es tan importante como su contenido.

Al cabo de quince minutos, la pared lucía su nuevo grito. El chaval se retiró unos pasos y se situó a la altura de Corominas, hombro con hombro.

—¿Qué te parece?

—Que es una pena que alguien del Ayuntamiento venga mañana o pasado a cubrirlo, en aras de la corrección política.

—Entonces, lo pintaré otra vez. Hasta que alguno de los dos nos cansemos —dijo el chaval mientras encogía los hombros—. Solo falta una cosa.

El inspector desvió sus ojos hacia el rostro orgulloso del chico.

—¿Cómo te llamas?

—Herodoto.

—¿Estás de coña?

—No, no estoy de coña —confirmó Corominas.

—Qué putada, macho. El nombre que nos ponen nuestros viejos debería ser provisional hasta que decidiéramos por nosotros mismos. Es algo muy

personal.

—¿Y tú, cómo te llamas? —preguntó Corominas.

—Pin.

El chico cambió de espray, se acercó al *grafiti* y firmó su obra. Inmediatamente después, dibujó un guión rápido y rubricó una hache mayúscula al lado.

—Listo —exclamó mientras recogía sus bártulos y los metía en su mochila. Se la cargó al hombro, se puso la capucha y desapareció calle abajo. Corominas echó un último vistazo a la pintada. «La casa de un hombre es su castillo. Dejad de sitiarnos». Reconoció la máxima de Thomas Coke y pensó que el añadido le quedaba perfecto. A su mente acudió otra frase de Lope de Vega: «En su casa, hasta los pobres son reyes». Así que se subió al coche y puso rumbo a sus dominios. Le apetecía sentir el calor de su mujer después de un día de miserias. Saber que al menos allí, entre sus brazos, todo marchaba bien.

Cuando Laura se acercó para besarle, la disuadió con un gesto.

—¿Habéis estado revolviendo en la basura de alguien o qué?

—Mejor que no lo sepas. Aunque estoy seguro de que, tarde o temprano, algún cabrón publicará una foto en primera página.

Entró en el baño y se desnudó.

—Trae una bolsa de basura.

Laura fue a la cocina y regresó con ella. Corominas metió toda la ropa dentro y la cerró con dos nudos. Su mujer le miraba con preocupación, pero no dijo nada. Conocía a su marido y sabía que, si él no quería hablar, era inútil preguntar. Además, tampoco estaba muy segura de querer saber.

—Esto apesta. Voy a bajarla.

Corominas se metió en la ducha y dejó que el agua caliente lloviera sobre su pelo. Tras un largo rato, comenzó a frotarse con fuerza con la esponja para eliminar cualquier residuo de muerte que pudiera quedar en su piel. La había traído a casa y se tenía que ir por el maldito desagüe. Sabía que lo otro, lo que uno lleva por dentro, no desaparece con una simple ducha.

Al salir del baño, su mujer leía sobre la cama. Corominas fue consciente entonces del largo rato que había pasado bajo el aguacero. Había tenido tiempo de ponerse algo, bajar la bolsa de basura, volver a subir, cambiarse y meterse en la cama otra vez.

—¿Estás bien?

Se tumbó junto a ella. Ni siquiera la había oído. Los ojos de su mujer le observaron sin que se diera cuenta, mientras de nuevo permanecía con la

mirada perdida en el techo, su rincón favorito en los últimos días.

—La mente humana es curiosa —comentó finalmente—. Estaba allí, de pie, con un cadáver a mi espalda, y solo pensaba en mi padre.

—No es tan extraño.

—Supongo que no. ¿Has vuelto a hablar con él?

—No es mi llamada la que espera, Hero.

Corominas era consciente. Aguantas la imagen de un tío empalado sin pestañear, pero te acojona llamar a tu propio padre, pensó. Lo que más le molestaba era que el gran hombre había usado a su mujer. Él lo sabía, su mujer lo sabía y su padre también. No había tenido valor para llamarle directamente y había movido ficha para que fuera él quien lo hiciera. El gran hombre era un cobarde y tenía miedo. El mismo miedo que él. Eran dos astillas salidas del mismo tronco.

Lo que a Corominas le aterraba en realidad era poder llegar a parecerse tanto a su padre.

—Ambos sabemos que lo harás —afirmó Laura, sacándole de sus pensamientos—. Y no puedes retrasarlo mucho. Cerrar una herida lleva tiempo, y eso es precisamente lo que no tenéis en este momento.

Juu Go

XV

Alberto Pujades ni se lo olió. Cuando abrió los ojos en la cama, ya los tenía encima. Ni sus puños ni sus reflejos eran la mitad de lo que habían sido, pero ni siquiera entonces hubiera podido hacer gran cosa. Habían entrado en su piso, se habían colado hasta su dormitorio y él solo tuvo tiempo de despegar los párpados. Mihai y otro matón de igual estampa le levantaron de la cama como si fuera un saco de huesos. «Pillado en camiseta y calzoncillos. Menudo detective», pensó.

En el dormitorio, casi una celda, había una tercera sombra que observaba las evoluciones de sus dos hombres. Le llevaron en volandas hasta el salón. En medio había una silla solitaria que alguien se había molestado en trasladar desde la cocina. Y allí le dejaron caer. «Hasta se podían haber hecho un bocadillo y ni me habría dado cuenta», seguía rumiando el detective.

El hombre al mando encendió la luz. Era la mano derecha del diablo.

—Buenas noches, señor Pujades —saludó Grigory.

El detective trataba de hacerse aún a la claridad y a la situación. Ni siquiera le habían atado. Simplemente, estaba sentado frente a un tipo de pelo engominado y coleta. Sabía perfectamente quién era.

—Creo que ha estado usted haciendo preguntas sobre nosotros. Pues bien, aquí me tiene.

El detective esbozó media sonrisa.

—¿Quiere usted fichar como confidente? Podemos llegar a un acuerdo.

El rumano dejó escapar una carcajada. Fue sincera.

—He conocido a muchos hombres como tú y como tu jefe, ¿sabes? Sois todos iguales —terció Pujades—. Chulos de barrio con trajes caros. Pero chorizos al fin y al cabo. Das una patada y salen cien. Te cargas a uno y ya hay diez preparados para ocupar la plaza. Sois como funcionarios, coño. Una puta plaga.

—Quizás haya usted conocido a alguien como yo, pero dudo mucho que se haya cruzado nunca con alguien como el señor Monteanu —respondió Grigory, frío como un témpano. Tanto que Pujades dudó si le salía vaho de la boca o era imaginación suya.

—Ya te lo he dicho: tú y él, y él y el otro, todos sois igualitos. ¿Sabes cómo se os llamaba antes? Quinquis. Eso es: gitanos, *gitos*, vaquillas, toretes... Te aseguro que he visto a muchos desfilar por los calabozos y mearse como nenas a lo largo de mi vida. Algunos llaman a su madre.

El miedo secaba la boca de Pujades a cada palabra, pero estaba dispuesto a no perder la dignidad. Porque Alberto Pujades era perfectamente consciente de que venían muy mal dadas. Grigory sabía que estaba asistiendo al último combate de un hombre. Había visto a muchos tipos como aquel sentados en otras tantas sillas. Cada uno afrontaba el destino de un modo distinto. La mayoría se derrumbaba, lloraba y suplicaba. Otros se negaban a aceptar la realidad, incrédulos. Y algunos, muy pocos, se mantenían intactos. Quizás aquel era uno de ellos, pensó.

—Es usted un hombre extraño.

—¿Extraño? ¿Qué coño tengo de extraño? —replicó molesto el detective—. Como, bebo, cago y follo cuando puedo, como todo hijo de vecino.

—Me refiero a que, a pesar de su experiencia, ha decidido jugársela por un hombre al que apenas conoce —desgranó Grigory con cierto tono de admiración—. Verá, la mayoría de la gente no hace ese tipo de cosas; tan solo se preocupa por sus asuntos, y, si mucho me apura, por los de algún otro.

—No te equivoques. Existe una relación sagrada en este mundo. Quizás la única verdaderamente santificada que queda ya: el dinero. Seguro que de eso

sí entendéis tú y tu jefe.

Grigory sabía todo lo que tenía que saber sobre el hombre que tenía delante salvo una cosa. Trataba de comprender por qué un tipo listo como aquel había decidido no retirarse a tiempo. Y sabía que no era por dinero. También era posible que, al fin y al cabo, no fuera tan listo. El propio Pujades hubiera convenido en ello.

—El dinero solo sirve para conseguir cosas, pero, a partir de determinado punto, deja de tener valor. Es entonces cuando un hombre toma las decisiones importantes de verdad.

—Veo que subestimas su poder —ironizó el detective.

—El dinero no sirve de nada si sabes que no lo vas a disfrutar. Y ambos sabemos que usted no lo hará. Aunque no le negaré que siento una lejana tentación de dejarle con vida. Pero se me pasará, no tema. Creo que, en el fondo, usted se siente en deuda por algo y quiere pagar su pecado. Es cosa suya.

—Tengo muchos pecados que purgar. A estas alturas de la película, demasiados ya.

—Creo que sabe perfectamente a qué me refiero. Usted se ha informado sobre nosotros, y nosotros, por supuesto, sobre usted. Es nuestro trabajo. Tanto el suyo como el mío.

Pujades comenzó a sentirse incómodo. Tenía miedo al dolor físico, como todos, pero le daba pánico que alguien hurgara en su alma.

—¿Sabes una cosa, rumano de mierda? Me estoy cansando de tanta gilipollez. ¿Vas a partirme la cara de una vez o prefieres seguir charlando?

Grigory comprendió que su estocada había sido certera. Había aprendido a disfrutar de la tortura física, pero lo que mayor placer le proporcionaba era golpear los puntos más oscuros del alma de las personas, donde las heridas pasadas nunca han cicatrizado del todo y la costra sigue siendo blanda.

—Tú y tu jefe estáis a punto de ir al infierno. ¿Ya has hecho acto de contrición? —exclamó Pujades en medio de una sonora carcajada.

El rumano sonrió y le cruzó la cara de un puñetazo. El detective ni lo vio venir. Su nariz se partió como un sarmiento seco. El crujido se oyó en toda la habitación.

—Un hombre en busca de venganza y otro en busca de redención. Es entrañable —se mofó—. Dígame: ¿dónde guarda la información que ha conseguido sobre nosotros?

—Mira en el coño de tu madre —respondió Pujades. Después, comenzó a carcajearse de nuevo.

Grigory hizo un gesto a los dos brutos que traía consigo. Ambos salieron de la habitación y se dirigieron al despacho del detective. Desde el salón, Pujades podía escuchar la sinfonía del destrozo. El rumano se acercó de nuevo y le lanzó un golpe corto y seco al costado. Un gancho que le hizo temblar el hígado. El detective se retorció de dolor y todos sus músculos se contrajeron a la vez, como si el eco de aquel puñetazo hubiera recorrido cada rincón de su carne. Su cuerpo trató de hacerse un ovillo.

—Entre usted y yo: todo hombre tiene un límite de tolerancia al dolor, y le aseguro que no es demasiado alto. Cuanto antes me diga dónde está lo que busco, antes dejaré de sentirlo.

El detective le escupió en el zapato. Saliva y sangre. Grigory le golpeó en el otro costado. Sonó el crujido amortiguado de una costilla flotante al hacerse añicos bajo la piel.

—Puedes seguir dándome de hostias todo lo que quieras —farfulló Pujades con el poco aire que le quedaba ya—. Lo que buscas no está aquí.

—Puede que sea cierto. Puede que no —replicó su torturador—. Pero comprenderé que tengo que asegurarme.

—Por supuesto —alcanzó a decir el detective mientras trataba de componer una última sonrisa.

Fueran las últimas palabras que salieron de la boca de Alberto Pujades.

3. *FURI KABUTE*

Corte final.

Juu rok

XVI

El teléfono sonó sin darle tiempo siquiera a alcanzar la silla. Empezaba a ser una molesta casualidad. El rostro de Corominas se puso tenso: nadie llama tan temprano para darte los buenos días o decirte que has ganado un viaje o una multipropiedad en algún rincón del Mediterráneo. Lo mismo que si te llaman de madrugada.

Descolgó dispuesto a escuchar las malas noticias.

—Quizás no sea nada, inspector —dijo la voz al otro lado. Empezamos mal, pensó Corominas—. Verónica Jiménez, nuestra cajera, no ha venido hoy a trabajar. Hemos llamado a su casa, pero no contesta. Tampoco al móvil.

Creyó reconocer el timbre y la cadencia de fraseo de Borja Aguirre, el director del banco. El contexto le confirmó que era él.

—No se preocupe, señor Aguirre. Anoche pusimos vigilancia a todos sus empleados, incluido usted. De todos modos, lo comprobaré. Gracias.

A veces pensaba que tenía un enanito en la boca del estómago, como Edward G. Robinson en *Perdición*, que le avisaba cada vez que algo no iba bien. Sacó su móvil y buscó el número de Agüero en la memoria.

—Madrugas demasiado —contestó el subinspector.

—¿Dónde estás?

—En el Anatómico. Tengo algo que te interesará.

—Me acaba de llamar el director del banco: una de las cajeras no ha ido hoy a trabajar —le informó sin hacerle mucho caso.

El subinspector permaneció callado.

—Eso mismo pienso yo —respondió al silencio de Agüero—. ¿Y tú qué tienes?

—Han encontrado el cuerpo de un tal Pujades en su casa. Sus vecinos avisaron de que se escuchaban gritos y destrozos ayer por la noche.

—¿Alberto Pujades? —exclamó Corominas, visiblemente sorprendido. Y tocado.

—¿Le conoces?

Esta vez fue el inspector quien enmudeció, mientras sus neuronas tendían puentes con el pasado.

—Supongo que eso quiere decir *sí* —conjeturó Agüero.

—¿Asesinado?

—Teniendo en cuenta cómo está, seguro. Alguien se divirtió un buen rato con él. Le torturaron de mala manera, Hero. Seguro que cantó al segundo o tercer hueso roto. El resto fue por gusto. Había sido de los nuestros, aunque supongo que eso ya lo sabes. La casa estaba patas arriba, así que quien le mató buscaba algo que el hombre tenía. Lo que no sabemos es si lo encontró o no. Ni tampoco de qué se trataba.

—Al grano —le apremió Corominas.

—Pujades había trabajado en varias reclamaciones de seguros para una empresa llamada Cofisa. ¿Adivinas quién trabaja allí?

—El marido —aventuró el inspector.

—Premio.

—Quiero que le traigas para hablar. Yo voy a ver qué pasa con la cajera.

—Eso te lo digo yo —respondió Agüero, cortante—. Vázquez la ha jodido otra vez y está muerta.

Corominas colgó. Era un incordio admitir que pensaba lo mismo. Salió de su despacho y buscó a Vázquez con la mirada, pero la zona común estaba vacía de almas. Echó un vistazo a su reloj. Sabía que el subinspector era un animal de costumbres, así que cogió su americana y salió a la calle.

Vázquez estaba acodado en la barra, frente a un sol y sombra. Corominas se sentó a su lado.

—Me acaba de llamar el director del banco para decirme que una de sus empleadas no ha ido esta mañana a trabajar. ¿Sabes algo?

—Coño, Hero —exclamó con sorpresa—. ¿Te tomas algo?

—Verónica Jiménez, Vázquez.

—Un coche vigila a cada uno de los empleados desde anoche y nadie ha informado de nada.

—Pues a menos que esa mujer haya decidido tomarse el día libre sin avisar...

El subinspector sacó su móvil. El timbre sobresaltó a Silva y a Chamorro dentro del coche de vigilancia. Estaban dormidos.

—Diga, subinspector, aquí Chamorro.

—¿Alguna novedad?

—Todo tranquilo.

—¿Ha salido?

—No.

—Joder. ¿Es que hay que decíroslo todo, coño?

Chamorro se quedó perplejo. Silva le miraba sin saber qué tripa se le había roto.

—¿Qué quieres decir? —acertó a balbucear.

—¿Has visto qué hora es, gilipollas? Subid ahora mismo a esa casa cagando hostias. Y, por vuestro bien, espero que esa tía esté de una pieza, ¿estamos?

Vázquez colgó.

—Dicen que no ha salido de casa, y eso solo puede significar dos cosas: o bien está enferma y se ha olvidado de llamar, o está muerta.

Ambos subieron al coche de Corominas. Durante un largo trecho permanecieron en riguroso silencio. Vázquez suponía que el inspector estaba cabreado por lo de la cajera, así que no abrió la boca; pero acertaba solo a medias.

La aparición de Pujades en el caso aclaraba algunas cosas. Samuel Álvarez había contratado los servicios de un detective privado para que averiguara su historia. Era lógico: su mujer y su hijo habían muerto trágicamente y él mismo se había salvado solo porque a Dios le había dado la gana. Yo hubiera hecho lo mismo, pensó Corominas.

Supuso que la primera intención de Samuel Álvarez fue simplemente *saber*. Sin embargo, también conocía por propia experiencia que eso trae casi siempre complicaciones. A veces, simplemente, uno no está preparado. Y también supuso, aunque esto era una especulación muy personal, que el diagnóstico definitivo de su enfermedad había tenido mucho que ver en el camino que había parecido tomar.

—Quien quiera que esté detrás de todo esto se ha cargado a Alberto Pujades —habló finalmente.

—¿Nuestro Alberto Pujades? —prorrumpió Vázquez, sorprendido.

El inspector confirmó con un gesto de resignación.

—¿Y está relacionado?

—Eso parece.

—Joder, Pujades. No había sabido nada de él desde... ¿Y tú?

Corominas negó con la cabeza.

—¿Qué piensas?

—Al parecer había hecho algunos trabajos para la empresa de seguros en la que trabaja el marido de la víctima del banco.

—Blanco y en botella, te lo dije.

—Aun así, tenemos a otro asesino suelto. Lo de Pujades no es obra del marido. Aunque está relacionado. A Pujades lo ha liquidado el mismo tipo que se cargó al empalado. Y ese sí es un profesional.

—El tío debió de contratarle para que averiguara quién dio pasaporte a su mujer y a su hijo. Ya sabes que era bueno haciendo su trabajo. Muy bueno. Escarbó y escarbó hasta dar con lo que no debía, pero esta vez le ha costado el pellejo. Dos veces en una vida: tiene su gracia —se lamentó Vázquez.

Corominas le miró en silencio. Sabía que tras la leve sonrisa que se había dibujado en la cara del subinspector se agolpaba un tsunami de nostalgia.

—Contéstame a una cosa, Hero. Tú tienes mujer y un chaval, y sé que si alguien los liquidara le meterías plomo hasta hundirlo para siempre en el fondo del mar. Eso lo entiendo, porque es lo que uno debe hacer. Lo que no entiendo es que si lo de esa mierda de enfermedad de ese tío es cierto, ¿por qué vengarse?

—¿Cuál es la diferencia?

—La venganza la alimenta el odio. Y el odio necesita más combustible que un avión. Por lo que me has dicho, ese tal Álvarez no recuerda nada. Así que tampoco se acuerda ni de su mujer ni de su hijo, ¿no? No es que yo entienda de estas cosas, pero para odiar así tienes que sentir un vacío tremendo.

—Quizás tengas razón. Pero sí hay algo de lo que entiendes. Y mucho.

Vázquez aguardó a que Corominas rematara la frase.

—El deber es el deber, subinspector. Es una cuestión de honor. Aunque esa palabra cada vez signifique menos.

—El honor es una mortaja. Nada más que eso —replicó Vázquez sombrío—. Simple y llano orgullo, Hero. Al único sitio al que te lleva es a la tumba. Y derechito. Cuando alguien dice eso de que es una cuestión de honor, generalmente son los demás los que palman.

—Tú mismo lo has dicho: si alguien asesinara a mi mujer y a mi hijo...

—Entiendo la venganza. Eso sale de las tripas y del corazón, no de la cabeza. Y tu asesino está usando la cabeza. Fríamente.

—Pensaba que eras más racial.

—No, si racial soy un rato. Lo sabes. Lo único que digo es que vengarte es como un orgasmo. Follas, te corres y se acabó. ¿Y?

Corominas le escrutó. Sabía que estaba en lo cierto. Al parecer, el hombre escondía virtudes que no había sabido apreciar. Eso sí, contadas a su modo.

—Ojo por ojo y el mundo se quedará ciego.

—¿Desde cuándo citas tú a Gandhi?

—Desde que tengo el Canal Historia.

Mientras Corominas y Vázquez llegaban a la casa de Verónica Jiménez, Samuel Álvarez esperaba pacientemente sobre la cama de su piso. Se había puesto su mejor traje y anudado la mejor corbata. En su mente estaba aún tatuada la imagen del hijo de su última víctima, tratando de atrapar la última bocanada.

Por primera vez en la última semana de su vida, le tocó la culpa. Había quitado una vida que no le correspondía cercenar. Ya no tenía arreglo. Los remordimientos no te dejan pensar ni sentir. Solo saber que el final de todo estaba muy cerca hizo que su cabeza se mantuviera alerta.

La imagen de una vieja película acudió a su mente: Burt Lancaster esperando en el catre de una pequeña habitación en blanco y negro que dos hombres vayan a matarle. No recordaba el título. Ni siquiera de qué iba. Tan solo esa imagen. Nítida y persistente. Resultaba extraño que pudiese recordar algunas cosas sin importancia, pero no en cambio lo esencial.

El día en que el médico le confirmó el diagnóstico, le advirtió asimismo de que el proceso no sería matemático. Perdería sus recuerdos en función de cómo los hubiera almacenado en su cerebro. «Su cabeza es como una estantería —había tratado de explicarle—. Cada cual ordena los libros de un modo diferente: por orden alfabético, por género, por temática, por colección... Incluso los hay que lo hacen por tamaños o colores. Dependiendo del orden que tenga en su cabeza, perderá antes unos recuerdos y luego otros».

Lo primero que había olvidado tras el disparo era precisamente lo más importante de su vida: su mujer y su hijo. Así que ese mismo día, el día en el que el médico le dijo que su vida pasada iba a desaparecer para siempre, decidió que no quería una nueva.

Era capaz de recordar hasta el más mínimo detalle de todo desde el momento en que había despertado en el hospital: el número exacto de baldosas del suelo de su habitación, veinticuatro; los plafones del falso techo, catorce; el nombre de cada enfermera, de cada médico que le había atendido, como si la inexorable pérdida del pasado hubiera apuntalado el presente. Se

sentía igual que un ciego al que se le agudizan otros sentidos. Cada vez le quedaban menos recuerdos. Las fotos eran imágenes de desconocidos. Los lugares de su vida, espacios vacíos. Y la historia que le había contado Alberto Pujades, el relato de otro.

Un fuerte crujido le devolvió a la realidad. Su mirada se dirigió hacia la puerta. De pie, en la entrada, había dos hombres. Los mismos dos hombres que habían acabado con la vida de Alberto Pujades a golpes. Pero eso él no lo sabía.

Se levantó de la cama, enmendó una arruga que se había formado en la sábana bajera sin saber por qué lo hacía y fue a su encuentro. Los dos matones le miraron: era la segunda vez que un hombre al que iban a buscar no trataba de huir ni se echaba a llorar o suplicaba y gimoteaba por su vida. Rezaron para que no se convirtiera en una costumbre.

Samuel les saludó con una ligera inclinación de cabeza y se unió a ellos. *Forajidos*. Ese era el título de la película. Él era Burt Lancaster, y ella Ava Gardner. Recordó que le gustaba Ava Gardner. Aunque no sabía por cuánto tiempo. Eso trajo a su mente otro nombre: Ernest Hemingway. Y algo le dijo que le gustaba Hemingway mientras se perdía escaleras abajo, escoltado por aquellos dos desconocidos.

Cuando el subinspector Agüero llegó, apenas una hora después, la puerta estaba entreabierta y la cerradura astillada. La habían saltado de una patada. La empujó suavemente con la punta del pie, el arma en la mano y sin albergar muchas esperanzas de dar con Samuel Álvarez. Pero si te cueles en el piso de un hombre que sospechas que ha matado ya a dos tipos duros y tiene un 38, mejor ir preparado.

El salón estaba vacío. Tan solo había una cama, colocada milimétricamente en el centro. El resto era eco. Ni siquiera una foto de su mujer y de su hijo muertos en alguna esquina. Era probable que el tal Álvarez hubiera estado tumbado sobre aquella cama hasta no hacía mucho, esperando a que su última víctima hubiera ido a buscarle.

Se acercó. No había sábanas, tan solo una bajera y una almohada con la silueta de un último sueño. Recorrió el resto de las habitaciones, igual de vacías. No quedaba ningún mueble. Nada en ninguna de ellas. Era un piso a la espera de una nueva familia, con toda su carga de ilusiones, esperanzas y sueños.

Regresó al salón principal y se dejó caer sobre la cama. Entonces, sintió algo bajo su trasero. Apartó la bajera y encontró un gran sobre marrón. Su

sorpresa fue mayúscula al ver escrito en el frontal el nombre de su superior: «A la atención del inspector Herodoto Corominas».

Lo abrió cuidadosamente. Varias fotos cayeron del interior. Pavel, Stefanescu, Jorge Fernández, Vlasin, Verónica Jiménez y las de un tipo al que no reconoció. Un hombre serio y muy elegante bajándose de un cochazo. Todas estaban hechas a distancia. Eran la obra póstuma de Alberto Pujades. Todos los muertos, pasados y futuros, pensó Agüero, estaban allí.

Junto a las fotos había un informe escrito a máquina. Con una de esas mecánicas de cinta roja y negra. El tal Pujades era de la vieja escuela, como Corominas. Una antigua Olivetti que había visto tirada en el piso del detective. El subinspector comenzó a leer. Cuando terminó, lo sabía casi todo.

En ese instante, la puerta de la casa se abrió. Agüero sacó su automática de la funda a la velocidad del rayo. Su cañón buscó la cabeza. La mujer se sobresaltó. Lentamente, el subinspector bajó el arma. Se incorporó y sacó su placa.

—Soy policía. Ahora que ya lo sabe, ¿me puede decir quién es usted?

Aunque la había devuelto a su funda, la mujer seguía viendo el cañón de la H&K del subinspector prolongarse hasta su frente.

—La vecina —acertó a decir—. He visto la puerta abierta y...

Sus ojos, más serenos ahora, cotillearon el salón.

—¡Está vacío!

La voz de Agüero la sacó de su asombro.

—¿Ha visto hoy al señor Álvarez?

La mujer asintió.

—Hace una hora se marchó con unos señores.

—¿Le dijo algo, adónde iba?

—Solo me fijé en una cosa extraña. Por primera vez en mucho tiempo, sonreía. No sé si significa algo —pensó en voz alta—, pero es así. Desde lo de su mujer y su hijo, jamás le había visto sonreír.

Juu Nana

XVII

Dos coches de la Policía Municipal cerraban el acceso a la calle, en la que un enjambre de curiosos se había concentrado ya, atraídos por la luz de los rotativos y el trajín de extraños. Son un reclamo irresistible para el morbosos,

que se santigua y pone cara de fingido horror cuando los encargados de la funeraria sacan la camilla con el cadáver embolsado. A partes iguales, morbo y celebración de que la desgracia se ha cebado con otros esta vez.

El agente encargado de impedir el paso a cualquier persona ajena al tinglado les dio el alto. El chaval aún tenía restos de acné en las mejillas.

—¿Es que nadie les inculca respeto por los mayores? —espetó Vázquez—. Sales del colegio, apruebas una oposición, te dan un curso de formación básica y ale, a la calle.

Corominas bajó la ventanilla y se identificó. El chico dirigió entonces su mirada hacia el subinspector.

—No me sale de los cojones, ya ves —le soltó bajándose del coche.

Silva y Chamorro aguardaban derrumbados en su Opel Astra. Vázquez llegó hasta ellos. Estaban absolutamente abatidos por lo que habían visto y ninguno hizo por justificarse; la muerte de un niño y de su madre pesaba sobre sus conciencias. Bastante tienen ya con lo que tienen, pensó Vázquez. Lección aprendida de mala manera, como parece que lo aprenden ahora todo los jóvenes: alguien tiene que morir para que tú te enteres, y eso se lleva toda la vida auestas. Él aún cargaba con un par de muertos sobre la espalda, errores de novato que siempre pagan otros.

Corominas le alcanzó y subieron hasta el cuarto piso. La puerta estaba abierta. Los sanitarios estaban arrodillados en el suelo, al final del pasillo, tomándole el pulso al cuerpo para certificar que la vida se había ido de allí. Aunque no les correspondía, que el chaval estaba muerto era algo que se veía a la legua. A su lado, otros dos agentes de la municipal observaban la escena.

Corominas y Vázquez llegaron hasta ellos y tardaron unos segundos en recuperarse de la impresión: el cuerpo que había en el suelo no era el de Verónica Jiménez, sino el de su hijo.

—Buenos días, inspector —le saludó uno de los policías. Corominas le reconoció: era el listillo que había acudido a la primera escena del crimen. El círculo parecía cerrarse.

—¿No han llegado aún los de la Científica?

El agente negó con la cabeza.

—Acabamos de personarnos.

—¿Y la mujer? —inquirió Corominas.

—En la habitación.

Pasó de puntillas junto al cadáver del pequeño, como si temiera despertarle. Reparó en el agujero de bala en su garganta y en el charco de pasta coagulada bajo su cuello. De no ser por él, se diría que el niño dormía.

Su cabeza reposaba plácidamente sobre una almohada, y alguien le había cerrado los ojos. El asesino había sentido culpa, o, sencillamente, no había soportado que el chaval se le quedara mirando fijamente, preguntándole por qué.

Cuando llegó al dormitorio, la sensación de paz desapareció. Verónica Jiménez yacía sobre la cama, la mitad de su rostro empapado de la sangre que había escapado de su ceja partida, y su nariz era un cromo. Aunque estaba inconsciente mientras la ahogaban, su cuerpo había reaccionado tratando de encontrar aire.

Corominas se inclinó hacia su cuello en busca de alguna marca, una ligadura, dedos, pero no encontró nada. Sus ojos repararon entonces en la almohada que había sobre el lecho. Estaba limpia. Siguió inspeccionando la habitación en busca de la posible arma del crimen, hasta que la faz del niño regresó a su mente.

—No toquéis la almohada —gritó a los chicos de la ambulancia.

Solo al girarse descubrió el agujero en la puerta. La cerró despacio y se inclinó a la altura del balazo. Al otro lado vio pasillo y coronillas. Así parecía haber sido: el asesino había asfixiado a la mujer y había disparado a través de la puerta. Ni siquiera había esperado a que se abriera, y, mucho menos aún, habría pensado que quien se acercaba fuera un niño. El disparo era bajo, probablemente con intención de herir; el resto era mala suerte. De haberse tratado de un adulto la bala le habría alcanzado en el estómago, concediéndole una oportunidad.

Dejó a Verónica Jiménez donde estaba y se acercó de nuevo al cuerpo del pequeño. Bajo la nuca vio los restos de tela quemada. El asesino lo había usado como silenciador pensando que un relleno de poliéster o acrílico es capaz de ahogar el grito de un disparo. No era un profesional. Era su asesino número uno: Samuel Álvarez.

—¿Qué honor hay en cargarse a un niño? Dudo que nada en este mundo exija eso. Y si lo hay, es una mierda —soltó Vázquez, que permanecía de pie en una esquina del pasillo.

—No creo que quisiera matarlo. Creo que ni siquiera sabía que estaba en la casa. Disparó a ciegas.

—No quería, pero lo mató. A eso vamos. Cuando alguien decide vengarse, siempre acaba cagándola en algún momento. Y siempre es el más inocente el que paga los platos rotos.

Vázquez se sentía mal aun sabiendo que no era culpa suya. Sin embargo, Silva y Chamorro estaban a sus órdenes: si ellos erraban, él era el

responsable. Y luego estaba lo del niño. Tenía mil recuerdos de muertos en su cabeza, muchos sin cara ya, pero los niños se te quedan ahí, incordiando.

—¿Sabes qué te digo? —estalló finalmente—: que me cago en Dios, eso te digo. ¿Cómo puede permitir algo así?

—Solo tienes tres opciones, subinspector. Si Dios existe, o está plácidamente sentado en su trono observando el espectáculo, lo que significa que no sirve para nada, o mete baza, lo que supone que es responsable tanto de lo bueno como de lo malo. La tercera posibilidad es, simplemente, que no exista. Tú eliges.

—No me jodas, Hero, que no estoy para bailes —replicó Vázquez en tono hosco.

—Los católicos como tú disfrutáis de esa tierna visión de un Dios bondadoso y milagrero que siembra de vez en cuando su gracia entre los hombres, pero que jamás es culpable de ninguna de las miserias que le azotan. De eso únicamente es responsable él solito, en su ejercicio del libre albedrío. Muy conveniente —sentenció Corominas—. Sea lo que sea, esto se acaba. Hasta donde sabemos, Verónica Jiménez era la última implicada en el robo del banco.

—Quedan dos: el marido y quien le dio misericordia al de la discoteca y empezó todo esto el día que ordenó liquidar a su mujer y a su hijo. Lo pongas como lo pongas, dos pájaros de cuidado —señaló Vázquez.

En ese instante, el teléfono de Corominas comenzó a vibrar. No estaba para nada, pero al ver el nombre de Agüero en la pantalla, descolgó.

—El marido se ha esfumado. Su casa estaba completamente vacía, pero ha dejado algo para ti —le informó.

—¿Para mí? —exclamó Corominas, sorprendido.

—Bueno, en realidad es el tal Pujades quien te lo ha dejado. Escondido en la cama había un sobre a tu nombre. Dentro había fotos y un informe detallado.

La comunicación quedó en suspenso durante un instante.

—Hay un último nombre en el informe, Hero. Un tío al que no conozco, pero que parece uno de esos importantes. De los que mandan, vaya. De los que mandan de verdad.

Juu Achi
XVIII

En aquella parte de las afueras, el cielo presumía aún de alguna que otra estrella. Circulaban en un todoterreno negro por las calles desiertas de una urbanización construida para que la gente con dinero se sintiera a salvo de la gente sin él. Samuel miraba por la ventanilla. No le habían vendado los ojos porque todos dentro de aquel vehículo sabían que iba a morir esa misma noche. Lo miraba todo. Los árboles, la carretera, las estrellas, algún que otro coche con el que se cruzaban. Miraba sin ver.

Ya cerca del final, recordó su última conversación con Alberto Pujades.

—Yo solo soy un simple detective privado, señor Álvarez. Pero he visto mucho en mis años de policía, supongo que me entiende. Digamos que he tragado suficiente mierda para llenar dos veces una vida.

Samuel recordaba la cara de Pujades, sus ojos directos, su nariz chafada en más de una pelea, sus labios finos trazados con un lápiz duro.

—Es usted un hombre joven, señor Álvarez. Puede empezar de nuevo.

Lo que le reconcomía era que había sido él quien le había hecho el boca a boca a un muerto, pensaba. Aunque, si le hubieran preguntado, Pujades habría dicho que no, que las cosas no tienen más sentido que el que tienen y que no hay que buscarle tres pies al gato.

—Yo se lo agradezco —contestó Samuel.

Pujades asintió lentamente. Tenía frente a sí a un hombre que no quería vivir. No era la primera vez que lo veía, y sabía que era inútil tratar de convencerle. Lo que pasa es que te sientes culpable, pensó. He sido yo quien he escarbado en la basura de tu vida y he descubierto la verdad que cerraba definitivamente la tapa de tu ataúd. Y el mundo está ya lo suficientemente lleno de hijos de puta como para andar acabando con los pocos buenos que aún no se han extinguido.

Todos tenemos nuestros puntos débiles. El de Pujades era un estómago grande, un morro fino en cuestión de sexo y un bolsillo roto. Si no hubiera sido yo, habría sido otro, se repetía. No se puede hacer nada por un enfermo terminal. En todo caso, darle lo que quiere antes de que sea demasiado tarde. Un acto de caridad.

—La persona que ordenó el asesinato de su mujer, de su hijo y el suyo, señor Álvarez, es un hombre muy peligroso. A ese tipo de gente no se la va a visitar a su casa sin más, ¿me comprende?

—No necesito ir a buscarle. Llegado el momento, él me encontrará a mí.

Lo que realmente preocupaba a Alberto Pujades era que el hombre al que acababa de referirse también le encontrara a él y decidiera cerrarle el chiringuito con carácter inmediato y definitivo. Creía haber cubierto bien sus

huellas, pero algunos hombres son capaces de rastrear tu alma hasta la taza del váter.

—Antes de que se marche, me gustaría preguntarle una última cosa. ¿Por qué ahora que sabe toda la verdad sigue con lo suyo?

Samuel pronunció una única palabra.

—*Giri*.

—¿*Giri*?

—Es un concepto japonés muy antiguo. Significa *Deber*. Verá, yo me crié en Japón. Mi padre era agregado cultural en la embajada de Tokyo; pero eso ya lo sabe.

—Cuando alguien te contrata, investigas lo que te pide, pero también al cliente, por si acaso —asintió el detective.

—El *giri* establece una obligación moral con aquellos que te han dado algo en este mundo. Es una cuestión de armonía. En determinados momentos, uno debe escoger entre lo que quiere hacer y lo que debe, y ambos caminos no suelen coincidir. En el Japón feudal, esa idea regía el código de los samuráis. Era el primero de los siete pilares del Bushido. Todo guerrero debía respetarlo por encima de cualquier deseo personal. «Para un samurái no existen las tonalidades de gris en lo que a honradez y justicia se refiere, tan solo existe lo correcto y lo incorrecto» —recitó de memoria.

—Allí tendrán al samurái de turno, aquí tenemos a Lope, Quevedo y Góngora —replicó Pujades con cierto sarcasmo.

—Se equivoca —le corrigió—. En Occidente el honor está emparentado con el egoísmo, y la venganza es un acto puramente pasional. En cambio, los samuráis eran sirvientes que se debían a su señor en cuerpo y alma, por encima de su ego. Si alguien le asesinaba debían vengarle, pero no por odio, sino porque era lo correcto, lo que debían hacer; sin ninguna consideración acerca de si su muerte había sido merecida o no, ni de si eran dignos o no de esa venganza. No se trataba de algo pasional; por eso eran capaces de ejecutarla a la perfección.

El detective le mantuvo la mirada. Aquel hombre anodino le hablaba de deberes y códigos lejanos, antiguos. Por un momento pensó que estaba loco. Aunque quizás tenía razón; quizás el único modo de que una venganza fuese justa era aquel. Sin egoísmos, sin pasión.

—La primera vez que vino supe que estaba decidido a hacer lo que fuera que quisiera hacer. Sin embargo, cuando averigüé lo de su enfermedad, no supe qué pensar. Se lo repito una vez más: empiece de nuevo. Casi nadie en esta vida tiene esa segunda oportunidad, y usted la va a mandar al garete.

El detective calló durante un instante, en lucha consigo mismo:

—Se lo digo porque yo no la tuve en su momento. Y me hubiera partido la cara por ella.

Samuel le miró sin alcanzar a comprender del todo.

—Solo hay una cosa que sé, señor Pujades: asesinaron a mi mujer y a mi hijo. Todo lo demás lo he ido olvidando a lo largo de estos dos últimos años. Poco a poco, día a día. Y sé que lo poco que aún me queda de quién era Samuel Álvarez, también desaparecerá para siempre. Hoy, mañana, pasado. Estoy demasiado cansado para empezar de nuevo. Soy Nadie.

Ambos hombres se despidieron con un fuerte apretón de manos. Firme y sincero, mirándose a los ojos. En los de Samuel seguía sin haber nada. En los de Pujades, cierto cariño y los recuerdos de un error del pasado.

El coche se detuvo frente a la verja de entrada de una mansión. Mihai pulsó el telefonillo. La puerta se abrió lentamente y las luces que bordeaban el camino que llevaba hasta la casa se iluminaron como si fuera a aterrizar un avión.

La comitiva desfiló por varios pasillos y salones, hasta llegar frente a una gran puerta de doble hoja. Samuel supo que estaba a punto de ver al hombre al que su mujer había amado antes que a él. Con el que había tenido un hijo que él había aceptado como propio y que, al final, había ordenado quitarles la vida a los tres: Bogdan Monteanu.

El diablo estaba sentado tras una gran mesa de escritorio de madera noble y mármol. Tras él, en la pared, un enorme cuadro presidía la estancia. Samuel lo había visto en alguna ocasión. Una foto en algún libro. Pero intuía que estaba frente a uno auténtico.

—¿Le gusta?

Este es el gran hombre, pensó. Tiene una voz bonita. Afinada para engatusar.

—Es Vlad Tercero de Valaquia. Vlad Tepes, el Empalador. Ustedes le conocen como Drácula. Fue un gran rey de mi país. De no ser por él, es muy posible que hoy una buena parte de Europa hablara turco.

Cuando el rumano se incorporó, lo segundo que pensó Samuel es que, a diferencia de él, Bogdan Monteanu era un hombre que llamaba la atención. Era como una serpiente, frío y atractivo. En esta vida hay hombres que, en cuanto los ves, sabes que no te convienen, pero no puedes evitar sentirte atraído por ellos. Ahora entendía por qué ella se había enamorado de él.

—Siéntese, por favor —le indicó Monteanu, señalando una única silla situada frente a su escritorio.

Se sentía seguro. Samuel había sido cacheado a fondo. A un tipo que te quiere matar no le das ni una oportunidad, menos aún cuando sabes que te esperaba pacientemente sentado en la cama de su casa. Bogdan Monteanu lo sabía bien porque a él mismo le habían subestimado en demasiadas ocasiones. «Hay que saber leer en los ojos de un hombre. Te lo cuentan todo», le repetía una y otra vez su padre cuando aún no levantaba un palmo del suelo. A pesar de todo, le habían rebanado el cuello en una riña sin peligro en una tasca de Bucarest.

—Esto es lo que querías, ¿no? Pues aquí estoy —dijo con aplomo—. Has matado a dos hombres, a una mujer y a su hijo, y todo por una puta a la que ni siquiera recuerdas.

El rumano se plantó frente a Samuel y trató de asomarse a su interior. Su boca sonreía, pero sus ojos estaban lejos de hacerlo. Lo único que le inquietaba era no conocer las verdaderas motivaciones de un hombre. Los porqués nos vuelven previsibles. Para un empresario que se dedicaba a sus negocios, esa información era vital. También sabía que cabrear a un hombre le volvía estúpido.

—Yo sí la recuerdo, ¿sabes? Tenía un coño increíble. A pesar de ser una puta, lo tenía muy apretado. No sé cómo lo hacía. Quizás iba a un gimnasio de coños. Pensaba que tú lo sabrías, pero no lo recuerdas, claro. Una auténtica pena.

Samuel ni siquiera le escuchaba. Simplemente, esperaba su oportunidad.

—Comprendo que alguien pueda perder la cabeza por una mujer —continuó Monteanu—. Pero me cuesta entender que alguien lo haga por una zorra como ella.

El rumano giraba a su alrededor como un cuerpo celeste traza su órbita elíptica en torno a una estrella. El paso suave, las manos a la espalda. Grigory permanecía quieto detrás de la mesa. Sabía que a su jefe le gustaba acabar con determinados asuntos personalmente, y sabía que era un maestro cuando lo hacía. Le había visto arrebatarse la vida con el deleite con el que un niño tortura a una hormiga antes de pisarla.

—Esa mujer se atrevió incluso a amenazarme. ¿Te lo puedes creer, Grigory? —soltó dirigiéndose a su guardaespaldas—. Vino aquí y me desafió. ¿Sabes lo que hice? —sus ojos volvían a ser de nuevo para aquel hombre que se había atrevido a plantarle cara—. Le di lo que había venido a buscar de verdad. Lo que, al parecer, su nuevo marido no sabía darle.

Su rostro se pegó al de Samuel, su boca casi a la distancia de un beso. El diablo tiene aliento a menta, pensó.

—Me la follé aquí mismo, sobre esta mesa —dijo mientras golpeaba la superficie de mármol con sus nudillos—. Le levanté el vestido, le arranqué las bragas y le di por el culo hasta que quedó satisfecha. A ella le gustaba esta mesa. La compró para mí, como el resto de muebles de esta casa. A ti nunca te dejó hacer eso, ¿verdad? Ya ves, Grigory, en este país las mujeres casadas no dejan hacer eso a sus maridos —ironizó mientras torcía el cuello en dirección a su guardaespaldas.

La única reacción de Samuel fue esbozar un cuarto de sonrisa. Monteanu la vio demasiado tarde, de lo contrario hubiera sabido lo que se le venía encima. Tampoco Grigory se percató de nada. Cuando quiso darse cuenta, Samuel Álvarez estaba enganchado a Monteanu como un gato, su cabeza hundida totalmente en el cuello de su jefe. La sangre comenzó a manar mientras le cerraba las mandíbulas sobre el cuello con todas sus fuerzas. Sabía que era lo último que iba a hacer en este mundo, así que lo hizo a conciencia.

Uno de los hombres de Monteanu sacó su pistola. Grigory apartó el cañón del arma con un golpe y la bala se incrustó en la pared. Solo un tirador experto hubiera sido capaz de distinguir las cabezas de ambos hombres. Monteanu gritaba pidiendo auxilio. Grigory sacó de su bolsillo una porra extensible, le rodeó el cuello y tiró con fuerza. Le golpeó los riñones y le dobló el cuerpo. Su jefe trató de taponarse la herida, pero la sangre no dejaba de manar. Al fijarse más detenidamente, se percató de que le faltaba un trozo de carne; el mismo que su asesino conservaba aún entre los dientes. Al llegar al suelo, ya estaba muerto.

Samuel le observó mientras se le nublaba la vista. No sintió la bala alojarse en su cerebro. Por fin, todo había terminado.

4. CHIBURI

Acción de sacudir la sangre.

Juu Kyuu

XIX

El despacho de Corominas estaba lleno hasta la bandera. Ni Groucho Marx hubiera sido capaz de meter un alma más allí. Lo único que había hecho era teclear en su ordenador el nombre escrito en el informe de Pujades y, al rato, Jesucristo y todos sus apóstoles estaban frente a él. La curia de la Central al completo se había desplazado desde sus cómodos despachos en el mismísimo Madrid. Hasta el comisario había abandonado sus quehaceres mundanos y se había puesto sus mejores galas para la ocasión.

Había gente de la UDEV, la UDYCO, la UCIC y representantes de departamentos cuyas siglas solo había visto escritas en algún papel alguna vez, pero que, hasta ese momento, sospechaba con honesta sinceridad que tan solo servían para que alguien pudiera abrirse una cuenta en Liechtenstein. Todos esperando apuntarse un tanto o, al menos, procurar que otros no lo hicieran en solitario. El noble arte de la política, pensó.

Castro, su comisario, tomó la palabra. Se bajó ligeramente el cuello de la camisa para dejar espacio a la prominente nuez e hizo las presentaciones de rigor. Seguía siendo su casa, así que él hablaba primero.

—Les presento a Alfonso Aldecoa, de la Unidad de Drogas y Crimen Organizado. Él les pondrá al día.

Aldecoa era un tipo joven y bien parecido. Corominas le calculó la edad de Agüero. Eso sí, probablemente había estudiado más másteres y lamido más culos que él. Sin embargo, no había pisado la calle jamás, eso seguro. Bastaba con verle. Parecía un dandi recién sacado de una novela de Fitzgerald, pero con traje de Hugo Boss. Agüero no le quitaba ojo.

—Señores, este es Bogdan Monteanu —informó el señorito mientras pulsaba una tecla en su ordenador portátil. La foto del rumano se comió la

pantalla entera—. Llevamos vigilándole desde hace poco más de un año: narcotráfico, prostitución, tráfico de personas, extorsión, tráfico de armas... Es uno de los máximos exponentes del crimen organizado de su país, y, ahora, del nuestro. Un hombre hecho a sí mismo en las calles y cárceles de la Rumanía de Ceaucescu.

Un cabrón de los de verdad, pensó Corominas. En aquel instante supo que Samuel Álvarez ya no le interesaba a nadie, y que los asesinatos de su mujer y de su hijo pasarían simplemente a engrosar una lista de delitos tan larga como el Camino de Santiago. Así es como terminan las cosas en la vida real. Su caso acababa de irse oficialmente a la mierda en pos de un bien mayor. Pero también supo, con la certeza que te dan las tripas, que lo que todos los hombres allí presentes no habían conseguido en ese tiempo, lo iba a lograr uno solo.

Se levantó discretamente y salió del despacho para alejarse de un asunto que ya no le incumbía. Las palabras de Aldecoa resonaban aún en su cabeza: «Gracias por su trabajo, inspector, ahora nos ocupamos nosotros». Pues que os vaya bien, pensó. Cruzó la calle y entró en el bar que servía de refugio a los perdedores. Vázquez estaba plantado en su taburete habitual. Hacía algún que otro lustro ya que había echado raíces.

—¿Qué tal el circo?

—De primera: Gaby, Fofito y Milikito al completo —desgranó Corominas.

Vázquez soltó una carcajada.

—Así es como me gustan a mí las cosas: simples y claras, sí, señor. ¿Qué pasa con tu caso? Además de que ya no pintas nada, claro.

—Mi caso ya no es mi caso, Vázquez. Así que lo mejor es envainar y listo. Nadie confía en que Samuel Álvarez aparezca vivo en este mundo. De hecho, tampoco confío en que aparezca muerto. En resumen: a nadie le importa un carajo.

El subinspector le dio la razón y se regaló un generoso trago de coñac. En ese instante, Agüero entró en el bar. La reunión debía de haber terminado. Cogió un taburete y se sentó junto a su superior.

—¿No te has quedado a ver cómo juegan los chicos de primera? —disparó Vázquez.

Acto seguido, hizo un gesto al camarero reclamando otro vaso para el recién llegado.

—Pues entonces tendrás que tomarte una copa en honor de los pocos que quedamos de la vieja escuela —agregó.

El camarero llenó las tres copas. Vázquez levantó la suya.

—Por Alberto Pujades. Y por cuando los dinosaurios poblaban la tierra.

Corominas y él apuraron sus bebidas de un trago. Agüero se permitió dar un pequeño sorbo para no desairarles. Un ritual es un ritual.

—¿De qué le conocíais?

—Compartimos destino una vez.

—¿Los tres?

—Él y tu jefe son los dos mejores policías que me he echado a la cara —sentenció Vázquez—. Cada uno a su modo, eso sí.

—¿Por qué lo dejó?

—No lo dejó, chaval. Le echaron a patadas.

—Mató a un compañero —pronunció Corominas sombrío.

—¿Se cargó a otro policía?

—Liquidó a un hijoputa, punto. Nada de compañero. En todas partes, y en esta casa también, hay buenos, malos, cabrones, gilipollas e hijos de la gran puta. Si no, mírame a mí —apostilló Vázquez.

—Fue hace una vida —recordó Corominas.

—¿Qué pasó?

—Durante una investigación, descubrió que un agente de la comisaría tenía montado un pequeño negocio de extorsión.

—Aquel cabrón daba palizas a todo dios —interrumpió Vázquez de nuevo, vehemente. Llevaba varias copas de ventaja.

—Pujades habló con él y le dio la oportunidad de dejarlo. Le ofrecía una salida honrosa —continuó Corominas—. Pero el tipo ya estaba perdido.

—Te lo he dicho, Hero: el honor es una puta mierda. Debería de haberle jodido de entrada y punto.

—¿Y? —siguió interesándose Agüero.

—Pues que el cabrón decidió amedrentarle y le dio una paliza a la mujer de Pujades de padre y muy señor mío. La dejó hecha un cromo. Eso pasó —escupió Vázquez. Las palabras le sabían a veneno, así que pegó un trago largo para compensar.

Corominas retomó el hilo.

—A la mañana siguiente, Pujades llegó a la comisaría, sacó su pistola reglamentaria y le pegó un tiro. No dijo ni una palabra. Entró como todas las mañanas, fue al vestuario y le disparó en la cabeza delante de todos. Los mandos decidieron cubrir el escándalo, el del asesinato y el de la corrupción. Todo quedó en que un policía había sufrido un accidente con su arma de servicio y a Pujades le echaron sin ruido.

—Joder. Nunca había oído esa historia.

—Ni la oirás fuera de estas paredes. En esta vida hay cosas que tienes que hacer y punto —sentenció Vázquez mientras pedía otra copa.

Agüero y él cruzaron miradas. Corominas les observó. Sabía que algo había pasado entre ellos, pero también intuía que, de momento, se iba a quedar sin saberlo.

—Bueno, ¿y ahora qué?

—Ahora nada —contestó lacónico.

—Así es este trabajo —terció Vázquez, sarcástico—: una hora detrás de otra para que el mérito se lo lleven los de siempre.

—Ni tú ni yo nos metimos en este gallinero por el mérito, subinspector —señaló Corominas.

—Por la pasta seguro que no —exclamó Vázquez—. Ilumíname, inspector.

Agüero miró a su jefe con atención. Era uno de esos momentos en los que uno es consciente de que está a punto de asistir a una revelación importante.

—Es muy sencillo: nos revuelve el estómago que determinada gente se salga con la suya. No podemos evitarlo.

—Para eso está el *almax*, jefe —se mofó Vázquez—. Muy a nuestro pesar, porque este trabajo nos chupa el alma, muchos cabrones se siguen saliendo con la suya. Lo único que nos mantiene en pie es que alguna que otra vez podemos repartir algo de justicia. De la de verdad. No estoy hablando de aplicar el jodido código penal, sino de que, con un poco de suerte y de pericia, le devolvemos la dignidad a alguna gente que a nadie, salvo a sus familiares, les importa ya. Quizás sea solo un minúsculo triunfo, pero algo es algo. Significa algo. Aunque la política parece llegar cada vez más abajo y muchos están más ocupados en medrar que en dedicarse a lo que deben.

Agüero sintió una punzada de respeto por aquel viejo que tenía enfrente. Quizás le había juzgado mal y, a pesar de su preocupación por parecer un imbécil, el subinspector tenía dentro más de lo que pensaba.

—Y tú, chaval, ¿en qué crees? —le interpeló de repente Vázquez.

—En que somos los últimos de Filipinas.

Vázquez sonrió y levantó su copa.

—Por los 50 de Baler.

Ni-Juu

XX

Corominas sabía que el único hombre que podía procurarle las dos respuestas que aún buscaba era el que tenía sentado delante suya. Habían pasado dos semanas desde su detención y por fin había conseguido el permiso para interrogarle, una deferencia por su esfuerzo en el caso.

La gente de la UDYCO había montado una operación relámpago para dismantelar el tinglado de Monteanu. Nada de lo averiguado por Pujades servía como prueba en un tribunal, pero sí proporcionó la información necesaria para montar el operativo. Fue su último servicio al cuerpo. Los únicos policías que asistieron a su entierro, sin embargo, fueron Corominas, Vázquez y Agüero.

Samuel Álvarez había decapitado de cuajo la organización, así que lo único que los chicos de la Unidad de Delincuencia y Crimen Organizado tuvieron que hacer fue cazar al resto uno a uno y apuntarse el mérito. De todos ellos, solo había uno que interesaba a Corominas: Grigory Giorgiu. El lugarteniente del diablo.

La sala era grande y hasta cómoda, nada que ver con los sótanos que el inspector conocía tan bien y en los que el olor del miedo, el sudor, las lágrimas y el orín de los detenidos todavía flotaba meses después. Corominas sabía que los tíos como Grigory ni sienten miedo, ni padecen, ni lloran: las habitaciones en las que han perdido su infancia son mucho peores.

Todo ha cambiado mucho, pensó. La tendencia ahora consiste en no hostigar a los detenidos. Tratar de que estén cómodos y hacerles repetir una y otra vez su historia, en tandas de no más de cuatro horas. Después, se estudian las contradicciones y vuelta a empezar, hasta tejer la red que les atraparé con toneladas de paciencia. Pero si el sujeto es duro de verdad, hay poco que hacer. Por no decir nada. Y el hombre que tenía delante lo era. Ninguno de los interrogatorios a los que le habían sometido hasta ahora había dado ningún fruto. Tampoco él esperaba tener mucha suerte.

—Soy el inspector Herodoto Corominas, señor Giorgiu —se presentó—. Me gustaría hacerle dos preguntas.

El rumano puso cara de atención. También sentía cierta curiosidad por el hombre que había ido a verle. No era como los otros policías: este perro buscaba otro hueso.

—¿Por qué ordenó Bogdan Monteanu que asesinaran a Eva Serrano, a su hijo y a su marido? —preguntó Corominas sin rodeos. No tenía ni ganas ni edad para andar perdiendo el tiempo.

El rumano permaneció en silencio.

—¿Ha entendido mi pregunta? —insistió Corominas.

—La he entendido perfectamente, inspector. Lo que no entiendo es por qué quiere saberlo.

—Es muy sencillo, señor Giorgiu. Se lo resumiré en pocas palabras, para que nos entendamos. Yo tenía un caso: investigar el asesinato de Pavel Ilianescu. A partir de ahí, estoy seguro de que es usted capaz de completar el resto solito. Ahora mi caso ya no existe, pero no me gusta dejar las cosas a medias. Yo soy así de cabezota, qué le vamos a hacer.

Tras una pausa, el rumano habló con la misma franqueza que había empleado Corominas, en una suerte de correspondencia.

—Por amor.

—¿Amor? No me toque los cojones.

—Usted me ha preguntado y yo le he respondido —replicó Giorgiu, cortante. Justo después, torció el labio para dibujar una leve sonrisa—. ¿Qué es lo que le sorprende? ¿Que un hombre como el señor Monteanu estuviera enamorado? En eso somos todos iguales.

—Muy bien, señor Giorgiu —suspiró Corominas—. Cuénteme ese bonito cuento de hadas en el que a la princesa y a su hijo les pegan un tiro en la cabeza en un banco. Lo que nos sobra ahora a los dos es tiempo.

—Cuando llegamos a este país, el señor Monteanu montó un negocio de importación y exportación de arte. Una noche, en una exposición, conoció a esa mujer y se enamoraron. Durante un tiempo, vivieron felices. Así es la ignorancia, inspector: te permite ser feliz sin trabas. Pero un buen día, todo cambió. Ella descubrió que los príncipes azules se follan también a otras mujeres de vez en cuando. Y también que esos príncipes azules, cuando no asisten a galas benéficas, trafican con drogas y armas. Ella decidió marcharse, pero el señor Monteanu seguía enamorado de ella. Por eso le dio tiempo. *Volverá*, se repetía una y otra vez.

—Pero la princesa jamás regresó.

El rumano sacudió la cabeza de lado a lado.

—Un día, el señor Monteanu se enteró de que estaba embarazada y de que iba a casarse con otro hombre. Contó los meses que hacía desde que se había marchado y le sobraron dedos para saber que el hijo que esperaba era suyo. Entonces quiso darle otra oportunidad.

Corominas le miraba fijamente a los ojos. Sabía que decía la verdad.

—Pero ella se negó. Donde ha habido amor, el odio que queda es fuerte. Y ahí es donde cometió su error.

—Le amenazó con denunciarle si no la dejaba en paz.

—Si dejas a un hombre sin salidas, hará algo que no te guste —concluyó Grigory.

—No deja de tener gracia que el señor Monteanu no se aplicara el cuento —añadió Corominas, irónico.

El rumano era un tipo listo. Lo había cogido a la primera.

—Le dijo que se olvidara de ella y que, si se le ocurría hacerle algo a su hijo o a su nuevo marido, iría a la policía. Eso solo le dejaba una salida. La cuestión de amor se convirtió entonces en pura supervivencia.

—¿Sabe, señor Giorgiu? Tengo que reconocer que lo del falso atraco fue una buena idea. Solo hay una pequeña cosa que aún se me escapa. ¿Por qué les ayudó Verónica Jiménez?

—Algunas mujeres están condenadas a pagar por los pecados de sus maridos durante el resto de su vida, inspector. Y esa mujer los pagaba en la cama. Al señor Monteanu le gustaba porque le recordaba a su princesa, así que le propuso saldar definitivamente esa deuda si le ayudaba. Abrió una cuenta en esa sucursal, porque sabía que era la de la señora Serrano, y la colocó allí. Es fácil cuando eres rico. En este país y en cualquiera.

Corominas sabía muy bien que el rumano tenía razón. El dinero es un esperanto que entiende todo el mundo.

—Celos.

—El amor, inspector, mueve el mundo.

—¿Y por qué dejó vivo al señor Álvarez? No parece un error propio de un tipo como su jefe...

—Durante un tiempo pensó que moriría en el hospital. La mayoría de la gente no sobrevive a un disparo en la cabeza. Pero se recuperó. Matarle hubiera llamado demasiado la atención sobre el caso.

—Comprendo.

Permanecieron callados mientras Corominas acababa de encajar las últimas piezas.

—Dijo que quería preguntarme dos cosas, inspector.

Corominas se lanzó. No tenía nada que perder:

—¿Dónde está el cuerpo de Samuel Álvarez?

—Ese hombre mató como un perro, así que le enterramos como a uno —respondió, glacial—. No se moleste en buscarlo. Nadie encuentra nunca la tumba de un perro.

En los ojos del rumano fluía ahora el mismo desdén que emanaba de su voz. Samuel Álvarez había matado a su amo y él no revelaría jamás qué había hecho con sus despojos: era una cuestión de honor.

Corominas se resignó. Cerró su libreta y se puso en pie. El cerrojo eléctrico de la puerta chasqueó y el inspector salió de la sala de interrogatorios sin mirar atrás. Fuera le esperaban Agüero y Aldecoa.

—¿Ha conseguido las respuestas que buscaba?

—Uno nunca consigue todo lo que quiere. La vida es así.

Aldecoa le dio la razón con un mohín. Corominas se despidió de él con un apretón de manos y se perdió pasillo abajo. Agüero le seguía.

—¿Y? —le interrogó el subinspector.

—Amor.

—¿Amor?

—En la riqueza y en la pobreza.

—Así que resulta que el rumano tenía corazoncito —se mofó Agüero.

—Todos tenemos uno, Carlos. Y no siempre late como queremos.

Ambos salieron del edificio en silencio. Agüero se subió a su deportivo y Corominas a su viejo Volkswagen. Había retrasado todo lo posible la visita que tenía que hacer a continuación, pero sabía que era inevitable: el cáncer se comía por dentro a su padre y no entendía ni de odio ni de esperas.

Mientras perdía el tiempo en un semáforo que se resistía a ponerse en verde, pensó en lo que estaba a punto de suceder. Trató de anticipar sus sentimientos para blindarse, pero era del todo inútil. Era un chiquillo asustado de seis, de diez, de catorce años, a punto de enfrentarse a su progenitor con la cartilla de notas del semestre. El bocinazo del coche que tenía detrás le recordó que no debía demorarse más: su fantasma esperaba.

Cuando la puerta se abrió, quedó atónito. El gran hombre no era ni sombra de lo que había sido. La vida estaba prendida a su cuerpo por una sola puntada. Hasta su mirada, en otros tiempos altiva y dura, había sido derrotada por la enfermedad. Sus rasgos se habían afilado al máximo, tanto que el propio Corominas se preguntó si quedaba algo de carne y músculo entre la piel y los huesos.

—Es lo que tiene morir —susurró su padre—. ¿Te vas a quedar ahí en la puerta? —añadió mientras le invitaba a entrar con la mano muerta en el aire.

Corominas cruzó el umbral por el que había salido hacía años para no regresar jamás. La casa estaba tal y como la recordaba. El olor a cuero y a libro viejo. Se sentía incómodo y nervioso. Su padre se sentó en su sofá, que tenía ya tatuada la sombra de su cabeza y de parte de su espalda, y le dejó deambular a su aire. El inspector lo miraba todo con el cuidado y la

reverencia de quien visita un museo, solo que era su infancia lo que veía en cada estante.

Viajó con las yemas por los lomos negros con letras doradas de la Espasa. De ahí saltó a la Enciclopedia Británica, y a la Larousse. Había mordisqueado cientos de palabras de cada una de ellas para tratar de impresionarle. Nombres, fechas, sucesos, batallas... Dejó que sus ojos vagaran. Su padre poseía una de las mejores colecciones privadas de autores griegos y latinos de Europa: Homero, Píndaro, Esquilo, Eurípides, Sófocles y Aristófanes, Heródoto —por descontado—, Séneca, Virgilio...

Todos estaban allí, cada uno en su sitio exacto. Un ejército bien formado y listo para revista. A continuación se abría un hueco en la estantería, un gran cuadrado en forma de altar, en el que guardaba su tesoro máspreciado: su colección de ejemplares de *La Ilíada*. Por encima de todas ellas destacaba la edición de Obertus Griphanius publicada en Estrasburgo por Theodosius Rihelius; la «Riheii», como era conocida en los círculos íntimos. Y junto a ella, un original de la traducción de Ignacio García Malo de 1788, la primera versión castellana. Eran los únicos libros protegidos tras un cristal. El resto estaban para usarse.

Corominas se sabía de memoria muchos de sus hexámetros dactílicos. Quince mil seiscientos noventa y tres versos. Exactos. Sus labios comenzaron a moverse en silencio. «Canta, Oh, diosa, la cólera del Pelida Aquiles; cólera funesta que causó infinitos males a los aqueos y precipitó al Hades muchas almas valerosas de héroes, a quienes hizo presa de perros y pasto de aves; cumpliáse la voluntad de Zeus desde que se separaron disputando el Átrida, rey de hombres, y el divino Aquiles». Era un regalo establecido en cada cumpleaños de su padre: un ejemplar del poema épico en algún idioma exótico que aún no tuviera. Sus amigos y sus alumnos, antiguos, viejos, nuevos y recientes, competían por impresionarle.

El inspector había tenido muchas veces la tentación de emular a Carvalho y arrojar aquellos libros al fuego uno por uno, aunque por razones distintas a las del detective de Vázquez-Montalbán. A razón de uno al día, hubiera tardado veintisiete años. Por suerte, logró escapar antes del castillo.

Se detuvo entonces frente una foto de su madre. Había sido una mujer excepcional en todo. También en su silencio. Aunque conocía todos los secretos de su marido, jamás dijo nada. Corominas pasó toda su adolescencia tratando de comprender el porqué. Con el tiempo, llegó a una única conclusión: amaba a su padre. Le quería con todo y a pesar de todo.

Se sumergió en sus ojos grandes y amables y se sorprendió echándola de menos de aquel modo tan penoso. Había muerto hacía ya unos cuantos años, pero cuando solo has recibido cariño de una persona durante tu infancia, te aferras a su recuerdo como una lapa.

—Se la hice en Roma. A tu madre le encantaba Roma.

La voz de su padre le llegó sin fuelle, como expulsada por una gaita vacía.

—Y solo la llevó usted consigo en una ocasión.

—Así no va a funcionar, hijo.

Era la primera vez que le llamaba de aquel modo desde que tenía diez años. El detective sintió un cosquilleo extraño en el vientre.

—¿Ahora soy su hijo?

—Siempre lo has sido. Y, aunque no te guste, siempre lo serás. Conseguiste extirparte cuando te hiciste mayor, pero la biología es la biología.

—¿Desde cuándo tiene usted sentido del humor, padre?

—Supongo que desde que me muero. Y no me refiero a una muerte abstracta y lejana, sino a una real y con mayúsculas. Definitiva y superlativa. La muerte es la única cosa sobre la que ha escrito el hombre que todos vamos a experimentar indefectiblemente.

Corominas se sentó en el sofá que quedaba enfrente. Era el de su madre, brillante, cuidado, perfecto. Casi le pareció sentir la forma de su cuerpo menudo ganada a la dureza de la piel con los años.

—¿Cómo está Álvaro? —preguntó su padre.

—Bien —respondió, algo seco.

—¿Sabes?, se parece mucho a ti a su edad.

Corominas enarcó las cejas.

—Me sorprende que recuerde cómo era yo a los catorce —le asestó. Como la puñalada de Bruto a César a los pies de Pompeyo.

Sufrió el golpe.

—Eras terco y curioso —rememoró—. Y estabas lleno de odio —su tono sonó afligido—. Gracias a Dios, en eso os diferenciáis.

—Él no tiene motivos para odiar. Yo sí los tenía —replicó Corominas.

Su padre dejó escapar un profundo suspiro, hasta el punto de que casi pareció su última exhalación.

—No puedo cambiar nada del pasado. Intentarlo sería una forma estúpida de perder el tiempo, ¿no crees?

—Tiene razón, padre. No puede cambiar el pasado, pero quizás sí reflexionar sobre él. En el pasado están las claves del presente. Me lo enseñó usted, ¿recuerda?

—Santayana.

Ambos cayeron de nuevo en un profundo mutismo. Si su mujer hubiera estado allí, pensó Corominas, les hubiera gritado que se dejaran de rabietas, y, acto seguido, les habría recordado cuántas paces en aras de un bien común se habían firmado a lo largo de la historia.

El inspector se sorprendió esbozando una pequeña sonrisa al imaginársela. Su mujer abroncándole. Miró al hombre que yacía frente a él, desvencijado sobre el sofá. Tenía los ojos cerrados, aunque sus pupilas parecían insinuarse bajo los párpados casi transparentes. A su lado, sobre el viejo atril que usaba para leer, se amontonaba un número indeterminado de envases de pastillas.

—¿Padre?

Era ya más un cadáver que otra cosa. El inspector alargó su mano y la posó sobre su rodilla, pero no reaccionó.

—¡Papá! —exclamó agitando su pierna con fuerza.

Su padre abrió los ojos como si cada párpado estuviera hecho de plomo.

—Perdona... Me he quedado dormido —se excusó con un hilo de voz.

Corominas se puso en pie, se dirigió hacia la puerta y le anunció:

—Vendremos a comer el domingo.

5. NOTO

Acción final de envainar el sable.

Epílogo

Corominas estaba de pie frente a un gran panel de nichos de cemento. Era la segunda vez en una semana que visitaba el cementerio. Subido sobre una escalera, un funcionario municipal trataba de encajar una lápida en uno de los cubículos. Los cementerios son lugares solitarios entre semana, pensó el inspector: tan solo están los que no tienen más remedio.

Nadie daba un duro por encontrar el cadáver de Samuel Álvarez. Y a nadie, excepto a él, le importaba lo más mínimo. De hecho, ni siquiera se había dispuesto un operativo de búsqueda. Álvarez no tenía familia y nadie iba a reclamar su cuerpo. Además, había sido juzgado en ausencia y, con la ayuda de las pruebas aportadas por el propio Corominas, declarado culpable de los asesinatos de Pavel Ilianescu, Horia Stefanescu, Verónica Jiménez y su hijo.

Agüero le observaba, refugiado en la sombra. No acababa de entender la obsesión de su superior por el caso. El empleado del cementerio miró a Corominas desde lo alto de la escalera.

—¿Qué hago, jefe, la cierro o no? No me gustaría tener que romperla por si luego van y encuentran el cuerpo.

—No se preocupe —sentenció el inspector—: ciérrela.

El tipo cogió un poco de cemento con la paleta y selló la última esquina que quedaba. Después observó su obra, satisfecho. Desde abajo, Corominas contempló el resultado. En la lápida se leía: «Samuel Álvarez García». A su lado estaban las lápidas de su mujer y de su hijo.

—Debía de ser alguien importante para usted, ¿no? —le preguntó el sepulturero mientras remataba la faena.

—No llegué a conocerle —contestó Corominas—. Pero creo que nadie merece ser enterrado como un perro.

—No crea. Ahora los ricos entierran a sus mascotas en cementerios mucho mejores que este.

El inspector dio media vuelta y se acercó a Agüero.

—Vamos, te invito a desayunar. Además, creo que aún me debes una historia.

—*Quid pro quo*, inspector, *quid pro quo*.

VII Premio Internacional de Novela Negra
CIUDAD DE CARMONA



El honor es una **mortaja**



Carlos Bassas

Lectulandia